

JOAQUÍN DÍAZ

LA SANGRE INÚTIL



Fundación Joaquín Díaz • 2020

Publicaciones Digitales

www.funjdiaz.net

JOAQUÍN DÍAZ

LA SANGRE INÚTIL

Esta edición es de libre distribución, siempre que se respete en formato y contenido como conjunto íntegro y se nombre la fuente original, tanto edición como autoría, si se cita en otras publicaciones.

© de los textos y sus imágenes: Joaquín Díaz

© de la edición: Fundación Joaquín Díaz

Diseño y maquetación: Luis Vincent 2020



Fundación Joaquín Díaz • 2020

Publicaciones Digitales

www.funjdiaz.net

LA SANGRE INÚTIL

Joaquín Díaz

No tengo una idea exacta de cuándo comenzamos a observar el declive de papá. Pudo influir su jubilación —para una persona metódica, dejar la rutina acostumbrada es morir un poco—, o pudo ser también que el hecho de verle todos los días en su sillón durante tantas horas nos animaba un poco a estudiar su comportamiento, el caso es que comenzaron a preocuparnos su actitud y sus reacciones, producto seguramente de una incipiente depresión. En realidad su seriedad y su carácter hermético habían sido una constante en su vida pero en esos momentos, una vez vendida la finca que fue su lugar de expansión y de recreo —su ilusión—, la situación empeoró. Nos preocupaba, y al mismo tiempo nos parecía una medida prudente que algún especialista opinara sobre ese principio de melancolía y propusiera alguna pauta a seguir en tales circunstancias. Por otro lado sabíamos que era muy difícil convencerle de la necesidad de acudir a una consulta: en casa, y conociendo los antecedentes del tío Paco de quien después hablaré, la psiquiatría no venía a ser un alivio sino una condena, una especie de castigo fatal. En algún momento —antes de que todo esto comenzara—, mi padre me había pedido un día, cuando me encontraba arreglando el despacho que había sido suyo hasta ese momento para ocuparlo con mis cosas, que quemara algunas de sus carpetas con cartas. La petición me sorprendió, principalmente porque siempre había sido muy ordenado y cuidadoso con sus

papeles, pero me animó a mirar el contenido de aquellos cartapacios que hasta entonces me habían provocado un cierto rechazo al no haber conocido a fondo a los protagonistas de los hechos que encerraban.

O casi: a mi abuelo Nicanor —el padre de mi padre— le traté muy poco, ya viejo y cansado, y a mi tío Paco —hermano de mi padre— le vi en tres o cuatro ocasiones y siempre bajo la vigilancia atenta de nuestra madre que parecía empeñada en no dejarnos solos con aquel advenedizo, extraño a nuestro entorno, que sin embargo se nos antojaba tan locuaz, tan simpático y tan novedoso en la aburrida cotidianidad de colegio casa-casa colegio. Solo años más tarde, cuando volví a abrir aquellas carpetas que habían adquirido una vetusta apariencia con el transcurso del tiempo, me di cuenta de la magnitud de la tragedia. La correspondencia entre mi abuelo y mi tío —con alguna interferencia de mi padre— se parecía más a una novela de miedo que a una relación epistolar entre miembros de una misma familia. Expresiones como «canalla», «infame», «miserable» o «mal hijo», leídas desde la piadosa distancia del tiempo pasado, se me antojaban más propias de un folletón costumbrista decimonónico que de unas misivas al uso; más parecidas a las maldiciones bíblicas que a una correspondencia paterno filial. ¿Qué podía haber sucedido para llegar a ese enfrentamiento tan áspero y brutal? Poco a poco, y cuando mi trabajo me lo permitía, comencé a interesarme por la historia de la familia, por la genealogía y por los apelli-

dos que me habían dado un carácter y habían modificado mi personalidad, y fui descubriendo algunos de los «secretos» que pesaban tanto sobre la conciencia de mi padre hasta el extremo de atormentarle.

En realidad nunca sabré si mis padres se profesaban un verdadero amor. Me imaginaba que, detrás de su convivencia familiar o social, debía haber una relación misteriosa, íntima, que yo respetaba a la fuerza y que probablemente estaba encriptada en un libro titulado *Higiene del matrimonio*, de F. Monlau, editado en París por Garnier y siempre oculto en un cajón del bargueño del despacho, al que solo teníamos acceso cuando nuestros padres estaban ausentes de casa. Nunca les vi besarse en la boca o manifestar ninguna pasión en público y, sin embargo, había un cariño y una cercanía en su trato que me encantaba y me producía sosiego. Tengo más dudas acerca del matrimo-

nio de mi abuelo, como aclararé ahora, pero desde luego ignoro por completo bajo qué circunstancias se redactó la escritura esponsalicia en la que mi tatarabuelo Domingo Antonio Díaz aceptaba recibir 10.000 reales de vellón de mi otro tatarabuelo, Juan Pérez de la Torre, una vez que se llevasen a efecto los esponsales *in facie Ecclesiae*.



Severa Pérez de la Torre, mi bisabuela



Bernardino Pérez Alonso



Fernanda Gómez



Nicanor Díaz

Es asunto que no debía de tener que ver con los amores entre los dos jóvenes, Francisco y Severa, a la sazón de 18 y 17 años, sino con la herencia y con la legítima paterna que les pudiera corresponder después de casados. Había algo más que enredos de Cupido en esa relación y el hecho de que el dinero o las herencias estuviesen por medio quiere decir que en efecto las había y que se tomaban mucho en consideración a la hora de legalizar los enlaces.

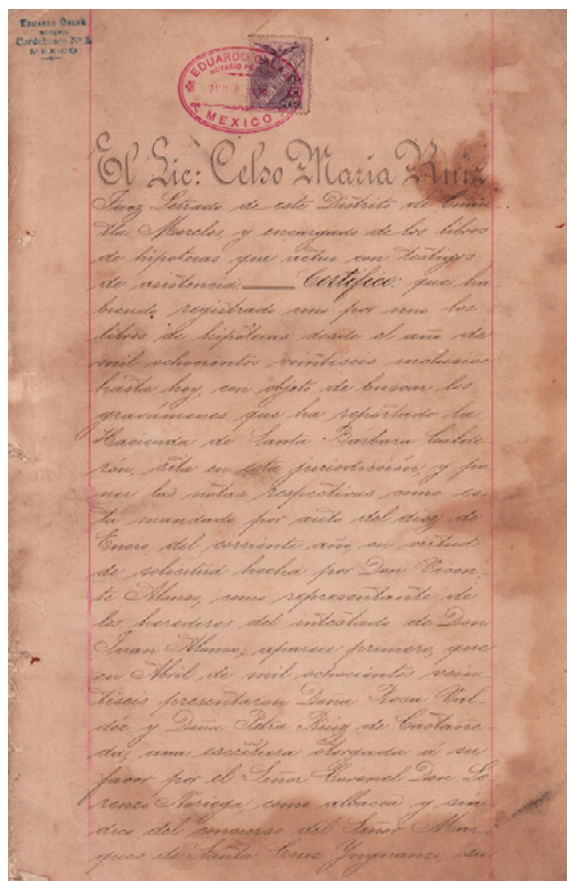
Mi abuelo fue, desde que se casó, el administrador de los bienes de su esposa, Fernanda Gómez, mayorazga por matrimonio anterior y recipiendaria de una sólida herencia familiar edificada por sus antepasados a golpe de trabajo y de oportunidades entre Méjico y Asturias. El inventario de bienes (tras el fallecimiento del primer marido de Fernanda) realizado por un notario en el Palacio de Inguanzo, casona que ocupó durante los años que duró su matrimonio con Bernardino Pérez, desvela el tipo de «lujos»

de que podía disfrutar un propietario rural de comienzos del siglo xx en una pequeña aldea del Principado. Aperos diversos, vajilla doméstica, enseres, ropas, camas y muebles de cuyo estado había tomado nota puntual el escribano, junto a dinero en metálico (seis mil pesetas en billetes del Banco de España y veinte monedas de oro de Alfonso XII de 25 pesetas) y una serie de libros y revistas —*La Ilustración Española y Americana*, por ejemplo— que daban idea del interés casi obsesivo de aquella familia por el continente al que habían viajado ya algunos de sus miembros.

Comenzaré por el más antiguo que conozco, que es Pedro Alonso Díaz de Alles, llevado a América como acompañante o paje de un obispo. Don Luis Fernando de Hoyos y Mier fue obispo de Michoacán y falleció en Valladolid (hoy Morelia), el 7 de mayo de 1776. Era natural de Bores, en el valle de Peñamellera, donde había nacido el 25 de agosto de 1708. Al pasar a ocupar la canonjía vacante en la Iglesia Metropolitana de México por promoción como chantre de la misma de Don Miguel Ventura de Luna, se llevó a sus criados, los hermanos Alonso Díaz de Alles, naturales del lugar de Inguanzo: Matías Florencio de veinticuatro años de edad, «mediano de cuerpo, rehecho y blanco», y Pedro, de dieciséis años, «mediano de cuerpo, blanco y rubio». Éste sería honrado posteriormente con un título de Castilla, Marqués de Santa Cruz de Inguanzo (el nombre de su lugar de origen) en 1792, por contribuir con su fortuna a la construcción de un barco de guerra para la flota española.

Pedro hizo carrera en la capital mejicana antes de que esto sucediera y pudo adquirir numerosas casas y propiedades. Por su condición de criado de obispo o tal vez por propia convicción, fue hombre muy religioso: aparece en 1773 como Tesorero de la Santa Cruzada, manda dinero para construir la iglesia de Inguanzo en 1780, en 1783 figura como hermano mayor de la Venerable Orden Tercera en México y en 1785 como Mayordomo de la Cofradía de Nuestra Señora de Covadonga en México, ade-

más de ser Caballero de la Orden de Calatrava. Se casó en 1778 con una rica heredera de minas de plata, Rosalía Antonia Llano Sánchez—Escandón, y murió sin hijos, de modo que su título fue reclamado en 1803 por uno de sus sobrinos, Antonio José González Alonso (que se casó además con Rosalía, la viuda del Marqués), concediéndosele el título un año después.

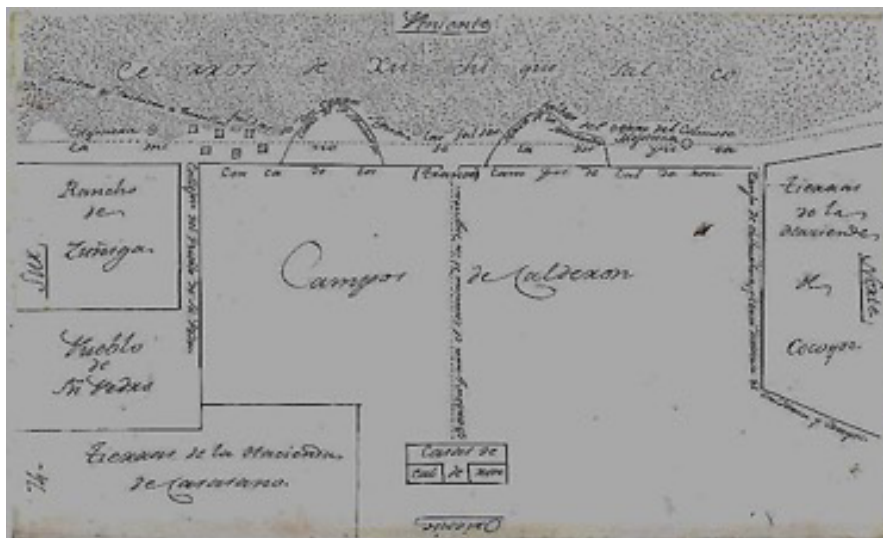


Escritura de la Hacienda Calderón conservada en casa desde siempre

En 1814 Antonio José compró la Hacienda Calderón (que había sido fundada aproximadamente en el año 1700) y otras propiedades al Coronel Lorenzo Noriega, quien había sido albacea y síndico del concurso del fallecido Marqués de Santa Cruz de Inguanzo, Pedro Alonso Díaz. Luego, la Hacienda Calderón pasó (por fallecimiento de Antonio José en 1816) a su madre Manuela Alonso de Caso quien la pasó a otro hijo suyo, Pedro. De Pedro González Alonso de Caso, que se había dedicado al negocio azucarero hasta la década de 1830 y había hi-

potecado la Hacienda, lo adquirió un sobrino suyo, Juan Alonso Huerdo (nieto de un hermano del primer marqués, Diego, y de su tercera mujer, María Clara Huerdo), quien, al morir sin hacer testamento (le raptaron y asesinaron), transmitió por ley a sus sobrinos carnales sus propiedades. Dichos sobrinos (Jacinto, Florentina, Eduvigis Francisca, Luisa, Francisco Pablo y Antonia Alonso Alonso, por cierto casada con Juan Manuel Pérez de la Torre y ambos padres de Bernardino Pérez Alonso, el primer marido de mi abuela) encargaron a Vicente Alonso Simón, sobrino suyo y tío carnal de mi abuela Fernanda, que viajase a México y les representase en 1869 en el proceso de reparto de los bienes de Juan Alonso Huerdo por intestado. Posteriormente, en 1873, le dieron poderes para que

explotase la propiedad, arrendándole todas las tierras y preocupándose solamente de recibir los dineros que producían. Algunas cartas que guardo de Vicente desde Méjico revelan el escaso interés de sus tíos por lo que le pudiera pasar, actitud basada probablemente en la lejanía pero también en la sospecha de que se estuviera enriqueciendo a su costa: «Después que vean los inventarios y lo que tienen —escribe Vicente en una de sus cartas—, se desengañarán de que este que tienen aquí al frente de sus intereses, no obstante que está con la masa en la mano como Uds. han dicho en esos corrillos infamando mi honor, sabe manejarse con delicadeza, inteligencia y como caballero. Algún día lo verán probado evidentemente».



Plano antiguo de la Hacienda Calderón

Vicente Alonso, que trabajó durante más de treinta años esa propiedad obteniendo principalmente azúcar y miel, se la compró a sus parientes definitivamente en 1892, siendo dueño para entonces asimismo de la Hacienda Hospital y comprando y construyendo Chinameca poco después, en 1899 (según datos del museo de Chinameca también era dueño de la Hacienda Cocoyoc, Huacalco y San Carlos). Coincidió su historia como hacendado con el llamado «porfiriato», en el que probablemente se avanzó en lo económico pero se siguió favoreciendo la injusticia social. Los «científicos», liberales y

tecnócratas, contribuyeron a apoyar los sucesivos mandatos de Porfirio Díaz evitando la influencia de los militares, pero no corrigieron los desequilibrios de la pobreza. El hacendado Alonso Simón (algunos historiadores le llaman «aristócrata» y «culto»), que en 1882 había publicado ya artículos sobre la siembra de la caña y su industrialización, era un hombre que poseía dotes intelectuales y que además se había casado con Julia Pagazaurtundúa, hermana de otro hacendado que tenía terrenos por la zona de Jojutla.



Página de una revista encomiando la labor del Hacendado Vicente Alonso tras su muerte

«En el mismo año de 1883 en que se creó el Banco Nacional Mexicano —escribe Leonor Ludlow en un estudio sobre la entidad—, abrió también sus puertas al público el Banco Mercantil Mexicano —que tuvo corta vida— con capital de empresarios nacionales, y que tenía como finalidad realizar operaciones de emisión, circulación y préstamo. En términos sociales, la venta de suscripciones marcó diferencias entre los grandes capitalistas y los pequeños ahorradores. Los suscriptores con montos mayores a \$100.000 era un grupo pequeño de doce personas solamente, que adquirieron 13.850 acciones. Entre ellos se contaban accionistas del Banco Nacional, como Bermejillo, Iturbe y Escandón, y otros como el español Manuel Gargollo, el mexicano Nicolás de Teresa y Faustino Sobrino y Ramón Fernández, cuñado del presidente Manuel González, conocido como el «especulador máximo del gobierno», Manuel Ibáñez, José Fariello Guerra, Pedro Martín, y compañías francesas como la Gassier Reynaud y Ebrard y Cía. En jerarquía siguieron a estos inversionistas comerciantes mexicanos que ad-

quirieron acciones por un monto de \$600.000, entre ellos personajes conocidos como los herederos del político José de Teresa y Miranda; el comerciante Francisco M. Prida, de origen español que ayudó con préstamos a los liberales durante la Intervención y en el golpe de Tuxtepec. Asimismo, los comerciantes Rafael Ortiz de la Huerta, Vicente Alonso Simón y la empresa Lavie y Cía., Mariano Conde, Ramón Peláez y Barrón y Forbes».

Después de una época de prosperidad en sus haciendas de Hospital y Calderón, en el año de 1896 Vicente Alonso comenzó a «comprar» enormes extensiones de terrenos en comunidades vecinas de Rancho Nuevo, en las colonias Zaragoza, Hidalgo y Juárez. Entrecomillo la palabra «comprar» porque para los españoles, ambiciosos y con un concepto posesivo y personal de la propiedad, las tierras debían ser explotadas, mientras que el sentido comunitario y sensato de los mejicanos orientaba la obtención de los frutos de aquellas mismas tierras hacia un aprovechamiento puntual y práctico. Desde la llegada de los españoles a América en el siglo xv era comentario general «la pereza de los indios», aceptando rara vez la filosofía —extraña a nuestra mentalidad— de los habitantes de aquellas tierras que iban a conquistar.

Siguiendo esa idea de máxima explotación de los terrenos, el mismo año en que adquirió sus propiedades en Chinameca, Vicente Alonso Simón ordenó la construcción de un enorme canal para regar sus tierras, obra que le llevó más de cinco años. En el año de 1700, según algunos documentos, Chinameca era un rancho donde había un pequeño trapiche, propiedad de Felipe Cayetano de Cárdenas, por tanto ya dedicado a la caña de azúcar.

La Hacienda de Chinameca contaba, cuando la compró Vicente Alonso en 1899, con los terrenos vecinos adquiridos tres años antes, con más de 35 mil hectáreas de tierras quebradas, abundantes de cerros y barrancas, atravesada por el río Cuautla, y los magníficos llanos de Chinameca, Amatepec y el de Hornos. Fue ésta la mayor de sus propiedades —asegura una in-

formación turística local—, situada en una amplia zona que abarcaba Zacapalco, El Limón, Santa Rita, Santa Cruz, La Mezquitera, La Era, Nexpa, Cuaxtitlan, Pala, Los Hornos, Chimalacán, Ajuchitán, Huautla, Rancho Viejo y San José de Vázquez. Inicialmente la idea fue levantar una hacienda de cría de ganado además del cultivo de azúcar, pero de inmediato Vicente se decidió por el cultivo de arroz, en vista de los buenos resultados que obtuvo. Hacia 1902 el capitán de la Hacienda, que a su vez era el encargado de pagar, era Francisco Rodríguez. Fue ésta la última hacienda azucarera edificada antes de la Revolución. En 1906 se construyó un ramal del Ferrocarril Interoceánico desde la estación Huichila, por donde transportaron la más sofisticada maquinaria, que había entrado por Veracruz, para dotar a esta fábrica, modelo de modernidad en su época, de la más avanzada técnica en la materia. En mi familia se comentaba con admiración que el ferrocarril tardaba más de ocho horas en atravesar las tierras para llevar el azúcar a la costa oeste.



Vicente Alonso Simón

El edificio que hoy todavía existe de la Hacienda de Chinameca fue mandado construir en 1906. El proyecto estuvo a cargo de León Salinas, quien se había encargado de las obras del ramal del ferrocarril interoceánico México-Puebla. Lo primero que se hizo fue la construcción

de la casa y las bodegas, así como los edificios para la instalación de la fábrica y la chimenea industrial, típica de la época. León Salinas se llevó a Chinameca a un especialista en hornos y chimeneas, el fogonero Felipe Neri, oriundo de Cuernavaca.

Para esa época era ya la hacienda con mayor extensión de tierra en Morelos, con sus 64.486 hectáreas (aproximadamente la tercera parte de la provincia de Guipúzcoa), aunque de riego sólo tenía 638. Ignacio de la Torre y Mier —el famoso «Nacho» que luego saldrá en algún momento— y Vicente Alonso invirtieron más de 210.000 dólares en la creación de canales de riego. Desde 1909 y muerto ya Vicente Alonso, con la llegada de Pablo Escandón al gobierno de Morelos, también hacendado y miembro del partido de los «científicos», se llevó a cabo una política de opresión y consolidación del régimen hacendario. El «me vendes o le compro a tu viuda» fue una táctica corriente para despojar de sus tierras a los campesinos —recuerda una página web titulada *México desconocido*—. La gente de los pueblos se encontraba inerme, sus dirigentes y abogados se hallaban en la cárcel o estaban escondidos en los montes a causa de sus simpatías por Patricio Leyva, candidato que había disputado a Escandón el gobierno del Estado de Morelos.

La política de Emiliano Zapata, en el año de 1911, era lograr la reforma agraria y no consentía en expropiar las haciendas, hasta el extremo que dio facilidades para que haciendas como la de Chinameca terminaran su zafra, pues tenía la esperanza de que Madero hiciera justicia a los hombres del campo. Precisamente en 1911 sus guerrilleros entraron en Chinameca destruyendo el portón de entrada con una locomotora Decauville (ya que existía un acceso del tren al edificio principal de la Hacienda) pero los revolucionarios se limitaron a tomar algunos caballos y 40 rifles tipo «savage». En 1912 los revolucionarios opinaban que los gastos de la guerra los debían pagar los hacendados, y fijaron un impuesto semanal a las haciendas, enviando circulares a sus propietarios donde los amena-

zaban con quemar los cañales si no pagaban. Venustiano Carranza, a finales de 1918, mandó tres mil hombres a combatir a Zapata quien, como todo el mundo sabe, murió acribillado en 1919 precisamente en el portón de la Hacienda de Chinameca que había mandado derribar a su guerrilla ocho años antes.

Tras la muerte de Vicente, en 1908, todo su patrimonio pasó a su viuda, Julia Pagazaurtundúa Orihuela, quien todavía lo explotó unos años, antes de que fuera nacionalizado. En 1922 Carlos García era el administrador, y permitió por primera vez que la Hacienda fuera habitada por personas a quienes la revolución había dejado sin vivienda, y entre esas personas estaba Gabriel Reynoso, que en 1924 fue nombrado administrador de la Hacienda. En 1926 Ángel Díaz, el nuevo administrador, echó finalmente a la gente que vivía en Chinameca.



Vicente Alonso Simón con dos de sus hijos varones

Hay información interesante sobre el pleito que Julia Pagazaurtundúa presentó contra los Estados Unidos Mexicanos por los daños causados en sus propiedades entre los años 1911 y 1920. La viuda de Vicente Alonso reclamaba 4.347.104,28 pesos calculando las pérdidas por los saqueos, incendios, robo de ganados, quema de cosechas y préstamos obligados que tuvo que padecer durante ese tiempo de las tropas zapatistas. La reclamación se hacía desde España y lo estuvo presentando durante más de 9 años infructuosamente. Aunque Martín Pérez Acevedo supone que Julia ya estaba entonces en Asturias, la tierra de su marido, nada se sabe del asunto (tal vez estuviese en Noriega) aunque sí de las múltiples quejas de la viuda, que tenía por cierto seis bocas que alimentar.

La Hacienda del Hospital, fundada por Fray Bernardino Álvarez Herrera, de la orden de los Hipólitos, en 1567, también perteneció a Vicente Alonso Simón. Durante la época colonial, pasó a formar parte de Oaxtepec, a su vez del marquesado del valle de Oaxaca. La evangelización de Cuautla se había iniciado en el año de 1546, cuando se fundó el convento de Santo Domingo. Después los franciscanos construyeron la iglesia de San José conocida posteriormente a partir de 1640, como de San Diego. El cultivo de la caña de azúcar en los alrededores de Cuautla alcanzó un extraordinario progreso. Las órdenes religiosas, hechas con capitales legados de limosnas, comenzaron a mover hipotecas para adquirir tierras en Morelos: así, los jesuitas adquirieron Cuahuixtla y la orden hospitalaria de San Hipólito creó la Hacienda del Hospital, convento que por cierto sería el primer hospital psiquiátrico de América.

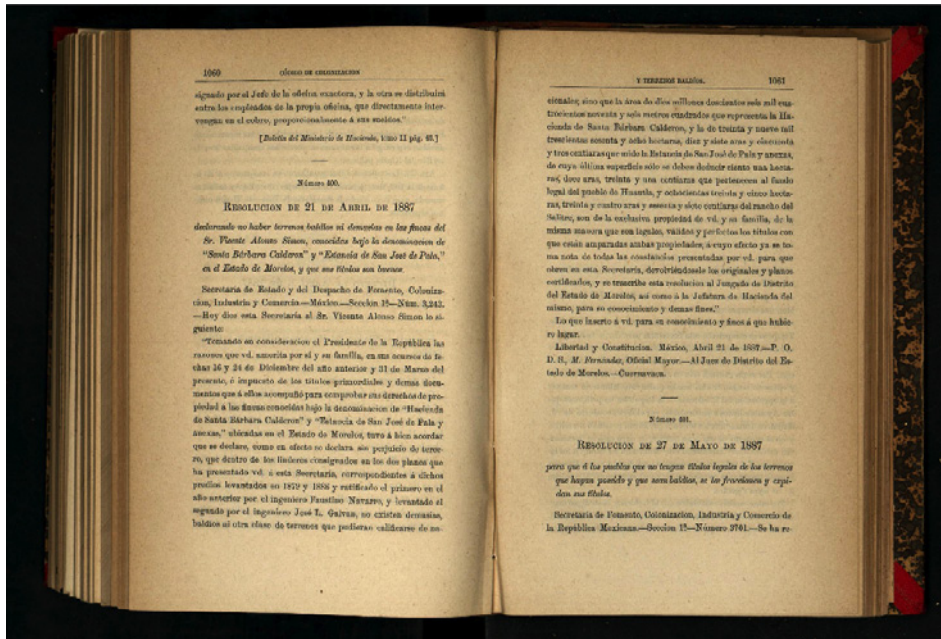
De las tres haciendas de Vicente Alonso Simón (Calderón, Chinameca y Hospital), la de Hospital era la más cercana al pueblo de Ane-neuilco, a unos kilómetros al norte del pueblo, donde Vicente había abierto una tienda en la que, nada más pagar a los trabajadores, éstos podían adquirir productos de primera necesidad con lo que su salario se quedaba prácticamente allí. Pese a todo, hay investigadores



Restos de la tienda de Vicente Alonso Simón en Anenecuilco

que piensan que la muerte de Vicente Alonso Simón, que gozaba de gran prestigio entre los hacendados de Morelos y que ya había dado su consentimiento a la devolución de algunas tierras según había prometido Porfirio Díaz, supuso una marcha atrás en un proceso condena-

do al fracaso por los intereses diversos de los mismos hacendados. Los antiguos pleitos entre el pueblo y la Hacienda —con sus 12.000 hectáreas de tierra de caña de azúcar— culminaron con la pelea por las tierras del Huájar, la cual desencadenó la Revolución.



Resolución de Porfirio Díaz declarando que no hay baldíos en Calderón y autenticando los títulos de propiedad de Vicente Alonso Simón sobre los ranchos que se citan. Es más que probable que esos favores permitieran después a Díaz influir sobre Alonso Simón para que los hacendados comenzaran a devolver las tierras como quería Zapata. La muerte de Vicente, dio al traste con la operación

El edificio de la Hacienda del Hospital es el único de los tres que se conservó. Se aprecia la enorme chimenea y el acueducto. Se han conservado también la casa grande y la capilla original. Hace unos años, albergó una fábrica de pigmentos de la Basf que, según sus vecinos, contaminó no solamente los edificios de la ha-

cienda sino también sus alrededores. Sea cierto o no, la hacienda se esconde detrás de sus altos muros —su portón de entrada lleva hoy el nombre de La Concepción— y sus relaciones con el vecindario no han mejorado en nada desde los tiempos de Zapata.



Ahora abandonada, la ex hacienda El Hospital, en la localidad del mismo nombre, municipio de Cuautla, tiene toneladas de materiales contaminados con plomo y cromo, dejados por la empresa BASF, que no han podido ser llevados a un confinamiento. Foto, Francisco Olvera

La figura de Emiliano Zapata nunca fue suficientemente reconocida en mi casa. Y menos aún su obra: en nuestra familia era tradición casi secular que las andanzas del héroe nacido en Anenecuilco habían sido las causantes de las estrecheces económicas de mi abuela Fernanda Gómez, y consecuentemente del resto de nuestra familia. Desde niños situamos al pobre Emiliano en el infierno de los condenados porque los datos que se nos ofrecían, sin duda escasos pero significativos, no le daban opción a defenderse y el asunto, tal y como nos lo contaban nuestros padres, era muy grave.



Con el tiempo llegué a conocer mejor al mencionado Vicente Alonso —que como he dicho era quien administraba aquel fabuloso predio americano— y a admirar su trabajo infatigable para convertir el negocio, fundamentalmente relacionado con la caña de azúcar, en uno de los más modernos y más rentables de todo el país. Nuestro pariente invirtió sumas fabulosas para construir en esa zona canales de riego, para aproximar el ferrocarril a sus tierras de modo que los productos que crecían en ellas tuviesen salida a otros mercados en el mundo y, en resumen, para convertir su esfuerzo en uno de los patrimonios más notables del Estado de Morelos y de todo México.

Todos los cuentos, sin embargo, tienen su parte oscura: ya he mencionado que en la época del «porfiriato», que fue el período de mayor auge y expansión de esas haciendas, muchos de los hacendados —y parece que mi tío no fue una excepción— se habían anexionado o comprado ventajosamente muchas tierras que les interesaban y sobre las que sus propietarios (en su mayoría indios) no tenían títulos de propiedad ni cosa parecida. Porfirio Díaz había ratificado por la resolución de abril de 1887 que aquellas miles y miles de hectáreas pertenecían a nuestro tío y no podían encontrarse en ellas baldíos ni tierras que pudiese reclamar el gobierno. Emiliano Zapata no estaba de acuerdo, claro, y lo dijo en cuanto pudo con un revólver en la mano. Sin embargo, parece que las relaciones que tuvo con mi tío, pese a defender cada uno posturas irreconciliables, no fueron tan malas como las que tuvo con otros hacendados y políticos de la época. Es más, alguna biografía del «Atila del sur» reconoce que las conversaciones con nuestro pariente hacendado para la devolución de tierras no iban por mal camino cuando la muerte repentina de mi tío—abuelo dio al traste con las esperanzas de cientos de pequeños colonos que habían cifrado en las reclamaciones de Zapata la única solución para recuperar sus hazas. Otras informaciones aseguran que mientras nuestro deudo estuvo construyendo su última Hacienda —precisamente aquella en que según la historia sería muerto a

balazos Zapata en 1919— el encargado de llevar y traer los salarios desde la capital por no se sabe bien qué atajos que evitaban el encuentro con bandidos, fue el propio Emiliano. Muerto ya mi tío, en 1911, el ejército de Zapata entró por la fuerza en la Hacienda, pero los revolucionarios no causaron destrozos importantes salvo en la puerta de acceso. Es evidente que cada cual iba a lo suyo en aquel territorio salvaje y en aquella guerra caótica, pero también lo era que los comportamientos de las personas —nobles o innobles— eran finalmente respetados o castigados según sus propios méritos.

Sin ir más lejos, otro personaje cuya hacienda lindaba con la de nuestro tío y cuya homosexualidad le trajo no pocos problemas a Zapata —entre otros que se hablara y escribiera sobre si el guerrillero era o no bisexual— fue Ignacio de la Torre Mier, «Nacho», casado con Amada Díaz (hija del General Porfirio Díaz), quien, pese a todas las aventuras extramatrimoniales de su cónyuge, no se separó de él y le fue fiel hasta la muerte. Zapata se había librado de la milicia gracias a los oficios del «yernísimo», quien se le había llevado a México capital como «caballerango» o mozo de espuela, para cuidar de las cuadras que el riquísimo hacendado tenía en la ciudad. El guerrillero aguantó cuanto pudo pero al fin volvió a su pueblo, convencido de que no podía ser aquello de que sus paisanos recibieran en su propia tierra peor trato que los caballos en las cuadras de «Nacho». La vida licenciosa de éste, con notables escándalos, debía de asquearle además, pero parece que no fue razón suficiente para rechazar su oferta de abandonar la milicia para ir a servirle en 1906 a su palacio de la Plaza de la Reforma.

En 1901 el yerno de Díaz había protagonizado el incidente por el que es más conocida su doble vida: el baile que se celebró en la calle de la Paz, en un local en el que 21 hombres, y otros 21 disfrazados de mujeres, prepararon una orgía —con rifa de un jovencito incluida— de la que tuvo noticia la policía por un soplo, presentándose en el lugar y llevándose detenidos a todos los participantes. Se conocieron los nom-

bres de 41 de ellos, pero, ¡ay!, el 42 —Ignacio de la Torre y Mier, que por cierto era primo de mi abuelo Nicanor Díaz Pérez de la Torre— quedó en un pretendido anonimato por obra de su suegro que no quería más daño para su hija ni más disgustos para sí mismo. Desde entonces quedó acuñada en Méjico la frase de «ser un 41» para hacer referencia a la homosexualidad de alguien.



Tras la renuncia de Porfirio Díaz a la presidencia del país y desaparecido su principal protector, Ignacio de la Torre tuvo que sufrir todo tipo de humillaciones, como la de ser despojado de sus tierras o padecer un calvario de prisión en prisión con el consentimiento del propio Zapata que, indudablemente, no guardaba buen recuerdo del pobre «Nacho». Cuando, tras mil aventuras, Ignacio de la Torre y Mier pudo escapar de los zapatistas y exiliarse en Nueva York, una operación fatal —lógicamente de hemorroides— acabó con lo que quedaba de su vida justo un año antes de que Emiliano Zapata cayera acribillado en el portón de Chinameca. Bueno, otra leyenda de nuestra familia dice que quien cayó hecho un colador fue un compadre y

primo del caudillo, ya que éste —desconfiado y precavido por naturaleza tanto como por necesidad— no acudió a la cita con Jesús Guajardo cuyos hombres tenían la orden de matarle. Por el contrario, huyó y continuó viviendo escondido hasta su verdadera muerte —ya anciano—, comentando de vez en cuando las noticias de actualidad con otro pariente nuestro mientras se metían entre pecho y espalda unos tequilas que temblaba el Misterio.

Arroyito revoltoso,
¿Qué te dijo aquel clavel?
Dice que no ha muerto el jefe,
que Zapata ha de volver...

La cuestión es que la familia de mi abuela Fernanda, una vez muerto en 1901 su primer marido Bernardino —el mayorazgo— y casada de nuevo ella, en esta ocasión con mi abuelo Nicanor que ya era administrador y albacea de la viuda en calidad de primo del fallecido mayorazgo, se incrementó con varios hijos más, entre ellos mi padre y mi tío Paco, que me permiten ahora retomar el hilo de las cartas donde lo dejamos líneas atrás.

Cuando todavía estaba con ganas de contar cosas de su infancia, mi padre nos relataba el viaje en diligencia desde Inguanzo a Llanes pasando por el puerto de las Estazadas, abrupto lugar que se le quedó grabado para siempre en la memoria por lo que contaban los lugareños acerca de algún vehículo despeñado cuyos pasajeros no fueron nunca encontrados. Iban camino de Madrid después de haber liquidado mi abuelo todas sus posesiones (mejor dicho, las de su esposa) salvo la casa del Sagual, algunas erías, muchos prados y unos cuantos edificios auxiliares. La idea de Nicanor —yo diría que su obsesión— era comprar un café en la capital de España y sentarse en la terraza a disfrutar de las rentas. Probablemente esa fijación le venía de su propia infancia, cuando vivió en Madrid, donde su padre, Francisco Díaz Borbolla, había tenido una Tienda de Vinos en la calle Coleros 5.



Nicanor (izquierda), con sus padres Francisco y Severa, en Madrid

La familia que llegaba ahora a la capital del reino estaba compuesta por mi abuela Fernanda Gómez Alonso —con tres de los hijos del primer matrimonio, Antonina, Eulogio y Bernardina—, mi abuelo Nicanor Díaz (padrastro y albacea asimismo de los tres anteriores), mi tío Paco, nacido en 1906, y mi padre, con doce añitos de edad. Así, mientras la infancia de mi padre transcurría en el Madrid desenfadado y feliz de los años 20, la juventud de mi tío Paco —con 18 primaveras— le ahogaba en casa, soñando todo el día con viajar a Méjico o a Cuba y regresar como lo hacían los indianos, en pleno triunfo económico y con el reconocimiento y admiración de la sociedad. Por lo que sé, el momento de cruzar el charco y pisar tierra americana llegó al poco tiempo de estar establecidos en Madrid: su primer viaje a Méjico fue en 1924 y de ello queda constancia en el Servicio de migración de extranjeros del Gobierno de México, indicándose en la ficha que el joven que entra

al país por el puerto de Veracruz tiene constitución «débil», pelo castaño claro y ojos verdes claros. Las fotografías de frente y de perfil desvelan una mirada casi romántica y un atisbo de bozo bajo la nariz.



Ficha del tío Paco en su segundo viaje a Méjico, en 1933

La siguiente ficha, mecanografiada el 3 de febrero de 1933, habla ya de un hombre de constitución «fuerte», rubio y con ojos azules. De la primera a la segunda entrada habían pasado casi diez años, figurando como avalistas en ambas situaciones dos personas distintas, Celedonio Díaz en el primer caso y Amadeo Díaz en el segundo. Sin duda el tío Paco había camelado a los dos hermanos varones de su padre, para viajar a Méjico y residir allí una buena temporada.

El período «mejicano» lo calcula el mismo Paco en una carta a su padre desde el hospital psiquiátrico de Ciempozuelos en 1953, cuando escribe: «En Méjico, si mal no recuerdo, estuve ocho años, ¿no es así? Bueno, pues aquí va para nueve meses mi reclusión y se me ha hecho más larga la estancia que los mencionados ocho años». A partir del regreso de América en 1935 la salud de Paco empieza a preocupar a quienes le rodean, al menos a su familia más cercana, y se inicia un calvario particular que durará treinta años.



Amadeo, Celedonio y Nicanor Díaz en Méjico en 1902

Según mi abuelo Nicanor, su hijo, o sea mi tío Paco, era un canalla además de estar loco. Lo de canalla estaba constantemente aireándolo en las cartas que dirigía a su hijo, como en ésta del 23 de julio de 1949 cuando aún no había llegado siquiera al ecuador de los sufrimientos: «Yo he gastado con mis hijos muchos miles: contigo el doble que con tu hermano y la recompensa es tener que trabajar a mi edad más que nunca; menos mal que de tu hermano no recibí ni un disgusto y sí cariño, y no como el tuyo, interesado, que hasta cuando estabas en el bar me venías a sacar dinero para tus vicios. Me has creído rico y a este respecto te diré que yo en Inguanzo nada tenía. Todo pertenecía a Antonina, Eulogio y Bernardina, y la pequeña hijuela de tu madre, tasada en poco más de cinco mil pesetas con otras seis mil que le mandaron de Méjico de lo que le correspondía de lo que allá tenía tu abuela».

Nicanor se queja de que sus pocos haberes en Madrid se los tuvo que gastar en sanatorios

psiquiátricos para atender a un orate lengua-raz que faltaba al respeto a toda la familia. Los orates locuaces siempre ejercieron una cierta ascendencia sobre la gente, y de esa ascendencia no sólo podíamos dar testimonio nosotros — que cada vez que venía Paco a la finca de Viana nos hipnotizaba con los relatos de su viajes— sino la mismísima Iglesia Católica que acabó dedicándoles un día concreto en el santoral del año cristiano. Por aquello de que «de niños y de locos todos tenemos un poco», los santos padres, siempre oportunos ellos, asimilaron la fiesta de los santos inocentes —el día 28 de diciembre— al perenne carnaval de quienes se saltaban toda norma existente o hacían de ella el conveniente escarnio. Dentro de los templos cristianos, y desde los primeros siglos, parece que comenzó a desarrollarse un tipo de celebración en la cual la autoridad eclesiástica —el obispo, generalmente— era sustituida temporalmente por un loco que lanzaba un discurso disparatado y grotesco en el que no había piedad hacia lo correcto. Se unían de esa forma, y no precisamente por casualidad, dos cualidades que ya alabó Horacio en su *Ars poetica*, la necesidad de instruir y la posibilidad de hacerlo de forma entretenida: o sea, «*prodesse et delectare*». ¿Y por qué no iba a ser instrucción también el acto de comunicar ideas, aunque esas ideas saliesen de una mente que había renunciado a ordenarlas? Acerca de la diversión que provocaban en el público, no habría espacio suficiente en este libro para recordarlo y celebrarlo. Los reyes españoles mantuvieron siempre cerca de su trono a los bufones, no sólo porque eran capaces de divertirlos sino porque entre disparate y disparate soltaban verdades como puños y a un soberano prudente cualquier opinión —sobre todo si estaba aparentemente alejada de la azarosa realidad— le venía al pelo. Conocido hasta el extremo de verse coronado por la fama fue Francesillo de Zúñiga, a quien favoreció el emperador Carlos V con su benevolencia y con más de una carcajada. Algunas de sus ocurrencias quedaron reflejadas en su célebre *Crónica*, donde se llama a sí mismo «criado privado, bienquisto y predicador del emperador».

Cuentan que poco antes de fallecer, estando en el lecho de muerte, se acercó compungido el decidor o bufón del Marqués de Villena a pedirle que cuando estuviese en el cielo rogase a Dios por él. A lo cual respondió Francesillo: «átame un hilo a este dedo para que no se me olvide». No dice el cuento qué dedo le mostró el de Zúñiga pero sí dice que fueron sus últimas palabras.

Los orates son esos personajes maravillosos, por qué no decirlo, que vienen a recordarnos de vez en cuando que la vida no es tan aburrida ni tan ficticia como se piensa de ella. Entre mis recuerdos de figuras perturbadas sobresale —no sé si por ser una de las primeras que almacenó mi memoria o porque tenía que ver con la música— el inefable «Garibaldi», afortunado poseedor de un clarinete con el que hacía las delicias de los niños de diferentes barrios de Valladolid. Como flautista de Hamelin reciclado, Garibaldi nos atraía —sus barbas, su seriedad, su melodía— y como pequeños mures formábamos una comitiva cívica e infantil que le seguía devotamente en su deambular. Era tal nuestra fidelidad hacia su tonada, que me imagino le hubiésemos acompañado hasta las alcantarillas si ese hubiese sido su propósito. Afortunadamente todo quedaba en un paseo divertido a los sonos de su único repertorio que ejecutaba una y otra vez excepto cuando, posiblemente cansado de soplar o receloso de que su auditorio no hubiese identificado plenamente el título de su canción favorita, empezaba a vocear con todas sus fuerzas:

Que le quiten el tapón
que le quiten el tapón
que le quiten el tapón
al botellón al botellón...

y tras un aplauso espontáneo de sus seguidores volvía al clarinete.

De entre mis escasas e infantiles evocaciones zamoranas conservo también al personaje de César, hijo de militar, quien se había obsesionado con dos actividades, ambas muy castren-

ses, que consistían en unos triunfales paseos a caballo y en querer ser saludado militarmente por todos los individuos uniformados que pasasen por su lado, ya fuesen simples turutas, ya sencillos y pacíficos empleados del servicio de limpieza que por aquel entonces usaban gorra de plato. Su peor «batalla», que posiblemente agravó su delirio o por primera vez le hizo padecer el sentido del ridículo, sobrevino un mal día en que, exaltado por la visión de una bella joven zamorana, quiso mostrarle lo mejor de su arte ecuestre. Por desgracia la helada nocturna había dejado secuelas sobre el pavimento empedrado, de manera que caballo y caballero vinieron a penetrar, muy en contra de su voluntad y después de unas piruetas absurdas, en uno de los retretes públicos que, afortunadamente, se hallaba en aquel momento abierto y sin usuario.

El vocabulario y la verborrea de este tipo de individuos siempre me ha sorprendido. Su mente produce, tanto verdades incontestables como un confuso centón de palabrejas sin sentido que bien podrían trastornar a un meticuloso filólogo. Un personaje vallisoletano recorría hasta hace pocos años las calles de la ciudad hablando sin parar en un lenguaje ininteligible en el que introducía, de vez en cuando y por sorpresa, frases como «Galerías Preciados» o «Veinte mil pesetas en pesetas», expresión que yo mismo le escuché pronunciar en la ventanilla de un banco poniendo en evidentes apuros a quien sólo pretendía atenderle amablemente. Su actuación más espectacular, sin embargo, fue la que llevó a cabo de pie en el banzo de entrada a los antiguos almacenes Olmedo, en la céntrica calle de Santiago, hablando durante más de una hora a una familia de extranjeros —los padres y dos niños— que se había sentado en torno suyo para seguir la lección magistral con más comodidad. A ratos, el padre de familia consultaba un diccionario, pretendiendo, supongo que inútilmente, seguir el hilo argumental. Me vinieron entonces a la memoria las palabras del cura del cuento: «Orates frates, no hagan ustedes caso de disparates».

No me entretendré más con el tema de las locuras, pero no quisiera pasar adelante sin hablar un poco del divertido Amaro. De otra índole —porque en este caso el protector era un príncipe de la Iglesia, el arzobispo sevillano Ambrosio de Spínola—, pero con el mismo resultado hilarante fueron la vida y los sermones del loco Amaro, orate que tuvo su púlpito permanente en las calles de Sevilla a mediados del siglo xvii y cuya breve biografía, junto a sus pláticas desternillantes, rescató del olvido el historiador Carlos Ros. Cuenta Ros que, en una ocasión en que la esposa de Amaro fue a visitarlo tras años de reclusión en la casa de Inocentes, el loco prefirió no conocerla o hacer que no la conocía y ni siquiera levantó la vista para mirarla. Un poco contrariada decidió por fin dirigirle la palabra:

—Amaro, ¿no me recuerdas? Soy tu mujer.

A lo que el loco, tras elevar los ojos hasta ella y comprobar que se había quedado calva, contestó:

—Señora, cuando yo dejé a vuesa merced la dejé ciruela de fraile y ahora la encuentro castaña pilonga, conque a otro perro con ese hueso.

Sus sermones, transcritos por obra de alguna mano que probablemente era *longa manus* del propio arzobispo, siempre divertido y sorprendido ante las ocurrencias de Amaro, alcanzaron fama tanto por las licencias de su latín macarrónico como por las pullas que lanzaba entre idea e idea a quien no le atendía o se reía de él. «Dos avemarías encargo —decía acabando un sermón—. La una por el pontífice y el rey mi señor y mi primo y el señor arzobispo Ambrosio de Spínola y la otra porque a aquel cornudo de aquel muchacho que me tiró el naranjazo se lo lleven dos mil demonias paridas». Parece que, además de alardear de su afinidad con el papa, su consanguinidad con el rey y su familiaridad con el arzobispo (quien según él le había encargado la predicación en la diócesis), a Amaro le encantaba meter de vez en cuando alguna

maldición para el que no estuviera atento a sus palabras: «Un avemaría por aquel sacristán que se ha estado cabeceando toda la plática, para que le abra Dios los sentidos y que haga lo que le tengo mandado. Bien puede no hacerlo, pero en cogiéndolo en la calle, le tengo que abrir el sentido con dos pelotes, como a San Esteban. ¿¡Que haya majadero que predicando un hombre como yo se duerma!?...»

Por lo que dejaron escrito de sus sermones, las imprecaciones y las avemarías volaban por la plaza con suma facilidad y no es de extrañar, porque, como decía él interpretando a su manera la visita del ángel a María: «Hasta aquí no tenemos dificultad. ¿Pues por qué? Porque claro está que si el ángel venía volando tenía alas, que con decir «ave» se explica». Es evidente que la locura no radicaba en lo que decía sino en cómo relacionaba cosas absolutamente disímiles. Lo que tenían de desacordados sus discursos estaba en que no armonizaba —ni le importaba— unos temas con otros. Tampoco sabemos qué semejanzas encontraba Amaro entre los alguaciles y los gatos de Algaría —tan famosos ellos hace años en la epidemia del síndrome respiratorio agudo y severo—, pero en sus sermones se puede leer:

Te veo, alguacil del prendimiento, contigo hablo, cara de cuajareta. Preguntan los Setenta en qué se parecen los alguaciles a los que crían gatos de Argalia.

Claro es que no lo sabéis. Pues yo os lo diré, estadme atentos. Mandó Dios a su caudillo Moisés que le diese de beber a su pueblo y el santo patriarca se llegó a una desdichada piedra que estaba en el desierto y empezó a matarla a palos con una vara hasta que la hizo sudar a caños el agua, o argalia, y de esta manera bebió el pueblo abundantemente.

Lo propio hace aquel cornudo sayón, cara de hojaldre, el cual tiene una vara que le ha dado el rey mi señor y mi

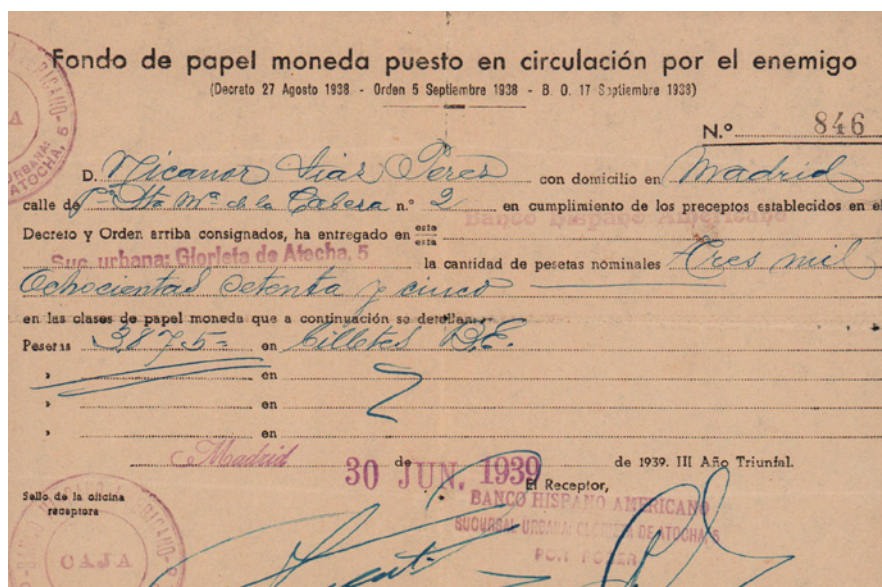
primo, para que en la Costanilla atiende a que no le quiten a cada uno lo que es suyo, y él con la vara le quita al pobre cuanto lleva comprado con el sudor de su trabajo. ¿Y para qué se lo quita? Para que coman los cornudos de sus hijos y la borracha de su mujer, que con aquel gato de Argalia se casó. A palos como el gato de Argalia les hace dar el sudor a los pobres; pues cara de mojarrilla, te llevará el demonio como lo dijo mi padre San Jerónimo: *Impossibilis salvantur...*

Por más que lo intento, no recuerdo ninguno de los sermones que nos predicara mi tío en Viana salvo que, hablando por boca de ganso, nos aconsejaba que nos portásemos bien con nuestros padres. En fin...

La guerra civil pilló a toda la familia en Madrid y se anunció fatalmente con el fallecimiento de mi abuela Fernanda una noche aciaga de junio del año 36 cuando su corazón, agotado y enfermo, falló definitivamente. Los desesperados esfuerzos de mi padre y de su primo Samuel Mier por encontrar el medicamento adecuado en una farmacia de guardia, fracasaron, provocando el infausto resultado.

El período bélico vendría a acallar el dolor, sustituyendo las lágrimas por el miedo y la resignación. Bueno, la resignación y muchas más

cosas. Es evidente que la vida en Madrid durante los tres años de guerra hubo de ser terrible: a la inquietud cotidiana sucedían a veces bombardeos y escaramuzas que dejaban las calles sembradas de cadáveres y el alma de las gentes en un puño. El final del conflicto no vino a traer paz y tranquilidad precisamente, pues había que demostrar de qué lado estabas y cómo te habías comportado durante el tiempo de asedio. Un decreto del gobierno de Franco de 27 de agosto de 1938, seguido de una orden del 5 de septiembre que se publicó en el Boletín oficial unos días más tarde obligaba a los ciudadanos españoles que habían vivido en la zona republicana a entregar todo el dinero acuñado por el gobierno de la República que se poseyera. El decreto añadía que si no podían entregarse las cantidades en el Banco de España, podría hacerse en cualquier lugar autorizado, consignando «la Autoridad o Establecimiento receptor, el nombre y domicilio del interesado, cantidad nominal entregada, clase del papel moneda, fecha y firma del receptor». Mi abuelo Nicanor hizo acopio de sus haberes madrileños —lejos de sus tierras y de las posesiones cabrilegas de su esposa— y entregó 3.875 pesetas en el Banco Hispano Americano de la Glorietta de Atocha. En el recibo que le devolvieron a cambio ya aparecía la ominosa expresión del «Año triunfal» que tanto duraría.



Por cierto que el domicilio que figura en el recibo no es el habitual de mi abuelo, que era Altamirano 40, sino el de su primo Eugenio Álvarez Díaz, padrino de mi padre e intelectual republicano que acababa de salir de España por motivos obvios.

A Don Eugenio le dedicaré algunas líneas por ser un personaje muy interesante entre la intelectualidad de la época e injustamente olvidado. Siempre me sorprendió, que el libro titulado *Problemas de aritmética y álgebra sobre temas de mitología* que estaba en la biblioteca de mi padre y que había escrito su padrino Don Eugenio, se hubiese publicado en Méjico (1944), aunque para muchos de mis familiares fuese aquélla su segunda casa. Eugenio Álvarez tuvo que exiliarse en América, como tantos otros profesores, científicos y escritores a los que no respetó la barbarie ni valieron títulos o conocimientos en la hora del odio fraternal, y en Méjico fue acogido y admirado no sólo por ser alumno y discípulo de Rey Pastor sino por sus propios talentos, que eran numerosos. Aunque había nacido en el pequeño pueblo asturiano de Puertas de Cabrales, pudo estudiar gracias a un suceso que, indudablemente, marcó su vida. Al ser un muchacho despierto y muy bien dispuesto, sus padres solían enviarle a por el correo al cercano pueblo de Arenas en un borrico. Parece que esa disposición le llevaba a clasificar y ordenar por el camino las cartas (me imagino que no sería una tarea excesivamente problemática dados los pocos vecinos) de modo que su trabajo era apreciado por todos. Una tarde, sin embargo, el burro se espantó y tiró al pobre Eugenio a una zanja donde tuvo que pasar, malherido y asustado, toda la noche. Cuando sus padres le encontraron al día siguiente, el daño ya estaba hecho: Eugenio tuvo que usar muletas el resto de su vida.

Cualquier persona con menos espíritu y decisión hubiese sacrificado la existencia en el altar del dolor y de la incapacidad, pero él extrajo de aquella situación la fuerza para, con la ayuda de sus padres, dedicarse plenamente al estudio, llegando a terminar siete carreras con

brillantes calificaciones. Algunos de esos estudios, aparentemente innecesarios para la mentalidad práctica de hoy, le valdrían después, andando los años, para sobrevivir en las difíciles circunstancias del destierro. Como profesor de química estuvo adscrito a la Academia Hispano—Mexicana, institución que se creó en 1940 como centro de enseñanza para hijos de exiliados y que se mantuvo fiel a los principios de la Institución Libre de Enseñanza con un profesorado extraordinario y unos resultados científicos y sociales inmejorables pese a las penurias económicas. En esa Academia desarrollaron una actividad científica y humana ingente muchos de sus compañeros de exilio y otros que, de forma altruista, quisieron unirse a una aventura docente y solidaria. Durante ese tiempo, Eugenio se casó con una joven a la que había conocido en Barcelona en el transcurso de una fiesta organizada en homenaje a García Lorca por uno de sus estrenos de teatro. En 1944, y animado por algunos de sus compañeros de la Academia, Eugenio Álvarez se embarcó en la tarea de editar un libro, el libro mencionado, en el que, no sólo podría verter sus conocimientos de matemáticas y álgebra, sino demostrar que sus estudios sobre la mitología le habían llevado a respetar y amar el mundo clásico desde una vocación poética dentro de su formación integral. En el prólogo de aquella obra escribía: «Algunos de mis compañeros de profesión criticaron la segunda de mis devociones (se refería a la lectura de los clásicos como Homero, Aristófanes, Sófocles o Eurípides) y me colocaron ante la prueba de armonizar Mitología y Matemáticas. Día a día fueron saliendo enunciados de problemas y ejercicios, y por decisión de los mismos investigadores llega este libro a manos del lector, eliminando de la colección la mayor parte de los que tenían su origen en las obras de Aristófanes, por razones que es obvio dar».

No se sabe si las razones «obvias» que alegaba Eugenio eran de orden político, ético o moral, pero es evidente que la fecha de 1944, con la campaña del episcopado mejicano en contra de los no católicos no sería precisamente una coyuntura favorable para los exiliados españo-

les de la Institución Libre de Enseñanza. En cualquier caso el pobre Aristófanes sabía muy bien que no había enemigo pequeño cuando quería vengarse a toda costa, como nos hizo ver en Lisístrata con la fábula del escarabajo. De ello también podría hablar quien cuidó de la edición del libro, Romualdo Sancho Granados —de la Academia Hispano-Mexicana—, que fue separado definitivamente de su cátedra en España por una orden del Ministerio de Educación en 1940.

Independientemente de todos estos daños colaterales y de las dificultades de la época, el libro es una joya y —Q.E.D. o sea *quod erat demonstrandum*, frase que haría feliz tanto al padrino de mi padre como a Euclides— un ejemplo de que la relación entre materias y la observación de los hechos desde disciplinas distintas enriquece siempre. La obra contiene 205 problemas y soluciones en los que conjuntos, ecuaciones, progresiones y logaritmos encuentran su razón de ser en la curiosidad del ser humano por los relatos antiguos —tanto los griegos y romanos como los procedentes del hinduismo o del Islam—, transmitidos armoniosamente gracias a la afición del autor hacia los rapsodas griegos y hacia su espléndida cualidad para vincular el universo con lo numérico. Seguramente cuando Eugenio redactó el problema 116 estaba pensando, fatalmente, en su propio destino: «Clístenes introdujo en Grecia el ostracismo, institución por la cual un ciudadano considerado como peligroso para la patria podía, sin otro motivo, ser condenado al destierro durante un número de años igual a $1/V2$ de la suma de los módulos de las raíces cuadradas del número complejo $48-14i$. Hallar este número (D:4)».

La solución de 10 años que le salía a él se prolongó hasta su muerte. Probablemente fue lo único que no calculó bien... Bueno, tal vez tampoco calculó las consecuencias de un curioso asunto en el que se metió: inquieto como era, trató de ayudar a sus paisanos asturianos en Méjico, muchos de ellos dedicados a la ferretería, comprando barcos que estaban para el

desguace con el fin de fabricar tornillos y puntas con el hierro y el acero de los mismos. Cuando se dio cuenta de que comprar barcos podía ser algo más que un entretenimiento, adquirió un petrolero, «El águila azteca», que dedicó a la exportación de crudo a Europa. En uno de aquellos viajes, con la tripulación ebria, el barco naufragó y el disgusto le llevó directamente al hospital. Cuando sus hijas llegaron para comprobar su estado, una enfermera les advirtió: «Debe de estar muy mal, está delirando. Dice que tiene un barco...»

Continúo con la historia de mi abuelo Nicanor, que era en lo que estábamos. Entre las actividades que se multiplicaron por doquier en esos susodichos «años triunfales» posteriores a la guerra y perturbaron la paz económica y social que pretendía el nuevo régimen autárquico, se encontraba el estraperlo. Aunque su origen estuviera en una maquinita instalada en diferentes casinos por dos alemanes llamados Strauss y Perle para un juego de azar que le costó el puesto a Alejandro Lerroux por supuesto chanchullo, en realidad el estraperlo era un tipo de comercio ilegal con productos de primera necesidad. La cuestión es que a mi abuelo Nicanor, por dárselas de listo, le tocó sufrir un caso de engaño por parte de dos gitanas estraperlistas a las que pretendía comprar aceite, en principio muy barato, que le ofrecían con todo tipo de garantías: él debía llevar tres bidones vacíos a la calle Delicias 3 donde estaría una de ellas, a la que debía entregar bidones y dinero, esperando después a que la otra llenara los bidones en el último piso de la casa y bajase al portal con sigilo y discreción para entregárselo a mi abuelo. Nicanor estuvo esperando más de media hora en el portal hasta que le pareció que tardaban demasiado en llenar las latas y subió a ver qué pasaba. Cuál no sería su sorpresa y su indignación al comprobar que el edificio con el número 3 se comunicaba con una serie de azoteas que permitían bajar a la calle por el número 11, puerta por la que salieron las gitanas tan campantes con el dinero de mi abuelo. Fue tal su rabia y su vergüenza que tardó muchos

años en confesar el caso y cuando lo recordaba se agitaba y pataleaba como un niño.

Los alimentos escaseaban y el dinero también, principalmente después de la aportación «voluntaria» que Nicanor había hecho a la economía de los vencedores. Además estaba el problema de Paco, agravado tras el último regreso de Méjico y confinado en el sanatorio del doctor Esquerdo después de unos desagradables episodios en casa de mi abuelo. El tratamiento le costó a Nicanor más de 5.000 pesetas de la época que casi le llevan a la ruina total. Bueno, no tan total como luego explicaré. Tras ser amenazado con acciones judiciales por el sanatorio acreedor pudo llegar a un acuerdo con los administradores y abonar solamente 1.500 pesetas librándose así de consecuencias penales. El mismo psiquiatra Juan Esquerdo Dale firmó poco después el diagnóstico con el que entró el tío Paco en el Sanatorio psiquiátrico de San José en Ciempozuelos. En ese escrito se decía: «Don Francisco Díaz Gómez padece manifestaciones psíquicas anormales desde 1935 y en la actualidad presenta actitud general aislada, poco accesible por temporadas. Orientación, bien. Conciencia, oscurecida según la intensidad de los brotes paranoides. Estado de ánimo, variable, suspicaz; estos estados le duran meses. Inteligencia sin pérdida de memoria, su inteligencia presenta alternativas. Actividad motora inquieta. Conducta, por temporadas poco dócil, agresivo, impulsivo, poco sociable, etc. Peligrosidad, actitudes de agresividad inmotivadas. Alucinaciones e ideas delirantes, de persecución. Toxicomanías, alcohol, que agudiza su estado latente. Síntesis global de la personalidad anterior, serio, sistemático. Enfermedades mentales anteriores: en el sanatorio Esquerdo, y Santa Isabel de Leganés fue tratado, habiendo durado su reclusión más de un año en estos establecimientos».

Es evidente que, al menos en los primeros episodios, mi abuelo había mostrado su preocupación por el estado de salud de su hijo llevándolo a sanatorio caros, aunque su economía —debilitada en esos momentos por la in-

mediata guerra— no le permitiera demasiadas alegrías: «La pensión en que deseo se coloque a mi dicho hijo es la de 3ª clase, cuyo importe y demás gastos extraordinarios me obligo a satisfacer puntualmente. Como gasto extraordinario únicamente tabaco y semanalmente una peseta en efectivo, así como el periódico del día y cuando necesite, arreglo de ropa y calzado», alega en el documento de ingreso de Paco en el Sanatorio psiquiátrico de Ciempozuelos. La salida del mismo, a petición todavía del propio Nicanor, la certifica el Director facultativo del centro, Antonio Vallejo Nájera, indicando que padece psicopatía obsesiva y que deberá ser ingresado en otro sanatorio similar.

Desde el año 1935 hasta 1963 existen cientos y cientos de cartas dirigidas por Paco a su padre y posteriormente al mío, o sea a su hermano, en las que unas veces de forma airada, otras de manera sumisa, exigía o solicitaba dinero asegurando que sería la última vez que lo haría al tiempo que manifestaba reiteradamente su intención de cambiar, su deseo de empezar una nueva vida, su ilusión por poder ser él mismo lejos de los hospitales y sanatorios. Durante ese largo período de tiempo padre e hijo se cruzan cartas suplicantes y amenazadoras. «Esto se acabó, infame, estás haciendo méritos para lo más grave del mundo, la maldición», conmina el padre al hijo, a lo que éste responde: «Esta es la definitiva, o curo, si es que estoy enfermo, o si no están dispuestos a pagar el sanatorio marchó para Madrid a trabajar. Ya voy muy cansado de aguantar cabronadas y de trabajar también sin fruto». Las misivas se suceden casi siempre con el mismo contenido: «voy a ser otro», y al poco tiempo las alarmantes noticias de que había ido empeñando chaqueta, pantalón, zapatos, tabaco y chisquero (por ese orden) para pagarse la bebida. Aún recuerdo —y antes lo mencioné— sus escasas visitas a la finca de Viana de Cega donde conseguía que se inquietara mi madre y se frunciera el ceño de mi padre hasta que, aliviados, le veían partir con nuevas promesas y planes futuros que nunca llegarían a buen término.

Cuando le encontraron muerto en un camino, sin zapatos y bajo una terrible nevada, mi padre tuvo que ir a Asturias a reconocer el cadáver y volvió hundido. Después de leer tantas cartas inútiles y tantos propósitos nunca cumplidos se me ocurrió el título de este libro: algunas de las ramas del árbol genealógico no producen brotes ni transmiten savia. La muerte viene a llevarse al leñador antes de que éste pueda llegar a su casa, como en el cuadro de Millet. El haz de ramaje seco ramoneado con dificultad cae sobre él y lo derriba. Esas ramas están marchitas y son como venas o arterias en las que la sangre se cuaja y taponan la circulación. No hay oxígeno ni nutrientes ni hormonas que alimenten las células y parece que la sangre circula en otra dirección que termina siendo tan inútil como infructuosa. He elegido dos de esas ramas, mi tío Paco de la familia de mi padre y mi tío Joaquín —o el tío Quinito, como siempre se le llamó en casa— de la de mi madre, para ilustrar mi teoría.

Creo que no podría encontrar dos ejemplos más distintos que mi padre y mi tío Paco para demostrar que nacer en la misma familia no te obliga más que a llevar el mismo apellido. Desde los primeros años, las niñas y niños reciben una serie de informaciones que, aunque parezca que llegan aisladas a su percepción, se van agrupando y relacionando de forma ordenada y lógica. Todas esas informaciones —ese acervo cultural— complementan y enriquecen la personalidad de los pequeños dotándoles de unas referencias esenciales para conocer su propio entorno así como la historia e identidad de sus antepasados, de modo que tales datos vienen a ser como el líquido que rellena un recipiente previamente formado —el carácter, la naturaleza— a cuya terminación y perfeccionamiento contribuyen básicamente. Como es de suponer, esas informaciones son de signo tan diverso y alcanzan un espectro tan amplio como sea capaz de absorber o asimilar el talento y disposición de los niños que, por principio, tienen el don de la curiosidad abierto a todas las influencias. Una parte importante de esa educación y de ese aprendizaje va construyendo un reper-

torio —literario, dramático, musical, gestual, lúdico— que la memoria del ser humano reúne desde sus primeros años y que queda de tal manera grabado en el subconsciente, que llega a constituir un pilar patrimonial conservado incluso hasta en los momentos en que el recuerdo o las capacidades memorísticas comienzan a debilitarse.

Así como se podrían decir muchas cosas del arrojito y osadía de nuestros antepasados que atravesaron el océano para buscar una vida mejor en la prometedora América, el espíritu aventurero de mi padre sólo le animaba a hacer viajes sobre planos y mapas, afición que le duró hasta sus últimos días. Probablemente la fiebre gripal infantil —tenía 6 años cuando sobrevino la gripe de 1918— y su imaginación, se aliaron para inventarse historias que nos contó con tanta veracidad y entusiasmo que prendieron en nuestras mentes vírgenes con la misma fuerza o más que si las hubiésemos vivido.



Mi padre de primera comunión después de la gripe del 18

Pensando en todo eso recordé que el miedo que tengo al mar probablemente me lo contagió mi padre. Él había nacido en Inguanzo —como ya dije, pueblo de emigrantes a América—, y las historias sobre viajes largos y penosos de semanas de duración, tormentas espantosas y naufragios en los que la voracidad del mar engullía vidas conocidas y cercanas le dejaron secuelas. Nos contaba, no sin cierta teatralidad, que durante la convalecencia de la gripe del 18, que él sufrió como muchos otros niños de la época, se aprendió de memoria los textos de un periódico que narraba el hundimiento del vapor «Príncipe de Asturias» en las costas de Brasil. Bien es cierto que la curiosidad que despertó en él la noticia derivaba de un rumor que propagaron los diarios que la difundieron: decían que el vapor llevaba en sus bodegas una considerable cantidad de lingotes de oro para financiar a Zapata, y ya sabemos lo que Zapata representaba para mi familia.

Al temor que mi padre me transmitió hacia el mar vino a añadirse otra circunstancia que también tuvo que ver con la fiebre. Cada vez que ahora entro en un proceso febril me viene a la memoria uno de los peores momentos de mi infancia, cuando pillé una pulmonía después de beber agua de la nevera de casa en un caluroso día de Corpus Christi. Aquellas neveras de cinc, más parecidas a los pozos de nieve medievales

que a los modernos frigoríficos, hacían un agua maravillosamente helada que salía por un grifo cromado del que mi madre tenía siempre colgada una herradita de juguete para que no cayeran gotas al impoluto suelo de su cocina. La sudada que cogí durante la procesión y las consecuencias del trago posterior —que, al menos por un momento, me supo a gloria— fueron las lógicas: dolor de garganta, evolución gripal y, finalmente, la temida pulmonía. Durante el tiempo que duró la enfermedad fui consciente de pocas cosas, tal vez las esenciales para un niño. Recuerdo las ventosas que me aplicaban en la espalda y, sobre todo, recuerdo las pesadillas —probablemente fue solo una, pero dejó secuelas— con el pirata Morgan. Se conoce que por esos días había caído en mis manos algún tebeo con las aventuras del filibustero galés que trajo por la calle de la amargura a los barcos españoles durante buena parte del siglo xvii y las viñetas se acumularon, se amotinaron y tomaron el puente del pobre navío de mi cabeza. Las alucinaciones de mi pulmonía se centraban en la malvada cara de Morgan y en el ron jamaicano que me bebía y sudaba casi al mismo tiempo, y una y otro se mezclaban y confundían de tal modo que me resultaba difícil distinguir en aquella orgía de imágenes calenturientas si quien me hablaba y me exigía una reacción era el médico de cabecera o el mismísimo corsario.



La familia, un domingo después de misa en la calle Italia

Como en el caso de tantas familias españolas de clase media, mi madre y mi padre habían aceptado sus responsabilidades según la tradición se lo había transmitido o en la forma que cada uno lo había observado en sus propios progenitores: mi madre se encargaba de solucionar las cuestiones cotidianas de alimentación, vestido, creencias y lenguaje expresivo y mi padre tenía a su cargo un protocolario paseo semanal con el que entretenía nuestras mañanas de domingo en las que desarrollaba clases aceleradas sobre la naturaleza (con advertencias sobre los enemigos en el pinar, el alacrán y la procesionaria) o sobre la propia localidad en la que vivíamos, según el recorrido fuese rural o urbano. Está claro que el carácter y el comportamiento estaban a cargo de mi madre mientras que la ciencia y la historia eran disciplinas atendidas por la responsabilidad paterna. Al menos desde que tuve uso de razón no recuerdo una sola advertencia o admonición de mi madre que no fuese acompañada de algún proverbio, frase, relato o dicho con los que nos proponía una pauta de conducta sin recurrir a la severidad de la norma. Ese inteligente y práctico método nos enfrentaba a la posibilidad de elegir por nosotros mismos un comportamiento y fue formando en nosotros una actitud ética en vez de imponernos una prohibición o un escarmiento. Tampoco recuerdo ningún castigo físico de su parte (ni de la mano de mi padre, aunque lo dijese todo con la mirada), salvo en una sola y aislada ocasión en que —según mi madre aseguraba (y no puedo afirmar ni negarlo porque de verdad no lo recuerdo)— tenía la certeza de que yo le había sustraído una moneda de medio duro para comprar cromos de aquellos con los que Nestlé trataba de educar nuestro sentido estético, al mismo tiempo que nos vendía chokolatinas, por supuesto. Debo reconocer que los cachetes no disminuyeron en absoluto mi afición al coleccionismo pero me aconsejaron a partir de entonces adquirir las piezas por caminos más honrados.

La honradez, el honor, el correcto comportamiento, la rectitud, son conceptos morales que aparecen una y otra vez en todas esas cartas

que vengo comentando. En la vida de Paco, esas palabras significaron apenas unos límites que, lejos de intimidarle o atemorizarle, se empeñó en traspasar flagrantemente una y otra vez, en un sentido y en otro, hasta la saciedad y con el consiguiente hartazgo de sus parientes. Esa actitud desafiante, que en los períodos en que remitía la dolencia se convertía en fingida sumisión buscando la comprensión y el alivio fraternos, le hizo mucho daño a mi padre. Tal vez porque pensaba que su melancolía era el resultado de una enfermedad mental similar a la de su hermano, tal vez porque sospechaba inocentemente que las psicopatías podían ser contagiosas. La cuestión es que cuando llegó el momento de visitar al especialista en psiquiatría, tras recomendarle toda la familia que acudiese a él aunque no fuese más que por probar, de nuevo regresaron los miedos que —según nos refería mi madre, que le acompañaba y escuchaba sus monólogos ante el médico— se resumían en un temor enfermizo a hacer algo malo. Una de sus obsesiones, que le llevó a pedir a mi madre que no pusiera cuchillos en la mesa, era que me acuchillaba a mí. Desde mi perspectiva era bastante lógico y hasta merecido, ya que mis enfados, mis reconvenciones, mis provocaciones, le sacaban de un letargo y de una insania desesperantes de las que, probablemente, no quería salir por temor a enfrentarse con una realidad incómoda. Tengo que reconocer que en aquellos días me obligué también a recordar mis pesadillas infantiles en las que veía a un hombre con gafas de concha como las de mi padre, que siempre venía a asustarme o a hacerme algún daño. La noche que, en un arrebató onírico de valentía y furor, conseguí atravesarle la cabeza con una barra del fútbolín usada como espada me liberé para siempre del síntoma de la muerte del padre, que amargaba mis sueños y los inquietaba hasta el pavor. Eso jamás se lo dije, pero probablemente si nos lo hubiésemos confesado en algún momento, nos habríamos tranquilizado los dos. Todo en la vida tiene dos o más facetas y una de ellas suele ser sencilla, sin complicaciones. Es más, siempre he pensado que los brotes paranoides de Paco

a los que se refería el Doctor Esquerdo y que achacaba al consumo inmoderado de alcohol, se habrían podido prevenir —y paliar— con un tratamiento adecuado y una medicación vigilante como las que ahora se estilan. La esquizofrenia paranoide tiene muchas formas y en cada individuo se manifiestan diversos síntomas que deben tratarse a lo largo de toda la vida y con una colaboración estrecha entre el psiquiatra, el paciente y su familia. Otra cosa es la propensión, aquello a lo que tienden las personas por naturaleza y que en el caso de Paco le impulsaba a delirar para evadirse del sitio habitual (salir de su propia mente) y en el caso de mi padre a no hacerlo. Siempre pensaba en el ejemplo de Colón y de los Reyes Católicos para reforzar el paradigma: el descubridor viajando y los monarcas sin hacerle ni puñetero caso.

Ya he comentado que mi padre tenía tendencia al sillón y a viajar siguiendo una guía de carreteras de Campsa, que consultaba tan a menudo que la tenía en el revistero junto a la prensa del día o a los semanarios que leía mi madre. Cuando se le ocurría algún itinerario se giraba en su asiento para echar mano del atlas y se dedicaba a recorrer concienzudamente las carreteras del país. En particular le entusiasaban las de Asturias, claro, pero también las de Zamora, provincia que había transitado y conocido durante el tiempo que duró su primer destino en el Distrito Forestal. Sustituía en ese puesto a su cuñado Joaquín —el tío Quinito—, fallecido en 1943, y tuvo como primer encargo el señalamiento y derribo de los árboles con los que se harían las traviesas para el ferrocarril de Zamora a Orense, en particular el tramo Zamora-Puebla de Sanabria que se inauguró posteriormente, ya en 1952, cuando mi padre se había marchado a su nuevo destino en Valladolid. Esa línea, una de las más complicadas de España por su orografía y por las dificultades que ofrecía su trazado, tardó casi un siglo en terminarse. Todavía recuerdo haber visto, durante el tiempo en que viví en Madrid entre 1968 y 1972, unos carteles permanentemente presentes en la Castellana, en los que las letras MZOV (Medina-Zamora-Orense-Vigo) daban cuenta

de las obras de la empresa en el famoso túnel de la risa, así llamado porque las malas lenguas aseguraban que los ingenieros que iniciaron la excavación desde dos puntos diferentes jamás se encontraron.

Mi padre comentaba con un punto de exageración que los bosques de la Sierra de la Culebra que le tocó recorrer a caballo parecían no haber sido hollados desde el reinado del emperador Carlos.



Mi padre con Fidel, alcalde de Ribadelago, en Pías, Sanabria

En esa tarea de visitar los montes y marcar los árboles que había que derribar, le ayudaron guardas forestales de cuya fidelidad y afecto nos quedaron cartas emocionantes, escritas con letra irregular y agradecida en cuanto supieron que mi padre era trasladado a un nuevo destino en 1951. A través de ellas pudimos saber también que en realidad eran la respuesta a un escrito de despedida que mi padre les había dirigido a ellos, uno por uno, para correspon-

der de alguna forma a tantos años de lealtad y compañía. Con ellos había recorrido los montes zamoranos exponiéndose a peligros, inclemencias, dificultades y todo lo que uno pueda imaginar en un medio natural tan adverso como bello. Juntos afrontaron la incertidumbre de adentrarse en zonas boscosas habitadas por los maquis (jamás tuvieron un encuentro directo con ellos aunque muchas veces percibieron que les observaban) y juntos vivieron situaciones entrañables de bodas, bautizos y celebraciones familiares en las que los guardas invitaban a su «jefe y amigo». Las cartas de Vigo de Sanabria, de Sampil, de Sotillo, de Asturianos, de Villardeciervos, de Cernadilla, mencionan todas el sentimiento por la partida y el agradecimiento por la cercanía o por las gestiones de mi padre para ayudarles en todo momento.

Una fotografía que conservo de esa época muestra un poco el tipo de trabajo que tenía que realizar mi padre, de dendrometría, provisto de un bastón con forcípula —en su mano derecha— y un cigarro en la izquierda, la mano con la que, al parecer, debían fumar los hombres. A ese respecto recuerdo cómo explicaba mi progenitor la circunstancia en que empezó a fumar, con ocasión de un dolor de muelas insoportable que le dio haciendo guardia en el Palacio Real. Gracias a las gestiones de mi abuelo Nicanor había entrado como soldado de «cuota» para cumplir el servicio militar en el Regimiento de Zapadores Minadores, cerca de su casa de la calle Altamirano 40. Lamento no encontrar ahora una fotografía en la que se veía a varios soldados de la Guardia, entre ellos a mi padre, apoyados en la verja del Palacio Real y echándose ya un cigarrillo recién liado. Pasó dos años en ese destino, a los que se añadieron otros dos por haber sido movilizado en la huelga general de 1934. Nos comentaba, como si fuese una heroicidad, que le tocó hacer una larguísima mili que duró más de seis años (los correspondientes a su servicio militar normal, más la guerra civil). Aunque no aclaraba muchos detalles sobre sus peripecias durante esos difíciles años siempre preferíamos, por la inconsciencia de nuestra juventud, los relatos diverti-

dos, como el de su breve paso por la compañía de tranvías en una huelga durante la cual casi nadie de los que aquel día salieron por Madrid llegó a donde quería: mi padre paraba donde no correspondía y se saltaba las paradas oficiales, más preocupado por encontrar el freno que por usarlo. Cuando casi había aprendido a manejar el vehículo, le sustituyeron, para alivio de sus responsabilidades y para tranquilidad de la población madrileña.

De la guerra y de sus pormenores llegamos a hartarnos toda la familia porque la reiteración en los relatos y sus detalles vino a hacerse excesiva. Bien es verdad que todo el conflicto constituyó para mi padre una carrera de obstáculos contra la muerte, pero para nosotros —una vez transcurridos tantos años—, no dejaba de ser una «batallita», más o menos divertida, que llegó a convertirse en una tortura cotidiana.



Por sus explicaciones supimos que se incorporó al frente de batalla en Guadarrama y que le tocó en suerte la famosa Brigada de los Tórreros, la 96 Brigada Mixta del Ejército Popular, donde estaban entre otros Luis Prados —Litri II— y Fortuna Chico. También estaba por cierto un tal Ruperto, anarquista que vendía go-

mas para paraguas en la Puerta del Sol y que le traía por la calle de la amargura porque de vez en cuando decía mirándole a los ojos fijamente: «tú tienes cara de fascista». Ruperto, Litri y todos los demás salieron hacia el frente de Teruel pero ciertamente sin mi padre, que se había machacado las gafas —nunca sabremos si por accidente o a propósito— en un partido de fútbol jugado entre escaramuza y escaramuza. Cuando mi padre quiso alcanzar a su batallón después de múltiples peripecias y con las gafas nuevas, se encontró con que había sido prácticamente aniquilado y se le dio un salvoconducto para Valencia donde todavía estaban los restos del Gobierno de la República. Allí estuvo dando clases de topografía a los mandos del maltrecho y ya disperso ejército popular hasta que decidió, viendo que entraban las tropas de

Franco en Valencia, viajar a Madrid en alguno de los pocos trenes que salían con destino a la capital de España. Se aposentó como pudo en el techo de uno de aquellos vagones y cuando despertó y fue a incorporarse, ya cerca de Madrid, casi se deja la cabeza en la entrada de un túnel... Eso siempre nos hacía gracia —no sé exactamente por qué— pero es que no podíamos imaginarnos que nuestro padre hubiese subido al techo de un vagón de tercera y menos aún que se hubiese dormido, con el miedo patológico que le daban habitualmente las situaciones peligrosas... En fin, tres años de sufrimientos y carencias habían sido suficientes y probablemente se merecía la siesta e incluso la fortuna de no haberse dejado la frente estampada en una piedra sin nombre.



Mi padre y mi madre (a la derecha) con unos compañeros en Zamora

Pero me he ido por los cerros de Úbeda. Estaba contando los años zamoranos de mi padre, que ya me atañen directamente: su comportamiento era tan metódico que, mientras duró su trabajo en la provincia de Zamora, el matrimonio aprovechó las vacaciones de verano para pasar unos días en Puebla de Sanabria —concretamente en la fonda de la Pascasia— y hacer un hijo cada tres años. A esa «ocupación», pre-

cisa y preciosa, debemos nuestra vida. En otro orden de cosas, andaba mi padre preocupado, a comienzos de la década de los 50, por la educación de sus hijos, esos que había engendrado con la puntería de un buen tirador. Convencido de que en Zamora, lugar en el que habíamos nacido los tres hermanos Díaz, no tendríamos oportunidades de estudiar un buen bachillerato y una carrera universitaria, pidió el traslado

a Valladolid, como ya precisé antes. El éxodo lo realizó toda la familia en tren, coincidiendo en el departamento que Renfe nos había asignado con el Hermano León, de la orden religiosa de San Juan Bautista de la Salle, por entonces director del Colegio de Nuestra Señora de Lourdes en Valladolid. Las preocupaciones de mi padre por nuestra educación se desvanecieron en cuanto el Hermano León pronunció la frase mágica: «Sus hijos van a ir al mejor Colegio de Valladolid». Sin darnos siquiera la oportunidad de ir a la nueva casa a cambiarnos de ropa o a asearnos, el Hermano León nos llevó, con maletas y todo, a darnos una vuelta por el Colegio y a enseñarnos las instalaciones. Durante el camino, que se me antojó muy largo, yo había escuchado las explicaciones del Hermano León como si no fuesen conmigo, pero me había quedado con la especie un poco fantástica de aquella águila que estaba en el jardín metida dentro de una gran jaula. La visita al Colegio se vio salpicada por mis brotes de impaciencia que, impertinentemente, reclamaban la inmediata visita a la famosa jaula. El Hermano León dejó a propósito para el final la satisfacción de mis imperiosos deseos y, en vez de una lección de zoología me dio, con todo cariño, una de templanza: las prisas no son buenas para nada y la impaciencia hay que controlarla. Maravilloso ejemplo que todavía hoy recuerdo como uno de los primeros hechos en mi vida que me dejaron una huella consciente. Después de aquello y durante los 12 años siguientes —calculo que hice 12.000 veces el trayecto de mi casa al colegio y viceversa—, vendrían todas esas sensaciones que son personales pero que quedan en la memoria y dan forma a nuestros afectos: las íntimas amarguras, la alegría descontrolada, la sensación primeriza y desconocida de la angustia, las bromas, las pequeñas ambiciones, la generosidad compartida, la envidia amarga, el sutil desasosiego de los pasillos vacíos; las aulas vivas donde cuarenta pequeños mundos, hechos de paisajes interiores, contemplaban el paso de las horas, entretenidos por la ciencia y seducidos con más frecuencia de la deseada por la atracción de las ventanas... Ventanas que, a ra-

tos, dejaban entrar el ruido de la ciudad —ruido que nos recordaba de lejos ese progreso en el que estaban empeñados los mayores— pero que también nos traían las figuras caprichosas de las nubes, hoy mechones blancos y mañana plomo amenazador. Ventanas que reflejaban como un espejo la humedad del jardín en otoño o los instantes dorados de cualquier crepúsculo primaveral. Aquel jardín del estanque verdoso y tonos de paraíso prohibido donde todo era extraño y distinto, desde la desconcertante crueldad del águila, mirándonos con ojos que hablaban otro lenguaje, hasta el aroma de las rosas o la floración de los arbustos en primavera. Ciertamente no se percibía el mismo perfume cuando uno subía a clase desde el patio de las Escuelas Gratuitas y tropezaba con el efluvio artificial y denso de las cocinas, allí donde reinaba la oronda figura del Hermano Fermín y la belleza del jardín recibía su contrapeso para que la sensibilidad no nos hiriera tan tempranamente. Pero por encima de todo, la personalidad del maestro, del educador a quien recibíamos con un «Ave María Purísima» y despedíamos cortésmente con el consabido «Usted lo pase bien», después de haber sido guiados con sabia mano por los vericuetos de lo cotidiano. Aquella mano que estaba allí para conducirnos a través de la confusión y del misterio; aquella mano que lo mismo se dejaba besar que nos atizaba un capón en las horas infelices de la incompreensión. Cuántos rostros atentos, cuántas preguntas inoportunas sin formular, cuántas filas derechas, cuántas vidas, vuelvo a repetir.

Y en los veranos, además de en los fines de semana largos que empezaban el viernes por la tarde, las idas y venidas a la finca que mi padre había comprado en Viana de Cega. Desde que llegó a Valladolid, buscaba un espacio rural donde poder «crear» sus propias ilusiones y «criar» a sus hijos. Finalmente, —gracias a un préstamo personal y generoso de su parienta política doña María Cárvaves que fue pagando poco a poco y sin intereses— adquirió al maderero Saturnino Lorenzo cinco hectáreas de pinar en Viana y se dispuso a colonizar el predio: hizo

un pozo artesiano para contar con el agua necesaria en aquel terreno arenoso, construyó una casa tan cuadrada y ordenada como él, añadió algunos edificios auxiliares para cuadras, gallineros, cochiqueras y una vivienda para los cachicanes, y se dispuso a hacer realidad el sueño de su vida.

Tardó en darse cuenta de que «los sueños, sueños son», como decía Segismundo en la cé-

lebre obra de Don Pedro Calderón de la Barca. Las vacas —llegamos a tener 15— enfermaban o parían y tenía que venir el veterinario (y pagarle la visita consiguiente, claro), había que llamar al matarife para hacer la matanza de los cerdos en invierno, los conejos caían enfermos de mixomatosis, las gallinas ponían cuando querían...



Toda la familia más mi tía Carmen dando de beber a la «Rubia» y a la «Cuca»

La escasa biblioteca de la casa de Viana, recién estrenada, comenzó a llenarse con los catecismos que sobre la cría de ganado publicaba la Editorial Calpe y con manuales para dominar la granja sin morir en el intento. Precisamente la Editorial Hernando en su colección de Manuales utilísimos, había publicado un texto de Fernando Albuquerque titulado *El gallinero como mina de oro*. La pretensión del autor no era otra que exaltar, aleccionar e informar al «lector amigo» acerca de las ventajas de criar gallinas, con frases como ésta: «¿No te enorgulleces, no te emocionas al pensar que tú también puedes hacer tu fortuna y vivir siempre entre las aves?». Tan cándido y bucólico ideal debía de estar inspirado en el famoso relato de «La gallina de los huevos de oro», aquella que con un solo ovario ponía cada día a sus propietarios el hermoso

regalo dorado. El librito de Albuquerque no tenía desperdicio porque, además de recordar al mundo el carácter cíclico de la reproducción —problema de origen que había traído en jaque a más de un filósofo desocupado—, daba excelentes y prácticos consejos para convertir a todas las gallinas españolas (que él calificaba «del montón») en unas excelentes ponedoras de raza. No sé si mi padre era consciente ya de su fracaso como granjero al leer esas exultantes líneas o las aprovechó para hacerse más circunspecto y prudente. Todos los animales domésticos se le antojaron de pronto bestias salvajes y la agricultura un agobio innecesario que dejaba para Columela y otros sabios incomprensibles. La huerta fue achicándose paulatinamente y los melones, sandías, espárragos, zanahorias, patatas, escarolas, judías verdes y demás variedades

de verduras y legumbres pasaron a mejor vida y se sustituyeron con los productos que traía el frutero y que, pese a la lejanía de la finca, llegaban puntualmente a nuestra mesa. Entonces no nos dábamos cuenta del enorme esfuerzo que

supuso para nuestro padre la finca «Covadonga» (la había bautizado así en recuerdo de sus años infantiles en Asturias que nunca olvidó) y los disgustos que le provocó su agobiante explotación agropecuaria.



La familia en Viana, ante la casa cuadrada

Sin embargo, mis recuerdos de la Tierra de Pinares de aquella época van unidos, inexorablemente, a la maravillosa y desenfadada primera juventud cuando, en las tardes ociosas de verano, decidíamos unos cuantos amigos hacer una excursión desde Viana de Cega hasta el Arrabal de Portillo. Estos paseos en bicicleta constituían, además de un excelente sistema para combatir el tedio, un magnífico ejercicio para piernas adolescentes. En nuestros itinerarios —seguíamos habitualmente dos, por la carretera de las maricas o por el camino del Cardiel a enlazar con la carretera de Valdestillas—, no encontrábamos un alma, a no ser que considerásemos tales a los toros del Raso Portillo que seстеaban indiferentes a nuestro paso. La ida o venida, en cualquier caso, nos deparaba la oportunidad de hacer un alto deseado en la Pedraja para pedir un vaso de agua en alguna puerta amable (que normalmente eran todas) o para charlar un rato con algún aventado que, como nosotros, no le tenía miedo al sol. Tan en-

trañables como aquellos son los recuerdos acumulados en las primeras recopilaciones que hice en mi vida (allá por el año 1965) a Plácido Pascual Calle, nuestro cachicán, de quien aprendí temas que después pasarían al repertorio que interpretaba en recitales o discos. Me refiero a romances como el célebre de «El Corregidor y la molinera», «La dama y el pastor» (por cierto, el primer romance documentado por escrito, ya en 1420), o «La infanticida». Canciones de época como «La Petenera», y otras tradicionales de ronda, toreras o de siega que Plácido había ido acumulando y acopiando de diferentes fuentes. Todos estos temas y otros cantaba y contaba con facilidad aunque en ocasiones, cuando se le atravesaba alguno, tuviera que dar una vuelta a la casa para coger el hilo y volver con ello ensayado: «Cago en la mar» —decía—; «espera, no graves». Y regresaba al cabo de unos minutos con el fragmento refrescado en la memoria para poder continuar cantando.

Más cercanas en el tiempo fueron las visitas a la Pedraja mientras estaba recogiendo material para el *Catálogo Folklorico de la Provincia de Valladolid* con José Delfín Val. Allí acudíamos a escuchar a María Gómez, a Micaela Encinas (mujer de Plácido Pascual que ya había regresado a su pueblo al vender mi padre la finca) o a Emilia Sanz (quien residía allí aunque fuese de Aldeamayor); en una tarde salían mil temas, desde cómo hacer buenos bollos hasta cómo elaborar un detergente con raíces jaboneras; desde la prehistoria del pueblo hasta las plantaciones y molinos de rubia de los que ya habló Antonio Ponz a su paso por Tierra de Pinares hace más de dos siglos; desde el Cristo del Amparo a las rogativas con que se pedía agua en los difíciles años de sequía:

Santo Cristo del Amparo /
nuestro Padre y Redentor
agua te pedimos todos /
danos el agua Señor.
Danos el agua, Señor /
aunque no lo merezcamos
que si por merecer fuera /
ni aun la tierra en que pisamos.
Agua pide el artesiano /
agua pide el labrador
agua te pedimos todos, /
danos el agua, Señor.

Todo: canciones, romances, cuentos, adivinanzas, refranes (como aquél de «La Pedraja y Portillo son dos lugares, donde mean y cagan los alcotanes», que no he visto recogido en ningún refranero antiguo ni nuevo), reflejaban la riqueza y variedad de una cultura oral centenaria y de gran valor, de la que estábamos enamorados como quinceañeros. De vuelta a Valladolid, cuando veíamos algún alcotán persiguiendo a una cogujada, decíamos instintivamente, casi a dúo: «La Pedraja y Portillo, son dos lugares...»

Me he distraído otra vez. Estaba en los años zamoranos de mi padre que llegaron tras el fallecimiento del tío Quinito. La nación estaba paralizada por tres años de locura y destrucción,

y las gentes asustadas. ¿Qué hacer tras la catástrofe? Mi abuelo Joaquín había sufrido una ceguera transitoria provocada seguramente por su estado de ansiedad, y mi tío Quinito, el mayor de los hermanos, no quería convertirse en una carga para la familia. Antes de comenzar la contienda civil y superados unos años de estudios con poco fruto empezó a mostrar un interés desmesurado por la mecánica tras la adquisición por parte de mi abuelo de un automóvil Ford T. El primer viaje desde la finca de Getafe, que estaba en el kilómetro 15 de la carretera entre Madrid y Toledo, hasta la capital imperial acabó en la primera cuesta. El coche no pudo subir la inclinación de terreno que encontró y se deslizó suavemente hasta el llano con el susto consiguiente de mi abuelo y de toda la familia que iba con él. Se ve que la inexperiencia de mi abuelo no pudo hacerse con el engranaje planetario que tenía el coche y la marcha atrás la efectuó de forma natural y por su propio peso, sin tener que meter siquiera la velocidad. De resultas de aquel viaje frustrado, mi abuelo comprendió que lo del automóvil no era lo suyo y le dio la alternativa al tío Quinito. Éste se tomó en serio su oficio y empezó a cuidar el coche como si fuera de su propiedad. Armaba y desarmaba el motor, se daba paseos por los caminos cercanos para comprobar que, aunque le hubiesen sobrado piezas al hurgar en él todo seguía funcionando correctamente, y, en fin, se hizo un auténtico experto en algo que parecía iba a proporcionarle una solución para su futuro. Desgraciadamente el comienzo de la guerra vino a aniquilar sus sueños y tuvo que incorporarse al frente con las consecuencias y con el resultado que ahora mencionaré.

Cuando terminó la lucha civil se presentó a unas oposiciones, que se convocaron a comienzos del año 1943 para cubrir treinta plazas de aspirantes a ingreso en el Cuerpo de Auxiliares Facultativos de Montes, y las aprobó. Había que repoblar la Península Ibérica después de la devastación y se necesitaban peritos e ingenieros para llevar a cabo esa tarea. Los principales requisitos eran, además de ser adicto al

Movimiento y certificar buena conducta, tener entre dieciocho y treinta años. Lo de adicto al régimen podía certificarlo el tío Quinito sobradamente. En su reciente juventud había estado muy cercano a las ideas de la primera Falange (aunque finalmente la abandonara por deplorar cualquier tipo de violencia) y nada más iniciarse la contienda había tenido que incorporarse a la fuerza a la 10ª Brigada Mixta que mandaba Valentín González «el campesino». Cerca de Gandesa, y tras un intento infructuoso de cortar el avance de las tropas de Franco que pretendían llegar a Tortosa, la Brigada se replegó, quedando mi tío y otro compañero sin ningún tipo de ayuda y a merced de sus contrarios. Durante mucho tiempo se guardó en casa la mochila agujereada conteniendo la fiambra y el plato que detuvieron las balas que podrían haber atravesado su cabeza. Cuando acabó el tiroteo fueron hechos prisioneros y se los condenó a muerte tras un juicio sumarísimo. Estando en capilla recibió la visita de un sacerdote que venía a administrarle los últimos sacramentos y que resultó ser un escolapio, antiguo profesor suyo en el colegio Scío de Getafe. «Pero, ¿eres tú Joaquín González?» —preguntó esperando el confesor—, a lo que respondió mi tío cantando una canción colegial que le salvó la vida. Mejor dicho, le concedió una prórroga: su vida se iría, por culpa de los nervios y el corazón, unos pocos años más tarde, tras su toma de posesión como Ayudante de Montes en el Distrito Forestal de Zamora.



Una fotografía que puede ser de comienzos de los años 20, nos descubre a una parte de la familia González posando ante la cámara. Habitualmente vivían en Madrid, pues mi abuelo trabajaba en Presidencia del Gobierno, en el Instituto Geográfico y Catastral, pero algún verano venían al pueblo natal de mi abuelo, que era Olmedo. En la parte superior están las dos hermanas Gómez, Luciana (que era mi abuela, a la izquierda) y la tía Esperanza, que se casaría con otro molinero, Jorge García, propietario de la otra fábrica de harinas en Olmedo.



La fábrica de harinas del tío Jorge García

En la siguiente fila, a la izquierda, está el tío Quinito, y sentada en la parte de abajo a la derecha, con la mano sobre una perrita, mi madre. Se ve que mi abuelo, ausente en esa foto, estaba trabajando, levantando planos por España...Cada vez me acuerdo más de mi abuelo Joaquín. Creo que la equivocación más flagrante de mi vida fue estar tantos ratos cerca de él y haber aprovechado tan poco su sabiduría y su experiencia. Sin embargo no puedo asegurar que su presencia y compañía no me proporcionaran —en la forma en que antiguamente los viejos enseñaban a los jóvenes a través del ejemplo— unos recursos sutiles que me hayan servido después muchas veces de cauce inopinado para canalizar mis sentimientos o mi manera de ser. Todo es posible. Recuerdo en especial aquellos aspectos que, por ser extravagantes para el resto de la familia, se fijaban con más fuerza en mi mente de niño, ávida de sorpresas y de novedades. Por ejemplo, decía no necesitar termómetro en invierno para saber la temperatura que hacía, porque sólo con ver la cara de su vecino, el escritor Silverio Lanza (ambos vivían en Getafe), que se bañaba de mañanita desnudo en el estanque, traducía el color de las mejillas a la medida mercurial. Ya he contado alguna vez que, tras sus trabajos topográficos por media España para los que solía llevar un traje que mandaba hacer al sastre antes de salir de viaje, mi abuela le esperaba ritualmente, el día del regreso, a la puerta del jardín de su casa de Getafe con una caja de cerrillas para prender el hato de ropa que se iba quitando mi abuelo poco a poco —pantalón, chaleco, chaqueta, calcetines, calzoncillos—, como despojándose del duro trabajo de los hombres y del áspero polvo de los caminos, y así recuperar las tranquilas maneras del hogar familiar. Otra salida de tono era su relación con la Iglesia: había asegurado muchas veces que la asistencia a misa o a los oficios católicos no iba con su carácter y que, aunque creía a su manera en Dios, dudaba bastante de la ética de sus ministros. Éstos, parece que para darle la razón, se

preocupaban de la salud moral de Don Joaquín acudiendo todos los domingos por la tarde a casa, donde mi abuela les preparaba un chocolate con picatostes mientras hablaban de lo divino y de lo humano con la oveja descarriada. Precisamente sus desviaciones sobre lo divino son las que me recuerdan ahora aquel carácter tan peculiar y aquellas divertidas creencias que más se parecían a un cuento de Calleja que al ortodoxo catecismo del Padre Gaspar Astete. Mi abuelo aseguraba estar de acuerdo con los pasajes del Génesis sobre la creación del mundo, así como con el tiempo que empleó Dios en su obra, pero disentía en la manera de entenderlo o de interpretarlo. Estaba seguro de que el primer día hizo una pierna del hombre y le pareció incompleta, con lo que su enfado y frustración transmitieron a aquel miembro la violencia y la agresividad. El segundo, formó otra pierna pero exactamente contraria, lo que le proporcionó una cierta satisfacción que atribuyó a la belleza del miembro y a su simetría con el del día anterior, de modo que la pierna le salió presumida. El tercer y cuarto días modeló el brazo derecho para hacer el bien y el izquierdo para las malas acciones. El quinto, agregó todas las extremidades creadas a un tronco, las manos arriba y las piernas abajo. Durante el sexto día caviló cómo pondría en marcha todo lo que había ido formando en jornadas anteriores y decidió, *in extremis*, dotarnos de cabeza para movernos y para pensar. Al séptimo, no es que descansara, es que se cansó. Se cansó en cuanto comprobó que había hecho un personaje violento y presumido, con la misma capacidad para hacer el bien que para hacer el mal y cuya cabeza, en vez de girar para buscar en el entorno cosas interesantes, se inclinaba incesantemente sobre el ombligo demostrando un egoísmo feroz y queriendo compartir con los demás ese egoísmo a través del sexo. «Dios es bueno —acababa mi abuelo— pero es imposible que nos hiciera a su imagen y semejanza porque no se había inventado el espejo».



El abuelo Joaquín González

Decía que me acuerdo muchas veces de sus salidas porque alumbraron esporádicamente mi infancia: los desplazamientos veraniegos de las vacaciones coincidían, inexorablemente, con la visita anual al abuelo Joaquín para celebrar su santo el 16 de agosto en familia; los asuetos estivales tenían así (todavía ignoro por qué maravillosa casualidad) un cenit cuyo grado máximo eran los tres o cuatro días que pasábamos en su finca. Los largos paseos entre frutales, el aroma de la flor del aligustre, la irreprimible emoción de bordear las colmenas que limitaban la casona, la fuente del zaguán con su permanente murmullo, eran elementos que hacían cada año más atractiva la breve estancia; pero lo que realmente nos transportaba a otro mundo, eran las historias de mi abuelo; sus acertijos, sus juegos y, sobre todo, sus cuentos. Cuentos largos, breves, escatológicos, fantásticos, de obispos, de locos, de aldeanos; al atardecer, cuando se comenzaba a presentir la tan deseada brisa del crepúsculo, nos reuníamos la familia, y los cachicanes que habían regresado del trabajo, en torno al sillón de mimbre de mi abuelo, quien encendía lentamente su pipa y comenzaba a

engañarnos con sus relatos; no había casi nunca (al menos yo no lo recuerdo) una introducción formulística que nos alertara del inicio del cuento, pero es que frecuentemente iban enlazadas anécdotas chocantes que le habían sucedido a él mismo (cuando —obligado por su profesión de topógrafo— tuvo que recorrer media España para levantar planos aquí y allá) con chascarrillos dignos de la mejor y más florida picaresca hispana. El resultado era formidable: allí reíamos todos, chicos y grandes, hombres y mujeres, y nos daban las tantas escuchando los cuentos de la mariposita, de Juan sin miedo y de Riquete el del copete, entre otros; recuerdo vivamente aquella facecia que luego he encontrado en algún periódico de época, del loco que se creía la Santísima Trinidad y a quien, por lo desastrado que iba, le preguntaba un día el médico del manicomio: Y usted, ¿cómo va así, hombre de Dios? A lo que contestaba el orate con resignación: —Es que somos tres a romper.

No voy a aburrir repitiendo la cantinela de que con el abandono alocado del idioma, de sus giros y expresiones, se nos ha ido lo más valioso e interesante de nuestra identidad; ya lo he dicho tantas veces que ahora no me queda más consuelo, —pobre consuelo— que comprobar resignadamente lo tristemente cierto de aquellos vaticinios aunque, en lo que respecta a mi trabajo, todavía trate de paliar las consecuencias y los efectos secundarios del error cometido. Por eso creo que sigue teniendo sentido la publicación de libros de relatos, donde los niños puedan aún contemplar —como en el retrato de un antepasado— los rasgos que caracterizaron a las gentes de su tierra, para valorarlos y estimarlos como algo propio y preciado. Incluso, deteniéndose en ello y esforzándose, todavía se podrían reconocer en ese retrato facciones y gestos que, pese al tiempo transcurrido, corresponden exactamente a los que nos vemos todos los días en el espejo.

En cualquier caso, frente a la memoria que encadena a los pueblos a sus propios errores y yo me quedo con la memoria libertadora de mi abuelo que convertía todo en fantasía con

su retórica maravillosamente mendaz. Recuerdo una historia, tal vez una de sus favoritas, a la que cada año le añadía un detalle, y quiero transcribirla pidiendo perdón por la pobre traslación, que se queda huérfana de su gracia y de su expresividad: «Antes, la visita del obispo al pueblo era un acontecimiento; sobre todo, si el lugar era pequeño y la visita no era anual, la llegada, que coincidía con la época de las confirmaciones, revolucionaba a todo el mundo. Se reunía el concejo y se tomaban los acuerdos pertinentes para que su ilustrísima se sintiese como en casa. Bueno, pues en este pueblo llevaban varios meses con la intranquilidad en el cuerpo porque se acercaba la fecha y todo el personal quería aportar ideas. Y en una reunión se le ocurrió a un concejal (el mundo se ve siempre a través del propio cristal) que tenía el muelle flojo y el cristalino turbio, que el obispo, a pesar de toda su santidad, podría tener un apretón y había que tener dispuesto un retiro adecuado. La propuesta inquietó no poco a la corporación porque en el pueblo no había —ni siquiera en la mejor casa— más que el clásico corral donde cada cual se despachaba a gusto con la ayuda de su propio esfuerzo y la colaboración, no siempre positiva, de las gallinas picamierda. En fin, que se avisó al carpintero y en un anejo de la sacristía se dispuso un sitial

que talmente parecía un patíbulo, de forma que un acólito pudiera situarse debajo con un escobón para, una vez finalizado el sencillo pero vital acto, dar un pase esclarecedor y definitivo sobre las ilustres posaderas del visitante. Conque, mira por dónde, la abundante comida o el ajetreo movieron el vientre del señor obispo tan reciamente que, con discreción, tuvo que preguntar al vicario por un lugar suficientemente privado para aliviar su necesidad. Con enorme satisfacción se le indicó el improvisado retrete y allá que fue nuestro prelado para evacuar y no precisamente consultas. Pero al aldeano apercebido para el caso, que siempre había puesto el huevo a la primera, le faltó tiempo, en cuanto vio que había pasado el primer envío, para dar el brochazo consiguiente con decisión y energía. Sorprendido el obispo ante tan inesperado ataque se levantó sobresaltado y quiso observar qué extraño y diabólico fenómeno le tentaba por su parte menos sagrada. El aldeano que percibió movimiento en el trono y pensó que su trabajo no había quedado completo, lanzó un segundo viaje con el hisopo en el momento justo en que su eminencia asomaba el rostro por el agujero, dejándole hecho un Tobías y rebozado en la naturaleza de sus propias cámaras. Esto digo y no miento, que como me lo contaron os lo cuento».



Mi abuelo Joaquín y yo haciendo un crucigrama

Cuando yo convivía con mi abuelo ya se había jubilado y entonces el mayor bienestar consistía para él en pasarse la mañana en la cama —solía quedarse leyendo y fumando en pipa hasta las 3 o las 4 de la madrugada— y hacia las 12 tomarse una leche helada (decía que le venía bien para unos divertículos que le molestaban con frecuencia), antes de ponerse a hacer el crucigrama del ABC con el que me examinaba y hacía uso de mis escasos conocimientos poniéndose muy protocolario. Por supuesto que me trasladaba aquellas preguntas que suponía que iba a contestar y así, además de mantener una conversación cruzada y cuadrículada conmigo, sostenía mi autoestima animándome además a investigar y conocer nuevas palabras. Por la tarde se daba un paseo largo por la finca para comprobar que la fruta o las flores que se llevarían al día siguiente al mercado estaban recogidas y regresaba a casa para entretenernos a todos con sus relatos tan especiales que mantenían nuestra atención y nos trasportaban a mundos intemporales y fantásticos con la complicidad de la penumbra o de la oscuridad total cuando se hacía de noche. Según él la luz era cara y además atraía a los mosquitos, de modo que, una vez acostados todos, se ponía a leer todas las novelas del mundo a la luz de una vela mientras escuchaba la radio a través de unos auriculares de baquelita enchufados a una galena que se había fabricado artesanalmente. Si hacía frío aprovechaba la luz de la salamandra que encendía con ramas secas, para calentarse y leer al mismo tiempo.

Hace mucho escribí que el ser humano mide su tiempo de vida con el reloj, recurriendo a él con más frecuencia de la necesaria para dividir y ordenar su jornada, sus relaciones, su trabajo o su ocio. El reloj es un invento de adultos y sólo a ellos les compete: los niños y los locos prescinden de su poder y viven dentro de un tiempo infinito que no tiene divisiones y que no atrasa ni adelanta. Como si se tratara de una herencia preciosa, me sigue acompañando a diario el tic-tac del reloj de péndulo que perteneció a mi abuelo. A poco de su muerte, mi tía Carmen lo descolgó de la pared del comedor y lo condenó

a un armario ropero de donde pude rescatarlo antes de que caja, maquinaria y sonería fueran a pasar a otras manos, regalados o vendidos. El reloj sigue dando las campanadas como antes lo hizo en casa del abuelo Joaquín, quien siempre se ocupó personalmente de darle cuerda y de vigilar su puntualidad como lo hago yo ahora. Para él, original hasta en sus manías, los minutos que atrasaba o adelantaba la máquina quedaban atrapados dentro de la caja, que debía ser abierta cada cierto tiempo para limpiar su interior de las horas «perdidas». Con cuidado levantaba la pequeña chaveta que mantenía la puerta cerrada y ayudándose de un pincel no muy grueso daba buena cuenta de los minutos y segundos que se habían acumulado junto al polvo en los rincones de la urna. Al parecer sólo lo descolgó una vez, cierto día de Inocentes, para entregarlo a una vecina piadosa y corta de vista en sustitución de la capillita de San Antonio, de la que era tan devota, y que periódicamente hacía su recorrido estacional por todas las casas de la vecindad. El susto que se llevó la buena señora cuando oyó dar al paduano las primeras campanadas fue terrible, pues debió de pensar que eran los tres golpes de San Nicolás, esa macabra advertencia con la cual el de Bari advertía a sus fieles seguidores —la vecina también era de esa tropa— de que les había llegado la última hora. A él esa última hora le llegó un 20 de noviembre cuando ya había hecho todas las paces posibles con aquel Dios personal e intransferible y con la gente que le rodeaba. Mi hermano Germán, que le atendió en el trance, me comentó que sus últimas palabras fueron: «Hijo, cuánto cuesta morirse, creí que era más fácil».

Mi abuelo Joaquín y mi abuela Luciana formaron una buena pareja. Tuvieron cinco hijos: Quinito, Dolores (fallecida a los 15 años de fiebres reumáticas), Carmen, Luisa (mi madre) y Gonzalo. La abuela Luciana descendía de una familia de molineros que bajaron a la meseta desde el pueblo de Villaescusa de Ebro acuciados por la crisis de la molinería. Su padre, o sea mi bisabuelo Venancio Gómez, se dedicó por tradición a ese oficio que, por las circunstancias

económicas adversas, tuvo que desempeñar fuera de su tierra. Siendo muy joven viajó a la provincia de Valladolid para colocarse de ayudante en un molino y poco a poco pudo formar una familia y además congrega a su alrededor a los hermanos que habían quedado en la Montaña y que, a su llegada a la provincia castellana, fueron ocupando diferentes molinos de la zona. El último destino del bisabuelo Venancio fue Olmedo —Villa a la que llevó la luz eléctrica gracias a la fábrica de luz y harina que instaló—, en cuyo municipio llegó a dedicarse a la política, siendo ya uno de los industriales más poderosos de la plaza, en la primera década del siglo xx. Persona cuidadosa y con múltiples iniciativas, según la tradición familiar, llevó un cuaderno durante más de la mitad de su vida en el que anotaba los lugares donde había trabajado y los hijos que iba teniendo o perdiendo.

«En 1857 —escribía con letra medianamente legible en ese cuaderno— nací en 1° de abril. En 1872 fui a Aragón a bañar trigo. En 1873 fui a la Fábrica de Quintana la Puente, provincia de Burgos. En 1876 fui a Valladolid a la Fábrica La Perla. En 1879 fui a Castromocho y en el mismo año fui a la Fábrica de los Quemada en Vitoria hasta 1884 que fui a la Fábrica de Mojados hasta el 1888 (en que) fui al Molino Nuevo. Y el 1891 al molino Rodero de Iscar. En 1894 en Pedrajas y en 1895 en Olmedo con Molino de vapor. Trabajé con la máquina de vapor hasta el 1904 que vino la fuerza eléctrica del molino del Pino que fue comprado en 1901. Se montó la fábrica por cilindros en 1909».

Con respecto a los nacimientos de sus hijos anota: «Año de 1879. Libro de los nacimientos y bautizos de los hijos y hijas de Venancio Gómez López y Constantina Escudero Fernández. Fuimos casados el día 2 de noviembre del año 1878 en Valladolid en la iglesia parroquial de San Martín. Fueron padrinos Pío Gómez, hermano del novio y madrina Juana Escudero, hermana de la Novia. (Anotación posterior) Murió Constantina el día 4 de mayo de 1904 a los 49 años de edad; estuvo 13 días en cama de gástrica y congestión.

Año de 1879. Nació mi primera hija el día 1° de agosto del año de 1879 a las ocho de la mañana en Valladolid, en la calle de las Angustias número 69, el último del cuarto creciente de la luna en el signo de Escorpio. Fueron padrinos Félix Gómez, hermano del padre de la bautizada y madrina Juana escudero, hermana de la madre. Se bautizó el día 4 de agosto en la iglesia de San Martín. La bautizada se llama Esperanza Gómez Escudero.

Año de 1882. Nació mi 2ª hija Guadalupe Gómez Escudero el día 26 de febrero a la una de la tarde, la luna en el cuarto creciente en el signo de Géminis y el sol en Piscis. En Vitoria del Henar, provincia de Valladolid, obispado de Segovia, en la Fábrica de harinas de los Sres. Quemada. Fueron padrinos Zoylo Gómez y Dionisia Gómez, ambos hermanos del padre de la bautizada. Se bautizó el 1° de marzo en la iglesia de Santa María de las Nieves.

Año de 1883. Murió mi 2ª hija Guadalupe Gómez Escudero el día 13 de diciembre a las ocho de la mañana y se dio tierra el día 14 del mismo a las once de la mañana. Está enterrada en sepultura propia en Mojados, provincia de Valladolid, obispado de Segovia. Estuvo enferma 6 meses. Fue atacada por una irritación a los intestinos.

Año de 1884. Nació mi hijo 1° Jesús Gómez Escudero el día 20 de enero a las cinco y cuarto de la mañana del año 1884 en el 1° del cuarto menguante en el signo de Libra y el sol en Acuario. Fueron padrinos don Mancio de Ayala y su esposa doña María Ángela Martín de esta villa de Mojados. Se bautizó el día 24 del mismo en la iglesia de Santa María, obispado de Segovia.

Año de 1884. Murió mi hijo Jesús Gómez Escudero el día 4 de febrero a las dos de la mañana y se dio tierra el día 5 del mismo en Mojados. Fue acometido de una pulmonía catarral. Murió a los quince días de nacer. Fue enterrado en sepultura propia con su hermana Guadalupe Gómez.

Año de 1885. Nació mi 3ª hija Luisa Gómez Escudero el día 25 de agosto a las diez de la noche en el 1º del cuarto llena en Piscis y el sol en Virgo. Se bautizó el 30 del mismo. Fueron padrinos Hipólito Murillo e hijos del administrador de la casa y madrina María de Frías e hija del administrador de la Fábrica. Nació en Mojados, provincia de Valladolid, obispado de Segovia en la parroquia de Santa María.

Año de 1888. Nació mi cuarta hija Luciana Gómez Escudero el día 8 de enero a las 5 de la mañana. Se bautizó el día 14 del mismo. Fueron padrinos Don Mancio de Ayala y madrina Juana Escudero, tía de la bautizada. Nació en Mojados, provincia de Valladolid, obispado de Segovia en la parroquia de Santa María.

Año de 1890. Nació mi hija 5ª Catalina Gómez Escudero el día 8 de febrero a las 8 de la noche en el Molino Nuevo de Olmedo, provincia de Valladolid, obispado de Ávila. Nació en la luna llena en Leo. Fueron padrinos Pablo Escudero y Jacoba Gómez. Se bautizó el día 19 de febrero en la iglesia de Valviadero.

Año de 1892. Nació mi 6ª hija el día 6 de enero de 1892 a las nueve de la noche. Se llama Baltasara Gómez Escudero, en el cuarto de la luna nuevo. Nació en el molino Rodero de Iscar, provincia de Valladolid, obispado de Segovia. Fueron padrinos José García, natural de Valviadero y Esperanza Gómez, hermana de la bautizada. Se bautizó el día 14 de enero de 1892.

Nació mi segundo hijo Antonio Gómez Escudero el día 13 de junio de 1893 a las diez y media de la mañana. En el cuarto menguante en el signo en Piscis, en el molino Rodero de Iscar, provincia de Valladolid, obispado de Segovia. Fueron padrinos Mariano Cuadrillero y Agapita Cuadrillero, naturales de Iscar.

Nació mi tercer hijo Justo Gómez Escudero el día 6 de agosto de 1894 a las cuatro de la tarde en el cuarto de la luna llena de acuario en Pedrajas de San Esteban provincia de Valladolid, obispado de Segovia. Fueron padrinos Marcos Merino y su mujer.

Nació mi 4º hijo Vicente Gómez Escudero el día 27 de octubre de 1899 a las 5 y media de la mañana en Olmedo, provincia de Valladolid, obispado de Ávila».

El bisabuelo Venancio continuaba una acendrada tradición familiar: cuantos más hijos, mejor. Tiene gracia, sin embargo, lo de anotar la fase de la luna en la que se producían los nacimientos. Probablemente hacía uso de algún almanaque o lunario como el de Jerónimo Cortés, aquel librito tan completo que ayudó a gentes del medio rural a conocer la historia del mundo, los avatares de sus gentes y la guía del firmamento como si fueran las *Selecciones del Reader's Digest* de antaño, iluminando el camino del progreso y el bienestar.

A propósito de iluminación, la luz eléctrica llegó a Valladolid en 1887. El periódico local *El Norte de Castilla* saludaba al nuevo y prometedor invento con alborozo: «Como anunciamos en nuestro número anterior a nuestros suscriptores, el sábado a las seis y media de la noche se inauguró la luz eléctrica que gracias a la laboriosidad y desprendimiento de los señores Aujé, Mora y Compañía alumbra ya todos los establecimientos públicos de esta capital y algunos particulares. (...) Todas las autoridades y representaciones de todos los centros de la Capital, de la prensa y muchos amigos particulares de los señores Aujé, Mora y demás individuos que forman la sociedad electricista castellana acudieron a la fiesta con que se inauguró la sustitución del gas por la electricidad. Desde el teatro de Zorrilla se dirigieron en coches preparados al efecto a la antigua fábrica de tejidos. (...)». Como es de suponer, y tras unos años de pruebas y fallos, la luz eléctrica se apoderó de las mentes de muchos industriales que veían en el invento un camino abierto a la prosperidad.

Uno de esos industriales fue nuestro bisabuelo Venancio Gómez, quien, después de haber recorrido una buena cantidad de molinos y aceñas de la provincia de Valladolid como ya hemos leído en su particular cuaderno, recaló en Olmedo para crear una fábrica de harinas que también proporcionase luz a la Villa. Esta fábrica

se describía en *El financiero Hispano Americano* de 1911, como «de harinas sistema Daverio, con capacidad para molturación de 12.000 kilos en 24 horas». Movida por un motor eléctrico de 40 caballos, suministraba alumbrado eléctrico, además de a Olmedo, a los pueblos de Iscar y Pedrajas. Se ve que 40 caballos no eran suficientes para la ambición de mi bisabuelo y bien pronto aparecieron algunas quejas en el periódico «La voz de Olmedo», reprochando que los vecinos que se levantaban por la noche para satisfacer alguna necesidad, veían frustrado su intento de hacerlo con luz porque el bueno de Venancio estaba haciendo uso inmoderado de la fábrica de harinas en esos momentos. Para esa época ya había comenzado a ayudarle en la fábrica uno de sus hijos, Justo, cuyas ocurrencias y excentricidades eran celebradas muy a menudo por toda la familia, seducido como estaba por el mundo de los inventos y alentado por su juventud e imaginación. Justo, que sabía lo que valía un kilovatio y sospechaba que la empresa que le suministraba energía eléctrica (se supone que no era la de su padre) le engañaba, ideó para su casa un cangrejo que adaptó al contador. A los tres o cuatro meses de instalado el aparato, cuando el cobrador llegó a leer el consumo se encontró con que la compañía eléctrica le debía a mi tío una suma inaceptable. A punto estuvieron de cortarle el suministro y darle además un escarmiento, por listo...

Todos los Gómez eran gente aguda, habitualmente eficaz, tranquila casi siempre y en algunos casos tirando a flemáticos. Sin embargo mi abuelo Joaquín, de los González, era de naturaleza sanguínea y muchos de sus enfados acababan en cólera; al menos hasta que llegó a la vejez y se fue convirtiendo en un anciano comprensivo y complaciente. En cualquier caso, mi abuela Luciana no fue engañada al matrimonio: siendo todavía novios tuvo que soportar un ataque de celos de su prometido cuando, durante una función en el Casino, un señor mayor amigo de la familia que estaba colocado en la butaca de atrás de ellos, empezó a hacer cosquillas en la oreja a mi abuela con el programa. A la tercera vez que lo intentó, recibió de mi

abuelo tres o cuatro soplamocos y, por si fuera poco, le acompañó al zaguán haciéndole la carrera del señorito hasta que llegó a la puerta y le tiró escaleras abajo. Mi abuela pasó del sonrojo a la vergüenza y estuvo sin salir un mes para no encontrarse con el amigo de sus padres a los que ni siquiera se atrevió a preguntar cómo había quedado después del violento incidente.



Luciana y Joaquín en la finca «Plantas y flores», de Getafe

De aquel matrimonio, y de la unión de las sangres González y Gómez, nació mi madre Luisa. El parto se produjo en Barcelona porque mi abuelo estaba por entonces cartografiando las provincias catalanas para el Instituto Geográfico y Catastral y toda la familia vivía en Cataluña. Ocupó un chalet en el Paseo de Gracia 1 hasta que una indisposición grave —un vómito de sangre que se repitió varias veces a lo largo de su vida— le aconsejó descansar con toda la familia en un pueblo del Maresme, Arenys de Munt, en lo que se reponía. Ya he mencionado el carácter sanguíneo de mi abuelo, aunque no he dicho que era pelirrojo, color de pelo que heredé, por cierto. De pequeño, cuando yo hacía alguna trastada, mis padres me decían: «Ay, Judas, ¿de

dónde habrás sacado ese pelo?». La verdad es que siempre me resultó chocante la frase —no tanto por injusta, que no lo era habitualmente, como por críptica— y quedó entre los bienes inmateriales que me han acompañado toda la vida. Cuando la curiosidad y el destino me llevaron más tarde por las ramas (y nunca mejor dicho) de la tradición y la leyenda, me encontré con algunos relatos sobre los pelirrojos que me dieron las claves para interpretar lo que mis progenitores me echaban a veces en cara con tanta intención como acierto: «Home roig i gat pelut, primer mort que conegut» (hombre rojo y gato peludo, antes muerto que conocido), me espetaba mi madre recordando su estancia en Arenys de Munt. Pero ¿qué le asustaba tanto a mi madre para soltarme ese «lagarto, lagarto» como si yo fuera un descendiente del apóstol traidor?

Algunos investigadores piensan que ya hace un cuarto de millón de años se produjo la mutación causante del color rojo en el pelo y que fueron algunas Neandertales las que, jugando con el Sapiens, fueron fabricando la semillita de los barbitaheños. Vaya usted a saber, aunque parece que los últimos rastros de ese gen se pierden en España. Hace unos años, y tal vez para demostrarme que la creencia era vieja, un amigo me mandó un chiste en el que un marido desconfiado iba a preguntarle al médico si era posible que siendo él moreno y su mujer también, hubiesen tenido un hijo pelirrojo. El médico le explicaba que en los genes de alguna de las familias podía estar la explicación, pero el hombre juraba y perjuraba que ambas familias habían tenido el cabello negro durante generaciones y generaciones. Extrañado, aunque confiado en la ciencia, el doctor se sentaba para hacer la historia clínica y comenzaba preguntando: —¿Con qué frecuencia practican el sexo ustedes? Inmediatamente se daba cuenta de que el hombre se azoraba, empezaba a dudar, tartamudeaba y por fin confesaba: —La verdad es que este año he estado muy estresado con tanto trabajo: lo hemos hecho sólo una vez. —Ahí está la cuestión entonces, exclamaba triunfante el médico: ¡lo del pelo es óxido!

Bueno, bromas aparte, algo —tal vez lo diferente, lo exótico, lo discrepante— nos hizo desde la más remota antigüedad incómodos e inquietantes. Hace poco tiempo se creó en una red social americana un blog, basado en las ideas racistas del programa televisivo «South Park», en el que se invitaba a la gente a odiar a los pelirrojos. El resultado fue que unos miles de extremistas se unieron al descerebrado y unos cuantos niños resultaron heridos por haber tenido la desgracia de nacer «oxidados». Tengo que agradecer a mi amigo Manuel Fernández Escalante, que en gloria esté, su tesis de que los pelirrojos éramos antaño los jefes y por eso todo el mundo nos odiaba: en el libro *Sobre el concepto y origen de la voz sanción* quiere demostrar que la palabra sancionar significaba «firmar en rojo (con sangre) o por el rojo» y que era la forma de prometer que tenían los jefes indoeuropeos con los que, como sucede ahora, el pueblo no estaba de acuerdo habitualmente.

A toda esa inquina histórica vino a sumarse, como antes decía, un corpus de relatos que hablaban de personajes villanos, malvados, diabólicos y depravados cuyo único punto en común era su pelo encendido. Uno de los más conocidos —tal vez la tradición familiar venía de la afición de un bisabuelo nuestro a leer la Biblia— era, sin duda, el de Judas. San Mateo, el evangelista que escribía para los judíos a fin de congraciarse con ellos porque en su vida anterior había sido un «publicano» (o sea un recaudador —y no olvidemos lo mal que le sentaba siempre a un judío que le sacaran una moneda aunque fuese pequeña—), San Mateo, digo, contribuyó en buena manera a crear un retrato indigno del Iscariote. Aunque fuese en arameo, no desperdiciaba oportunidad de desprestigiarle, así que con insistencia (es el evangelista que explica por qué Jesucristo hablaba en parábolas: «Oír oiréis pero no entenderéis») repite el asunto de la traición y de su obsesión por entregar al Maestro a los sumos sacerdotes. San Mateo, por otra parte, fue el más mesianista de los evangelistas, así que, del mismo modo que comparaba a Cristo con David, comparó a Judas con Ajitófel, a quien el Antiguo

Testamento había calificado de hombre impío que terminó ahorcándose. «Cada cual sabe con qué cuerda se ahorca», dice el refrán, pero no parece que Judas la eligiera bien porque una de las leyendas (probablemente basada en los *Hechos de los Apóstoles*) afirma que el traidor, desesperado por haber entregado a Jesucristo y sobre todo porque éste iba a lo suyo y no le hacía ni caso, se lanzó al vacío desde la copa de un árbol tras haber rodeado su cuello con una cuerda y ésta se rompió. «¿Será posible? —pensaría Judas al caer— estas cuerdas ya no son como las de antes, no valen ni para ahorcarse». Pero cuando aterrizó, dice la leyenda que lo hizo de cabeza, de modo que en vez de quedar colgado como badajo hizo funciones de martillo hincando el pico.

Mi madre hizo el bachiller en las ursulinas de Getafe y posteriormente, tal vez por decisión del abuelo Joaquín o por propia virtud e inclinación, se inscribió en el Real Conservatorio de Música y Declamación de Madrid. Allí cursó solfeo, piano hasta 8º (todos los años con sobresaliente) completando después virtuosismo con José Cubiles, armonía, estética, acompañamiento y música de salón. Cuando escribí el libro *Música y letra*, una autobiografía desenfadada, recordé cómo mi madre renunció a la música y a su interpretación al terminar la guerra, empeñándose especialmente en que no la estudiara yo, ni siguiera ninguna carrera artística. Respecto a los estudios de mi padre, se licenció de bachiller en el Instituto Nacional de 2ª enseñanza de San Isidro, antiguo Colegio Imperial existente desde 1771, y cursó lo que se llamaba «enseñanza no oficial colegiada», una de las tres formas de hacer el bachillerato si estabas en un colegio (las otras eran la oficial y la no oficial no colegiada). Terminó en 1928 obteniendo la calificación de sobresaliente y pasó a la Universidad. Mis padres ya se conocían antes de la guerra, por haber coincidido en casa de un amigo o familiar común, pero no fue hasta el fin de la contienda cuando se hicieron novios. Esperaron hasta que mi padre terminara la carrera de Montes y cuando se iban a casar recibieron la noticia de que el tío Quinito, que acababa de

tomar posesión de su puesto de ayudante en el Distrito Forestal de Zamora, regresaba a casa muy enfermo y con pocas esperanzas de vida. En efecto, su fallecimiento sobrevino más rápido de lo que esperaban, hasta el extremo de no poder cambiar siquiera la fecha de la boda, que tuvo que celebrarse el día 6 de mayo con los novios de luto riguroso. Creo que he comentado antes, posiblemente en *Música y letra*, la foto en que se ve a los recién casados saliendo de la iglesia y mirando hacia su izquierda donde un músico callejero les ofrecía alguna de sus interpretaciones.



Mis padres el día de su boda en Madrid

Mi madre guardó el tocado, una especie de casquete o disco de paja negro en forma de halo de santidad durante muchos años. El armario de tres cuerpos de su dormitorio, tenía en la puerta de la cajonería central una gran luna donde nos íbamos a probar ese sombrero y a reírnos un poco de nosotros mismos cuando

mis padres se ausentaban de casa, lo cual sucedía de ciento en viento. El traje de chaqueta de mi padre, convenientemente guardado en una bolsa con naftalina, me sirvió para ponerme «de largo» cuando celebramos todos los compañeros de colegio una comida con motivo de haber aprobado el examen de preuniversitario y antes de dispersarnos por las distintas facultades o por la vida.

Éramos una nueva generación, inquieta y alocada, empeñada en olvidar los estragos de una guerra para no tener que buscar la moraleja en algo tan estúpido como inútil. Se preguntaba hace años el joven Robert Zimmerman —por otro nombre Bob Dylan o el juglar de Duluth— cuántos caminos tendría que recorrer una persona para que se le pudiese llamar persona. Evidentemente se trataba de una pregunta retórica —un poco ingenua y hasta bienintencionada— a la que seguían otras del mismo tenor destinadas a que los jóvenes de su época nos interrogáramos, al menos por un momento y cantando todos juntos, qué demonio pasaba en ese mundo tan desarreglado en el que nos había tocado vivir. Es notable que lo mejor de esas cuestiones retóricas no es que no tengan respuesta, sino que se sigan haciendo siglo tras siglo. ¿Cuántas generaciones tienen que pasar para poder superar el trauma de una guerra? Cuando parece que está a punto de extinguirse la llama bélica, cuando el tiempo ha actuado como bálsamo sobre la herida abierta y aparentemente se va mitigando el sufrimiento inútil, otra generación «despistada» que no había terminado de entender el significado de la pregunta vuelve a liarla. Es lo del chiste del león sordo: vamos, que se acaba el concierto y hay que esperar al siguiente explorador que sepa tocar un instrumento para disfrutar de la música.

Se me ocurre ahora, por ejemplo, que cuántos premios Nobel tendremos que ver subiendo al estrado de la Academia sueca para que se nos quite la capa de tontería que en estos momentos tenemos todos. El profesor italiano Carlo Cipolla —que seguramente habría teni-

do más seguidores en España de no haberse apellidado así— afirmaba en su obra *Allegro ma non troppo* que incluso aquellos que subían al estrado en Suecia estaban bajo sospecha de ser tontos. Según su análisis demoledor todos quedaríamos más que sorprendidos al conocer el número elevadísimo de estúpidos que circulamos por el mundo y que nos ponemos zancadillas unos a otros sin orden ni concierto. La tipología de esta tropa, siempre según el profesor, era como para deprimirse: toda la humanidad estaba comprendida en cuatro apartados que respondían a los siguientes principios por orden alfabético: Bandido (que es quien consigue rentabilizar la tontería de los que le rodean), Desgraciado (el que se castiga a sí mismo para beneficiar a los demás), Estúpido (que es el que causa perjuicio a los demás y de paso se lo causa a sí mismo) e Inteligente (que es —y por fin encontraba a alguien aprovechable— quien con sus obras beneficia a los demás y se beneficia también él). Lo preocupante del análisis del profesor italiano no era que sólo hallara una cuarta parte de individuos útiles, sino que las otras tres cuartas partes eran numéricamente apabullantes. De uno de sus gráficos se podía deducir además que las fórmulas puras no eran frecuentes y de ese modo los prototipos se multiplicaban peligrosamente dando como resultado, por ejemplo, Bandidos-Inteligentes, Desgraciados-Estúpidos, etc., etc. Advertía del riesgo de no analizarse previamente, pero sobre todo del riesgo de relacionarnos con un Estúpido o caer sin percatarnos bajo su área de influencia, ya que de un Bandido puedes esperar una cierta lógica en sus reacciones y un Desgraciado hasta te puede causar ternura, pero un Estúpido, cuyo comportamiento no se ajusta a ninguna regla conocida o racional y además —precisamente por ignorar que es estúpido— sigue un camino tan desordenado como inesperado, te puede dejar inerte y sin posibilidad de respuesta o capacidad de contraataque.

No se puede olvidar que el profesor italiano era un economista y sus conclusiones, por tanto, se referían fundamentalmente al área de sus

estudios, si bien podían aplicarse a otras disciplinas por extensión, como ha quedado demostrado en los últimos años en su país y en el nuestro. Deducía que la causa del empobrecimiento de algunas sociedades venía determinada por el desmesurado número de personas Estúpidas que estuviesen actuando en ese colectivo en un momento determinado o durante un período prolongado de tiempo, y la falta de acierto en las personas Inteligentes para controlarlas.

Reconozco que la deriva de la sociedad española en los últimos años me impulsó a releer el librito del profesor de Pavía al que agradezco una y otra vez sus reflexiones por sabias y oportunas. Tal vez el principio de conducta que atribuye al humor —al verdadero humor, que él explicaba convenientemente— como clave para soportar dignamente la vida, me impulsó a solidarizarme más y mejor con todo lo que discurrió y escribió este sabio economista: «Hacer humorismo sobre la precariedad de la vida humana cuando uno está junto a la cabecera de un moribundo no es humorismo. En cambio, cuando aquel gentilhomme francés, que subía las escaleras que lo conducían a la guillotina, tropezó con uno de los escalones y dirigiéndose a los guardianes exclamó: «Dicen que tropezar trae mala suerte», aquel hombre bien merecía que se le perdonara la cabeza».

Echo de menos muchas veces la inteligencia en los comportamientos individuales y colectivos de nuestra sociedad y, aunque hago esfuerzos por aplicar el humor en forma de emplasto a todas las situaciones, me termino acordando de los parches Sor Virginia que eran más eficaces cuanto más escozor causaban. Precisamente el que esos parches contuvieran guayaquil (que era mortal, como casi todo, en dosis altas) o que otros remedios similares llevaran capsicina —un compuesto químico fabricado con un componente activo que se encontraba en los pimientos—, hacía que te acordases de la famosa monja que aparecía en los sobres del parche nada más ponértelos. ¿Tendrá razón el proverbio que anunciaba que era peor el remedio que la misma enfermedad? No sé si sería

aplicable en este caso, pero todos los parches que se han colocado sobre las crisis recientes —y repito que la peor crisis es la de que nos hemos vuelto todos tontos— han venido a escocernos tanto como los remedios amostazados de nuestras abuelas, que te causaban un picor tremendo para distraerte de un dolor normal. Ya decía Joan Corominas que «tonto era palabra de creación expresiva cuyos equivalentes se encuentran en muchos idiomas». ¡Ay, profesor Cipolla, cuánto añoro sus palabras y su sabiduría! Gracias por recordarnos que nos queda siempre el recurso del humor y la panacea de la etimología que suele explicarlo todo: tonto es el que se ha quedado pasmado o alelado después de escuchar un trueno y se le ha vaciado el cerebro del ruido. Algo así nos ha pasado a nosotros, que los escándalos atronadores nos han pasado factura. Estamos sin remedio apuntados a uno de los cuatro puntos cardinales del profesor italiano... Siempre me acordaré de María, aquella panderetera de Brañosera que después de haberse animado a grabarme un tema se dio cuenta de que nadie más se atrevía a salir y un poco corrida por la falta de apoyo reclamó a un conocido suyo que estaba allí más callado que un muerto: «Fidel, échate tú también una, que pa hacer el tonto vale cualquiera...»

No sé si tonto, pero disperso sí que me confieso, porque este libro, que pretendía ser una historia cronológicamente lineal de mi familia, discurre de trecho en trecho por unos meandros sorprendentemente curvos que cuando parece que van a unir las dos corrientes casi lindantes, se separan otra vez por efecto de la parábola que se aleja de la directriz. Estaba con los atuendos de boda de mis padres y me acordé de cómo influyeron en algunos momentos de mi infancia y juventud. Los gestos y los relatos se nos quedan grabados en esos primeros años con la profundidad de las frases lapidarias. Tratando ahora de recordar cuál fue el primer relato que llegó a mi infancia vallisoletana me topo de pronto y con una viveza inusitada con una historia que circulaba por el barrio donde nos fuimos a vivir cuando mis padres se trasladaron desde Zamora a Valladolid. Las calles de

ese barrio, bautizadas desde la década de los 40 con los nombres de algunas de las naciones que compusieron el eje en la segunda guerra mundial, o sea, Alemania, Italia y Portugal, se habían trazado sobre unas antiguas huertas salpicadas aquí y allá por casitas molineras donde habitaban y trabajaban los huertanos. Cuando Cándido Learra construyó la manzana a la que después iríamos a vivir, con una altura de cuatro pisos, todas las demás edificaciones quedaron empequeñecidas por la nueva mole que venía a anunciar una vida «moderna» y superior.

Nada más llegar al barrio, las porteras entraron en acción y comenzaron a informar a mi madre de los sucesos recientes que habían sacudido la tranquilidad del entorno. Precisamente el espacio que ocupaba el edificio recién construido tenía a su alrededor todavía unos solares que, en la zona de la calle de Italia se denominaban «la huerta del cascabel» y albergaban un pequeño edificio de una sola planta siempre cerrado a cal y canto. Pronto supimos que aquella casa había sido testigo mudo de un crimen que había cometido un tal Lesmes, crimen del que se hacían lenguas todos los vecinos por lo insólito y discreto. Al parecer las discusiones entre Lesmes y su esposa eran tan frecuentes y tan estruendosas que llegaban a todos los rincones de la pequeña barriada. Un día, aquellos gritos e improperios dejaron de sonar y se convirtieron en abiertas carcajadas que primero sorprendieron a todos y luego dejaron de interesar porque la felicidad no es digna de comentario. Todas las tardes, al terminar el trabajo de la huerta, Lesmes entraba en su casa y comenzaban a oírse las risas incontenibles de su mujer, que a veces alcanzaban tal grado de paroxismo que algunos malintencionados lo identificaban con los estertores de un orgasmo. Vista la poca conversación que la dicha conyugal podía provocar e imaginadas todas las posibilidades orgásmicas y anorgásmicas que se podían suscitar en una relación marital, la vida de Lesmes y su mujer dejó de ser la comidilla vecinal y pasó a convertirse simplemente en costumbre. Sólo una portera observó que Lesmes se encargaba de la escasa compra semanal que podía necesitar un

matrimonio sin hijos, con verduras a mano y numerosas gallinas picamierda, y su mujer no salía ni a sacudir las sábanas, tarea tan habitual como necesaria en cualquier hogar. Lesmes le aclaró que su mujer padecía un achaque que le impedía andar y que prefería que no lo supiera nadie para evitar cualquier tipo de comentarios, tanto los malignos como los que pudiesen contener innecesaria conmiseración. Añadió que cuando entraba en casa después del trabajo diario se sentaba junto a la cama y le contaba historias divertidas a su mujer que la hacían reír mucho... La portera quedó tan convencida como satisfecha.

El día que la Guardia Civil entró en la casa molinera para realizar un registro todos supieron que Lesmes se había entregado a la Justicia y confesado su crimen: durante meses había estado torturando a su mujer, a la que había atado a la cama, haciéndola cosquillas en la planta de los pies con una pluma de gallina...

¡Qué mundo el de la infancia, delicioso y terrible a la par! Durante mucho tiempo estuve mirando con recelo a Lesmes I, famoso futbolista y vecino nuestro, sólo por llamarse igual. A la mente me venía frecuentemente además una canción que solía cantarnos mi madre:

Manolo Pirolo
mató a su mujer
la hizo escabeche
y la puso a vender...

Las cosquillas mortales, las risas locas, el escabeche y la casa molinera se hacían sitio en mis fantasías hasta convertirse en ese tipo de pesadilla que tanto nos alteró los pulsos en la infancia pese al cuidado que nuestra madre ponía en el descanso nocturno.

Recuerdo que, cuando se produjo un terremoto en Valladolid en los años 60, todavía estábamos los tres hermanos en casa de mis padres y dormíamos en la misma habitación. Cuando mi madre se presentó toda alterada en la puerta de nuestro cuarto y encendió la luz —acababa de comprobar que el jilguero en su jaula

se había quedado casi sin plumas del susto—, no obtuvo más respuesta que unos gruñidos y múltiples protestas, porque nosotros habíamos considerado en nuestra propia escala de Richter que no había peligro. Mi madre solía decir que a partir del primer parto se acababa para las mujeres la tranquilidad y el sueño apacible. Aparte de eso, muchas veces nos recordaba el refrán «Si quieres llegar a viejo, poca cama, poco plato, y mucha suela de zapato», frase con la que nos animaba a dormir lo justo, comer lo imprescindible y pasear un rato todos los días. «La comida reposada y la cena paseada», decía a veces también...

Entre las cosas que heredé de mi madre — aparte de los cientos de dichos y la oportunidad para utilizarlos en el momento adecuado— hay dos objetos de su cocina que conservo y a los que tengo un gran aprecio: una piedra para espalmar la carne y una mandolina de madera. En el primer caso, se trata de un gran canto de río con el que mi madre ablandaba los filetes que nuestras pecadoras e insaciables mandíbulas masticaban al menos una vez por semana. La mandolina no era ningún instrumento musical sino una pieza de madera sobre la que iba fijada una cuchilla que ajustaba el grosor con una palomilla para rebanar en lonchas todo lo que se acercara a su filo. La piedra era un canto rodado rojo y oblongo que probablemente provenía de la cocina de mi abuela y que habría visto pasar por su lado, mientras estuvo en el río donde la encontraron, miles de truchas y millones de horas hasta quedarse tan pulida y manejable. Muchas veces he pensado en que esas piedras, cuya principal cualidad era la dureza externa, servían —al igual que las madres— para ablandar y moldear, preparándonos adecuadamente para la mesa de la vida. Las madres eran el primer libro en el que «leíamos» las historias cuya fantasía nos encandilaba, los primeros juegos que transformaban el contacto físico en caricia y el primer consuelo cuando sobrevenían las horas tristes del desencanto. Todo eso y mucho más eran las madres, que habían recibido el secreto de la existencia envuelto en el misterio y que tendrían que transmitírnoslo sazonado con

sus propias especias. Las otras especias, o sea las que se usaban a diario en la cocina, estaban alineadas en las estanterías de la alacena y sólo salían de allí si lo ordenaba la Marquesa de Parabere desde su fingida autoridad y su engañoso título nobiliario. Mi madre siempre se quejaba de que las recetas del famoso libro que llegó a casi todas las casas de la clase media española, sólo se podían terminar si contabas con dos o tres pinches y un sinfín de preparados que eran más propios de un restaurante de muchos tenedores que de un hogar honrado. Para los casos en que María Mestayer de Echagüe —es decir, la Marquesa de Parabere— ponía difícil la culminación del plato, mi madre siempre tenía el recurso de su pequeña libreta en la que había ido anotando las recetas que le habían llegado del ámbito familiar o las que provenían de la generosidad y recomendación de alguna amiga. No sé si será casualidad o una jugarreta del destino, pero la primera receta del cuaderno era la coliflor al horno, uno de los platos que más odiaba en mi infancia y que se daba la mano con la berza al ajoarriero, alimentos ambos que dejaban un rastro indeleble en las escaleras de aquellas casas de posguerra que atufaban a pobreza y a honesto trabajo. En fin, recuerdo también, al respecto del famoso libro de la Marquesa, que mi madre traducía los tiempos de elaboración, que venían en horas y minutos, en oraciones conocidas como el credo o el padrenuestro y mi sensación es que lo hacía para pedir al cielo que el guiso le quedase bien.

Siempre fue una mujer decidida y buena, activa y trabajadora, piadosa a su manera, que se hacía —como tantas otras madres españolas— su propio *Año Cristiano* en el que iba subiendo o bajando a los santos según le hicieran o no caso. Desde el Beato Simón de Rojas al Padre Damián, pasando por Santa Mónica (la madre de San Agustín) o San José bendito (patrono de la buena muerte) para todos tenía unas palabras o una mención antes de que nos fuésemos a dormir. Me da rabia pensar que San José se portó tan mal con ella en el último momento... En cualquier caso todavía recuerdo como si nos lo estuviera recitando ahora mismo, la retahíla

que teníamos que repetir cuando nos poníamos una camiseta o un calzoncillo recién lavado y planchado: «La muda limpia, Concepción de María santísima desde el primer instante de su ser natural, amén Jesús».

Otro de los recuerdos emotivos de mi infancia —cada vez más lejana y sin embargo más presente— es la evocación del «Jesusito de mi vida» del período navideño, época de frío corporal y calidez del alma, que nos llegaba todos los años puntualmente con su hermosa historia, con sus leyendas ejemplares y sus buenos deseos de bondades imposibles. Y entre todo aquel encantador *mare mágnum* (maremátum, decía mi madre) de saludos, abrazos, juguetes y estrellas sobresalía, por derecho propio y por la trascendencia del acto —importante y anual—, la construcción del *belén*. Para ello se destinaba en la casa un lugar amplio, de fácil acceso, y se disponía un estrado, convenientemente forrado de papel, para albergar, desde unos días antes de *nochebuena* hasta después de *reyes*, el tradicional nacimiento. Una vez asegurada y recubierta la entablatura, se procedía al acto solemne de convertir aquel espacio limpio y despejado en un trasunto de la Palestina romana o en un despropósito de cuidados anacronismos, que de todo eso, y mucho más, había. Se bajaba cuidadosamente del altillo la caja que contenía reunidos a pajes, pastores, camellos, soldados, musgo, corcho y papel de plata para el río. Mi padre, entre inútiles protestas de los niños que queríamos ayudarlo a trazar accidentes orográficos o a ir colocando figuras, se erigía en único escenógrafo competente y tras algunas dudas, distanciamientos estudiados para mejor contemplar el resultado y entornamiento de ojos para ver con la imaginación, daba por concluida la primera y genuina colocación del *belén*, que para los cómputos y administración familiares era la única que contaba.

Quedaba así el curioso e imprescindible escenario como un universo reducido y estático que albergaba personas, animales y cosas. De remediar el estatismo, desde luego, ya nos encargábamos nosotros, empeñados en llevar

a su casa a la lavandera, así, de rodillas como estaba, o en hacer pasear por el adarve del medieval castillo de Herodes a sus sanguinarios guardianes. Eso sí, nos cuidábamos mucho de no tocar ni mover al niño Jesús, que había sido ritualmente entronizado en su rústica cuna por mi padre, tras haber permitido que mi madre acercara la figurita (que tenía la pierna izquierda levantada como si acabara de chutar un balonazo) a nuestros inocentes labios para darle un beso suave y respetuoso. Salvo el niño Jesusito, digo, el resto del planeta se movía y cobraba vida cada vez que uno de los hermanos se acercaba al tablado y se le venía a la imaginación un desplazamiento de figuras, que, según su estado de ánimo, podía ser pausado, agitado o revolucionario. Toda esa actividad no era sino un adiestramiento vital, una preparación a la espera del momento —que llegaría a partir de los dieciséis años— en que nos tocase a cada uno de nosotros poner el *belén*. Porque éste, no sólo constituía uno de los ritos familiares más venerados, sino que era una escuela de costumbres que nos organizaba y pertrechaba —estética y ética hermanadas— para lo que mis padres llamaban con reverencia incógnita «el día de mañana». Y por si ese mundo, ese ámbito seguro y familiar, se nos quedaba estrecho, mis padres reservaban para la mañana de algún domingo o del propio día de Navidad, la visita a otros *belenes*, especialmente a aquellos cuyos personajes tenían algún movimiento. El tamaño mayor y movilidad de las figuras, sin embargo, no eran cualidades superiores a la cercanía y cordialidad que nos producían las de casa, reducidas y humildes, sobre cuyas fingidas existencias creíamos tener control como pequeños diosillos. Después, de vuelta al hogar y ante nuestro tesoro común, mi padre trataba de dar respuesta al aluvión de preguntas que nuestra imaginación producía: los trajes de los reyes, los animales del pesebre, la forma del portal, las actitudes de los pastores, la posición del ángel anunciador entre el cielo y la tierra... Probablemente las mismas cuestiones que intriguaron a los cristianos desde los primeros siglos de existencia de nuestra religión y que la tradición,

de acuerdo con los evangelios canónicos pero recurriendo también a los apócrifos, trató de completar. De este modo, el belén contribuía a sembrar en nuestras hazas la simiente de la curiosidad, la necesidad de la cultura.

La tradición concedía a los pañales de Jesu-sito poderes milagrosos. Los Apócrifos nos hablaban de que una de las parteras que llegaron al portal, avisadas por San José, quiso reconocer a la Virgen quedándosele la mano paralizada al instante. Sólo después de acercarse a los pañales y tocar sus flecos recuperó la normalidad. Una leyenda piadosa relataba que María regaló estos pañales a los Magos cuando decidieron regresar a su país. Al llegar a su casa, les salieron al encuentro los reyes y principales preguntando qué habían traído con ellos; tras celebrar una fiesta, como eran adoradores del fuego, encendieron una hoguera y se postraron ante ella. Luego arrojaron el pañal a las llamas, pero cuál no sería su sorpresa cuando, al extinguirse el fuego, comprobaron que la prenda no había sufrido ningún daño. A partir de ese instante depositaron tan preciosos pañales entre sus mejores tesoros.

No sé si por aquella narración o por el frío reinante nosotros también hemos heredado la atracción por la lumbre. La Navidad, ciertamente, es una época especial en la que tiene sentido la brasa del amor. Porque en Navidad hay encerradas muchas emociones y muchos recuerdos

de infancias pasadas. La Navidad, ya lo sabemos, nos invita a todos a ser mejores. Y, aunque sólo sea una vez al año, nos hacemos la ilusión de que podemos serlo. Precisamente el secreto está en que nunca logramos alcanzar del todo esa ilusión y nos queda la esperanza de conseguirlo algún día. Y seguimos esperando ese día y repitiendo los buenos deseos. Pero, por encima de todo, la Navidad nos hace solidarios. Nos recuerda, que la alegría que experimenta la humanidad en estos días es porque un pequeño relato, una hermosa narración cuyos ecos estaban escritos desde el principio de los tiempos, cambió el egoísmo en generosidad, la mezquindad en filantropía, la soledad en compañía, la ramplona realidad en un sueño diferente, que, al menos una vez al año, nos congrega para no sentir el frío del desamparo o la nostalgia de los buenos deseos.

La Navidad de nuestra infancia también tuvo sus momentos de frío en la finca de Viana de Cega. Creo que allá por el año 1956 o 1957 se le ocurrió a mi padre —recién estrenada la finca y con fuerzas todavía para dedicarse a la ganadería— pasar todo el período navideño en la casa cuadrada. Dadas las circunstancias de la larga postguerra, todavía no había llegado la época de vacas gordas que vendría después, en que se podría elegir cualquier tipo de carburante sin preocuparnos de las consecuencias sobre el clima.



En la finca de Viana rodeando a mi madre y al «Tigre»

Entonces solo existía la «gloria» (bendita sea esta casa y el albañil que la hizo / que por fuera está la gloria y por dentro el paraíso). Mi padre había diseñado un hipocausto romano que se extendía bajo la casa en un dédalo de túneles que parecía no tener fin y que retrasaba o impedía —por el mismo carácter laberíntico del recorrido— que el calor se propagara a algunas habitaciones. Nuestro dormitorio no se parecía para nada al de nuestros padres, que caía precisamente encima de la boca de la gloria, donde se enrojaba todos los días. Nuestra habitación requería adiciones y complementos en forma de pesadas mantas zamoranas, de pieles de cordero y de canecas de agua que previamente se calentaba en la cocina bilbaína. Aun así, el frío se metía en los huesos y calentaba la mente con pesadillas en las que un personaje siniestro —fuese mi padre o una bruja— se me sentaba en la cama y me impedía el movimiento provocándome angustiosas duermevelas.

La mañana venía a alejar esas sensaciones y disfrutábamos ya con la llegada de los Reyes (tres mozos del pueblo a caballo) o colocando sobre la arena de la rotonda el nacimiento que luego vendrían a ver los niños del pueblo. En cualquier caso no se me ocurrió jamás la idea de que mi padre nos llevara a la finca a sufrir las inclemencias, porque, aunque nosotros disfrutábamos con todo por la edad, también él padecía a veces las consecuencias del intenso frío: los dolores de cabeza que le sobrevenían los combatía con okal o con optalidon, y las hipotermias con bolsas de agua caliente que mi madre le llevaba a la cama para remediar la «tiritona» que hacía temblar los pesados cabezcos de castaño. En cierto modo esos febriles movimientos involuntarios me recordaban su forma casi mística de rezar: de pronto le veíamos iniciar su oración con un movimiento de cabeza hacia el sitio que ocupaba el Sagrado Corazón entronizado en una pared del comedor y tras unos estremecimientos que sin duda mostraban una comunión espiritual con la imagen, terminaba sus preces con una frase que se hizo recurrente e inexcusable en todas las

fiestas navideñas, cumpleaños y celebraciones: «Que dentro de un año estemos todos bien».

Mis recuerdos infantiles y juveniles —los del campo y los de la ciudad—, están todavía ahí, sin duda plagados de aromas, de sensaciones, de muchos sonidos, como el canto de los pájaros al amanecer, el rumor lejano de los cánticos procesionales, el golpeteo hueco de los cencerros de los toros que llevaban al matadero por el paseo de Zorrilla o el sonido ululante de aquellas sirenas que se había inventado el ingeniero francés Charles Cagniard y que penetrarían en la memoria sonora de millones de personas durante los siglos XIX y XX en los pueblos y ciudades de una sociedad en pleno desarrollo industrial. Nuestra vida era como un rompecabezas cuyas piezas tratábamos de ordenar, juntar y casar siguiendo una cierta lógica. Y es que, en la medida en que un mito se adapta a nuestras vivencias o puede servirnos de guía en alguna encrucijada, lo convertimos sin demora en una pieza válida y lo incorporamos al puzzle totalmente convencidos de que encaja en el lugar que le asignamos y satisfechos además por el hecho de que la figura se complete aparentemente. La literatura clásica nos acerca en la *Odisea* la imagen de un Ulises viajero, alejado por los hados de su casa como los héroes de los cuentos, a quien la hechicera Circe —enamorada de él— quiere salvar del peligro de las sirenas, seres crueles que atraen al navegante con sus endiablados cánticos para luego devorarlo. Es bien sabido que las sirenas tenían un poco de Ishtar, otro poco de Dércetis, otro poco de Astartis y un toque venusino, dando como resultado un ser cuya feminidad asustaba tanto como su zoomorfismo, estuviese éste cubierto de plumas o de escamas.

Eran otras, sin embargo, las sirenas que llamaban al trabajo desde las altas chimeneas de ladrillo, y ni cantaban para mí ni tampoco me seducían. Las escuchaba indiferente y abstraído mientras me dirigía al amanecer a la estación del Norte de la Renfe para tomar el tren que me llevaría a Madrid —ese puerto tan anhelado por los jóvenes de mi generación— donde otras si-

renas me esperarían con su funesto canto. Unas y otras, en cualquier caso, eran el reflejo de una época marcada por la fuerza del vapor y por la actividad fabril e industriosa que cambió el mundo, alejando al individuo del refugio natural de la tierra y fascinándole con cultivos de hierro y acero que modificaron su hábitat y su comportamiento.

Esa interpretación de un evidente cambio social —interpretación en sentido filosófico significa saber extraer la ley del fenómeno estudiado y saber reconocer la causa de entre el cúmulo de circunstancias que originan el hecho que se está observando— esa interpretación, digo, de causa y efectos era tanto más complicada en el caso que cuento desde el momento en que la prisa, la aceleración de un mundo que giraba alocadamente sin nuestro permiso, apenas nos dejaba apelar a reflexiones personales en las que hubiese referencias al pasado o al aprendizaje basado en la experiencia.

Porque —y ahora podemos con una distancia mínima reconocerlo—, una de las actividades perentorias para el individuo del siglo xx fue la de liberarse de todas aquellas cargas que le lastrarán demasiado en su superficial deambular sobre tendencias culturales y nuevas filosofías. En realidad, si algo diferenció al ser humano del siglo xx de sus antepasados de anteriores centurias, fue su incapacidad para incorporar la cultura a su existencia; su incompetencia para vivir conforme a unos patrones culturales en los que creyera y que tuvieran una funcionalidad incontestable. No pensemos que era más inculto un agricultor o un pastor del siglo xviii por el hecho de ser analfabeto. La lectura o la escritura eran como un viaje nunca realizado, pero suficientemente compensado con los numerosísimos conocimientos que el oficio o la relación cotidiana aportaban a su bagaje existencial. Y todos esos conocimientos, claro está, encajaban perfectamente en un engranaje personal, familiar y gremial que funcionaba correctamente basándose casi exclusivamente en la fuerza comunicadora de la palabra o del gesto. La mentalidad de esos individuos, por tanto, estaba mejor formada y

más cercana a su realidad que la de la mayoría de los individuos del siglo xxi, que hemos basado nuestra cultura en las descargas esporádicas y desarraigadas de una información excesiva, incoherente e inconexa.

Siempre he dicho que, si algo legitima y da validez a la tradición es la cualidad estimabilísima de ser tanto un inventario de propuestas para vivir como un catálogo de respuestas a las preguntas de siempre. El éxito multisecular de los llamados libros de suertes —todavía constatable hoy en los horóscopos de los diarios y revistas— fue responder, sin compromiso pero de forma creíble, a todas las preguntas íntimas, profundas, angustiosas que se le planteaban al ser humano. La tradición, a través de mitos, relatos, símbolos y creencias acercaba al individuo a su origen y le reconciliaba con su fin. Por medio de códigos compartidos proponía comportamientos, ensalzaba conductas, criticaba desviaciones y encauzaba las andaduras vitales por el camino de la experiencia. De desentrañar y estudiar todo eso se encargó, casi desde los albores del siglo xix, la antropología. Esta nueva disciplina científica, como cualquier otra sobre cuya evolución podían incidir diversos factores (orientación académica, tendencias sociales, gustos personales), fue ampliando su campo de acción a lo largo del siglo xx. Uno de los terrenos en los que encontró posibilidades de desarrollar una investigación objetiva y abierta, fue el de las migraciones, tema favorito de algunos miembros de mi familia. La sociedad, transformada en los últimos cien años mucho más de lo que lo hiciera en los cuatrocientos anteriores, desarrollaba miedos y fobias ya conocidos pero acrecentados por la inusitada fuerza y velocidad de esas transformaciones.

El cambio que se ha producido, por ejemplo, en la sociedad española, decididamente ciudadana al final de un largo proceso que ya se había iniciado en el siglo xix, ha proporcionado una visión distinta sobre lo rural y sus circunstancias. Ha permitido, asimismo, reflexionar acerca de la capacidad evolutiva de aquella misma sociedad, dispuesta a abandonar a toda

costa su extracción rústica para asentarse, no sin problemas y sin protestas de algún sector, en la globalización. Durante todo ese proceso, largo y áspero, los vectores que han guiado las actitudes sociales —por parecer contrapuestos y aparentar tendencias antitéticas—, han sido (como en siglos anteriores, no nos engañemos), la línea conservadora frente a la innovadora. No es éste el lugar para hablar de la esterilidad de este tipo de confrontaciones que, lejos de hacer avanzar positivamente a una comunidad, la enzarzan en discusiones bizantinas con resultados más que dudosos pues enemistan entre sí principios absolutamente básicos, tanto para la vida del individuo como para la de cualquier grupo social, entre cuyas virtudes debería ser una de las primeras la de mirar al futuro con la base imprescindible de la experiencia. Aquella dualidad, con dos fuerzas o principios tan claramente arraigados y tan necesarios en el núcleo social como lo antiguo y lo nuevo, el antes y el después, no sólo sirve para marcar decididamente el rumbo de una sociedad o la inclinación de sus individuos sino para crear binomios sobre los que la antropología despliega gustosamente su método y su análisis: pueblo frente a poder, fiesta frente a espectáculo, auge frente a decadencia, mujer frente a hombre, inversión frente a diversión, naturalidad frente a ficción, cultura como parte inalienable de la existencia frente a cultura como derecho social...

Es posible que el individuo de hoy sea mucho más dependiente de factores ajenos a su cultura que sus antepasados. Es posible también que tenga dificultades para desarrollar con naturalidad su papel sin contar con las instituciones que le representan; es probable incluso que esa circunstancia haya incidido negativamente sobre su participación en la vida colectiva. Más aún: es seguro que el hombre y la mujer actuales se han salido de sus hábitos para contemplarlos desde fuera o al menos para verlos reflejados en el espejo, con todas las consideraciones positivas y negativas que se derivarían de ese hecho. Hay que reconocer, en cualquier caso, que las transformaciones experimentadas durante los últimos cien años en las costumbres de los

españoles, son ya un capítulo más, el último de momento, en la historia de nuestra cultura y por tanto algo que nos concierne a todos y a todos nos debe preocupar.

Sin embargo, a quienes temen que en esas transformaciones se hayan perdido solamente algunas expresiones, determinadas costumbres, hábitos y creencias, habrá que alertarles con mucho más motivo acerca de la pérdida de las mentalidades. La palabra «mentalidad» sería la que mejor definiría las estructuras del intelecto (creencias, forma de pensar, educación) sobre las que el individuo basa después la creación de sus expresiones y por tanto un tesoro preciado que conviene no descuidar para no cometer errores fatales.

Y uno de los errores de nuestra civilización occidental ha sido precisamente aplicar ese sentido único del tiempo: identificar la vida con un camino lineal, con un recorrido argumental en el que cada individuo desarrollaba paso a paso su propia historia. Pero con ese modo de entender la peregrinación personal, el paso atrás significaba un retroceso. Sólo tenía sentido avanzar a toda costa sin mirar hacia el pasado y dejando a los lados, por aparentemente innecesarias, importantes conquistas.

Reflexionar ahora sobre todas estas cosas puede todavía modificar conductas o abocar a rectificaciones intelectuales. Puede servir de alto en ese camino inalterablemente rectilíneo para mirar alrededor, establecer un criterio y saber diferenciar lo necesario de lo accesorio. El pensador italiano Italo Calvino nos señalaba la costumbre que mejor podía definir al individuo contemporáneo que era la de arrojar cosas a la basura. Y Roger Caillois, el discípulo de Marcel Mauss recalcaba en su obra *El mito y el hombre*: «El examen del mundo moderno es propio para aportar, al que se entregue a él, todas las repugnancias o poco menos. Sabido es, por desgracia, lo que ocurre en el orden económico y social y en general en el dominio de las relaciones humanas: nada que conservar, todo que modificar, iniciando una y otra vez desde el comienzo». Esta forma insensata de dilapi-

dar nuestros conocimientos, especialmente los procedentes de la sabiduría antigua, es insostenible. Sus resultados son evidentes: la eclosión y fomento de un tipo de conocimiento globalizante e innecesario ha traído como consecuencia una primacía de la cultura informativa sobre la evaluativa, convirtiéndonos en tributarios de la moda y la novedad cuando no de la banalidad más insustancial. En cualquier caso, los momentos de crisis, en particular si afectan a toda la sociedad, son siempre apasionantes porque precisamente permiten, individual y colectivamente, discernir —o sea como se dice en castellano—, separar la paja del grano. Saber diferenciar lo que nutre de aquello que sólo sirve para engordar. Lo que alimenta de aquello que sólo nos empacha.

Creo que es la cuarta o quinta vez que me desvíó del motivo central de este libro para andar por las ramas de la filosofía o de la antropología. Dios me perdonará. Igual que lo hizo con mis bisabuelos Francisco Díaz Borbolla y Venancio Gómez López que abandonaron sus lares y olvidaron sus manes para salir a buscar otros penates en tierras extrañas. No poco he pensado en si sería la necesidad o los impulsos colonizadores lo que colocara a cada uno en un lugar lejano de su nacimiento. El caso de mis

padres fue diferente. Mi madre nació por casualidad en Barcelona y lo olvidó para siempre después de haber pasado dos años hablando y pensando en catalán. Mi padre en cambio salió a los doce años de Inguanzo y nunca olvidó la borona caliente recién hecha en el lar o el arroz con leche de su infancia. Todavía mencionaba ambas cosas con nostalgia cuando volvimos a visitar el Oriente de Asturias después de jubilarse. Nos alojábamos en el Hotel Don Paco de Llanes y dedicábamos mucho tiempo a recorrer los lugares en que había transcurrido su niñez. Alquilábamos un taxi de confianza y seguíamos las rutas de su atlas particular, con especial incidencia en Puertas, Inguanzo, Carreña, Arenas, Arangas, Posada y recorridos a pie por Llanes, por el precioso Paseo de San Pedro. Creo que no hubo un solo deseo o una ocurrencia de las tuyas que no fuese conveniente y puntualmente satisfecha. Todavía se le veía con ganas de vivir y de disfrutar con sus recuerdos. A ello contribuyeron los hermanos Álvarez Alonso, Chucho, Pedro, Pepe y Josefina, con quienes compartió vivencias y memorias. También sus primos de Inguanzo y los recorridos por las callejas de su pueblo natal. Todo le reconcilió con el mundo ordenado y feliz de su inocencia antes de entrar en el dantesco lugar de las dudas y los pavores.



Mis padres en el Paseo de San Pedro, en Llanes

En el primer viaje a Asturias después de la jubilación paterna cayó en mis manos, durante una visita a Arenas, una curiosa composición cuyo texto, mecanografiado, hacía referencia al Concejo de Cabrales y no en términos elogiosos precisamente. Algún lector había tenido la paciencia de copiar tales versos pasándolos del cuadernillo en que estuvieran antes impresos o manuscritos a unas cuartillas, evitando así su pérdida. El título, atractivo para cualquier cabraliego, rezaba: «Elogios de Cabrales». Como adelantaba hace un momento, bastaba con recorrer sus primeras líneas para comprobar que el contenido distaba mucho de ser apologético. El poeta comenzaba, como solía ser habitual en ese tipo de literatura (escrita para ser recitada o cantada por músicos callejeros) con una invocación a la divinidad, principio de toda inspiración:

A Vos, antorcha divina,
Padre de Dios verdadero,
os suplico humildemente
que deis a mi pluma vuelo
potencias a mis sentidos
y luz a mi entendimiento
y acierto para explicar
a mis oyentes que, atentos,
estarán aparejados
para oír este compendio.

En fin, en las diversiones
no quiero pasar el tiempo;
proseguiré con mi asunto
no digan que soy molesto
y perdónenme si acaso
por osado soy grosero.

Y prestándome atención
en gracia de Dios, comienzo:

Y comenzaba, en efecto, alegando tener raíces en Cabrales («Cabrales es patria mía»), argumento del que se desdecía unas cuartillas más adelante, tal vez temeroso de la reacción

que sus octosílabos pudieran causar en algún oyente iracundo:

No me mueve el interés
ni tampoco el parentesco
porque mi primera cuna
no es en aqueste concejo;
ignoro dónde nació,
yo siempre soy forastero,
pero conozco a las gentes
sus costumbres y sus hechos
de cuando fui militar
trepante de aquellos cerros.

¿Militar trepante? Más parecía escribano u hombre de letras por el vocabulario que gastaba y los términos de que hacía uso:

Se quiere a don Juan Antonio
Mestas Cosío Mogrobejo
hombre de bien en su casa
y en la ajena no es molesto;
gallito, astuto y mañoso
va inficionando al Concejo:
Ha de costar algún día
otro riguroso pleito.

Su mención constante a pleitos, herederos, procesos y tribunales me inclinaba a pensar que el autor de estos «Elogios» punzantes no era un simple versificador local sino un oficial de Juzgado o algo por el estilo. Conocía perfectamente la vida y milagros de los «caballeros» de cada lugar y arremetía inmisericorde contra los que, a fuerza de dinero, querían conseguir honra o nobleza. A través de algunas citas sobre personajes concretos se podía conocer con cierta aproximación la época de composición de estos versos. Para mayor precisión, el autor brindaba algunas voces cuyo uso comenzó a ser común a partir de determinada fecha: «Dengue», por ejemplo, estaba documentada por primera vez en el Diccionario de Autoridades (1726) y «Comistrajo» fue aceptada por la Academia en 1783. Es curioso, sin embargo, que

algunas familias salieran bien libradas del fragor producido por tal lluvia de venablos. Llamaba la atención el respeto y delicadeza con que, en medio de tanto insulto y diatriba, trataba a varios apellidos de Inguanzo. El anónimo autor iba a mencionar nada menos que a los Alonsos y a los Huerdo, algunos de cuyos miembros, como hemos visto, adquirieron en el siglo XIX la Hacienda Calderón:

En este lugar distingo
de todos estos defectos
una, dos o tres familias
que no son capaces de ellos:
Los Inguanzos, los Alonsos
y entre ellos algunos Huerdos;
estos nunca han sucumbido
y por lo mismo confieso
que no hablo con pasión,
pues no soy pariente de ellos.

Y confieso yo que, salvo por estas referencias a mi familia y algún que otro dato histórico curioso, el pliego en cuestión era bastante ofensivo y me libré mucho de publicarlo completo en su momento, pues pensé que dos siglos no eran suficiente tiempo cuando andaban por medio apellidos, honores y blasones. Pero me volvió a interesar el tema de la familia y las innumerables ramas del árbol genealógico. ¿Cuántas de esas ramas y brotes se habían secado o quebrado sin explicación convincente? Mencioné antes que Nicanor y Fernanda, mis abuelos paternos, habían tenido dos hijos, Francisco y Germán, pero no hablé de las dos hijas nacidas en 1904 y 1910 que no habían llegado a sobrevivir, la primera a los pocos meses de nacer y ser bautizada —en la catedral de Madrid, por cierto y con los nombres de María Teresa Eloyna Esther Soledad Arsenia—, y la segunda, Fernanda (Nandita, la llamaban) por la famosa gripe de 1918 que casi se lleva a mi padre también. Mi padre nunca habló de ellas ni de la inutili-

dad de sus vidas, segadas antes de granar. En cambio tenía una enorme curiosidad por la vida de sus lejanos parientes mejicanos —los Mier, en particular, de quienes recibíamos de cuando en cuando cartas, y los Alonso Simón—, al menos de aquellos de quienes todavía podía tener noticias.

El abuelo Nicanor fue el administrador de los bienes que la familia Mier —familia suya por parte del padre— poseía en España (los edificios de Altamirano 40 y Ferraz 29, y la casona denominada Villa Mier, en Alles, con su finca correspondiente de una hectárea y media. La hacienda de Santa Cecilia de Tepetitlán, que también tenían en Puebla (Méjico), se había fundado en 1705 siendo su primer propietario el Conde de la Mejorana. Andrés Fernández de Otáñez la poseyó a lo largo del siglo XVIII haciendo numerosas reformas, y ya en los años 20 del siglo XX la adquirió Manuel Mier Molleda, quien falleció en 1926 antes de empezar la guerra civil, trasladándose toda la familia a Puebla, donde ya vivía su hermano Ramón, en 1936.

Al haber fallecido Manuel, su viuda, María Cárvaves Cordero y sus hijos María Teresa, Samuel, María, Carmen, Delfina, Manuel y Juan explotaron la hacienda de Santa Cecilia y mantuvieron en España sus inmuebles que, al morir Nicanor, pasaron a ser administrados por mi padre hasta que fallecieron todos los Mier Cárvaves sin descendencia. He aquí otro ejemplo de sangre desaprovechada.



Manuel Mier, muerto bajo el manto de la Virgen de Guadalupe



María Mier en 1931, cuando fue medio novia de mi padre

Cuando mi padre tenía que dar un repaso o solucionar algún tema de Villa Mier hacíamos un viaje todos hasta Alles donde nos esperaba la fiel Carmen Nevares, guardadora de la finca hasta su muerte. La casona tenía más de 500 metros construidos y estaba amueblada exactamente como la dejaron sus propietarios antes de huir precipitadamente a Méjico al empezar la guerra civil.



Con mi madre y mis dos hermanos en Villa Mier, Alles

comedor, las vajilla intactas y la cristalería de Val Saint Lambert nos llamaban la atención por su delicadeza y finura.



Los siete hermanos Mier Cáraves, en el estudio de José Calvache «Walken», en Madrid

Exquisita decoración, un gramófono con discos de pizarra en el salón, olor a leche recién ordeñada en la cocina y por todas partes humedad que se metía hasta los huesos. En el

La hermosa casa de Alles era un lugar mágico para nuestras correrías infantiles tanto en el jardín y los prados, por los que nos dejábamos rodar a gusto, como en el interior, cuyas estancias explorábamos entre el asombro y la fantasía. Demasiada, por cierto para mí: un día abrí una puerta que tenía echada la llave en el último piso y me topé con todos los trastos que se usaban en el pueblo para dar tierra a los muertos: el hachero, los velones, unas cintas usadas de algún funeral, las andas, un crucifijo que seguramente había estado sobre un ataúd... Cerré la puerta precipitadamente porque se me salía el corazón del pecho. Estuve toda la noche despierto esperando que

las ánimas me vinieran a reclamar la asadura... Años más tarde se lo comenté a Juan, el más joven de los hermanos que vino hasta Vallado-

lid a hacernos una visita y no pudo por menos que reírse de mi curiosidad y de mi espanto. En aquella ocasión ya nos comentó que la Secretaría de la Reforma agraria del Gobierno de Méjico les estaba obligando a entregar cientos de hectáreas de la hacienda a fin de colocar a personas con capacidad para trabajar la tierra

y ampliar el ejido de Tepetitlán. Aunque tenían que estar todo el día con la pistola al cinto reconocía que era inevitable y la situación se estaba volviendo insostenible y a veces violenta. Tan insostenible al menos como la función administrativa de mi padre, que se cansó de recibir a los vecinos de los inmuebles y arreglar sus averías.



Mis padres en Villa Mier, con Ramón y Carmen Nevares

Un día, inopinadamente, apareció en el buzón de nuestra casa en Valladolid un sobre conteniendo un papel con el sello de las Esclavas del Sagrado Corazón que decía: «Querido Germán: esta carta te va a sorprender, pues estoy segura que no te acuerdas de mí. No sé si mi nombre en el remite te dará alguna luz. Somos parientes: tu madre Fernanda era prima hermana mía. De niños nos conocimos en Inguanzo allá por el año 1917; tú eras muy pequeño y la última vez que te vi fue en Llanes, donde tu madre y la mía se reunieron: vosotros llegasteis de Inguanzo y nosotras de Noriega, donde vivía-

mos entonces. Creo que era por el año 1920. Yo me metí monja a los 18 años, en 1927, y durante mucho tiempo estuve fuera de España, pues primero me mandaron a Inglaterra y luego al Japón. Aquí en Valladolid llevo 11 años dedicada a la enseñanza del inglés en el colegio que tenemos. Este verano estuve cuatro días en Poo, en casa de Josefina Álvarez Alonso y un día lo pasé en Inguanzo con nuestros parientes de allí. Vicentina me dijo que vivías aquí y me animó a que me pusiera en contacto contigo...»

La carta venía firmada por Rosario, ¡la hija menor de Vicente Alonso Simón!, y anunciaba

que un injerto de la rama mejicana vendría a vernos cuando se lo autorizara mi padre, así de educada y exquisita era la tía Rosario Alonso Pagazaurtundúa. Por medio de sus visitas, que se hicieron frecuentes —cada vez que se lo permitía su actividad escolar, ya que daba clases de inglés y alguna particular de violín— supimos algo de las peripecias que había corrido durante sus años en Japón, con los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki incluidos. Al cabo de un tiempo, y en vista de que sus aventuras parecían no tener fin, le preguntamos que por qué no escribía un libro sobre su vida, a lo que respondió muy seria que ya había empezado a hacerlo, a petición de un sobrino suyo que vivía en Valladolid también. ¿Otro Alonso al lado de casa y sin saberlo? Pues sí. Con todo lujo de detalles nos explicó que su sobrino Agustín Perdomo-Spínola Alonso, hijo de su hermana Mari Luz, residía en la ciudad y estaba casado con Elena Molero descendiente de una familia con gran tradición en el campo vallisoletano. Vivían en una finca que había pertenecido a la Abadía de San Benito y que se llamaba Casasola. Recordé que en el Catálogo Monumental de Valladolid había varias fotos del convento y traje el libro para comprobar que estábamos hablando de lo mismo. La tía Rosario se entusiasmó a la vista de las imágenes y nos hizo prometer que iríamos algún día a verlo y a conocer a Agustín y Elena, cosa que hicimos poco después. Su bondad incluía tener a toda la familia unida y que unos supiéramos de los otros. Al cabo de algún tiempo nos comunicó con gran alegría que había terminado el libro cuyo título final era «Mis tres banderas» (España, Méjico y Japón) y en él narraba con gran sencillez y naturalidad toda su vida, desde que salió de Méjico con un añito hasta que regresó a España tras su larga estancia en el Japón. El círculo se cerraba y por fin la tía Rosario dibujaba su personal y perfecto mandala en el que, alrededor de un *selbst* jungiano, había dibujado con amor a toda su familia.

De su cariño y dedicación nos quedó, además del escrito de su vida, una pequeña colección de estampas que con devoción y fervor le



iba regalando a nuestra madre con quien había hecho muy buenas migas. Cuando nuestra madre falleció después de una larga convalecencia que acabó en una septicemia, recogí cuidadosamente esas estampas, que pasaron a formar parte de mi colección de no-libros reunida a lo largo de muchos años.

Me explico: es bien sabido que cuando se produjo la irrupción en el mercado editorial de la presunta amenaza del libro electrónico, algunos bibliófilos e historiadores del libro se pusieron a trabajar en serio para dejar claro y definido su campo de estudio. Para empezar, trataron de describir físicamente al libro partiendo de su origen vegetal, muy cercano a la naturaleza (liber=corteza), y pusieron condiciones a su formato: se trataría de un conjunto de hojas, unidas por uno de sus lados de manera que constituyeran un cuaderno o volumen cuyo grosor, en cierto modo, vendría a determinar su denominación. Así, un libro sería un volumen de más de 49 páginas sin contar cubierta y so-

brecubierta (otros preferían 40, 80, etc.) que contendría una obra manuscrita o impresa con textos o imágenes. Lo demás se llamaría folleto, cuadernillo, pliego u hoja suelta. De ese modo, casi de forma automática y por exclusión, surgieron los estudiosos del no-libro, es decir de todos aquellos impresos que no entraban en la fórmula acuñada o que se salían de sus estrechos límites. Por fortuna los impresos no-libros eran mucho más abundantes que los propios libros, de modo que quienes se inclinaron por su estudio y descripción —entre los cuales humildemente me encuentro—, hallamos ya de entrada un campo extensísimo e interesante de trabajo en el que, salvo la denominación, todo era positivo. Y lo era, porque para la mayor parte de los contenidos nos servían los abundantísimos y excelentes estudios que ya existían sobre bibliografía y por tanto el esfuerzo a realizar solo debería centrarse en el formato: crear una tipología del no-libro y describirlo para que no se siguiera destruyendo o menospreciando.

Los archiveros y bibliotecarios empezaron a hablar de MNL (Material No Libro) para definir todo aquel papel que, a partir de ese momento y por orden de la superioridad, pasaba a otro apartado o anaquel por no reunir las características exigidas para ser un libro. Prepararon, asimismo, unos catálogos adecuados que fuesen capaces de integrar todos los materiales que ya estaban en las bibliotecas y que, o no se habían clasificado correctamente o se habían añadido de forma forzada a otras secciones. Me refiero —porque así lo hacían los bibliotecólogos— a publicaciones periódicas, a grabaciones sonoras, a materiales cartográficos, a manuscritos, a microformas, a materiales gráficos y a impresos tales como programas de mano, naipes, pliegos de cordel, aleluyas, cuadernos, fichas, facturas, boletines escolares, papeles de cartas comerciales, comics y tebeos, calendarios y almanques, paipáis, librillos de papeles de fumar, etiquetas, prospectos, tarjetas postales, tarjetas troqueladas, pruebas de imprenta, cromos, felicitaciones de navidad, cajas de cerillas, tarjetas de visita, recordatorios de acontecimientos y efemérides, entradas de espectáculos, anuncios

de productos comerciales, billetes de lotería, papeles secantes con publicidad, partituras y, cómo no, las estampitas de la tía Rosario.

¿De dónde provenía la costumbre de todas las madres españolas de guardar esas estampas en sus libros de misa, esos pequeños manuales con los que acudían a las ceremonias en el templo, al menos los domingos y fiestas de guardar? La historia era larga e interesante: podría decirse que desde el II Concilio de Nicea, celebrado en la provincia de Bitinia en el año 787, ya comenzó un interés ortodoxo y oficial —o sea bendecido por la Iglesia— hacia las imágenes y representaciones religiosas. Convocado por la necesidad de sentar doctrina y acabar con la desviación que provocó la iconoclastia de León III el Isáurico, los asistentes al Concilio acordaron y determinaron lo siguiente: «Continuando la enseñanza divinamente inspirada de nuestros santos Padres y la tradición de la Iglesia católica definimos con toda exactitud y cuidado que las venerables y santas imágenes, como también la imagen de la preciosa y vivificante cruz, así como también las demás imágenes, tanto las pintadas como las de mosaico u otra materia conveniente, se expongan en las santas iglesias de Dios, en los vasos sagrados y ornamentos, en las paredes y en cuadros, en las casas y en los caminos: tanto las imágenes de nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo, como las de nuestra Señora inmaculada la santa Madre de Dios, de los santos ángeles y de todos los santos y justos». San Juan Damasceno, en su defensa razonada de las representaciones de santos, había justificado pocos años antes el uso de toda esa iconografía al escribir: «La belleza y el color de las imágenes estimulan mi oración. Es una fiesta para mis ojos, del mismo modo que el espectáculo del campo estimula mi corazón para dar gloria a Dios».

Esa necesidad personal del espíritu que asimilaba la oración con las sensaciones estéticas o de los sentidos vino a añadirse a una larga lista de fines mnemónicos o didácticos que también encontraban argumentos a favor de la contemplación devota de los iconos. La acendrada tra-

dición de la Iglesia, desarrollada durante toda la Edad Media, de adoctrinar y explicar (principalmente a los iletrados, que eran mayoría) con la ayuda de grandes cartelones llamados carocas o con los argumentos vertebrados y catequéticos de los retablos (cuyas imágenes podían transmitir ideas y hechos de forma asequible y ordenada), se complementó con el uso de un tipo concreto de papel suelto, sobre el que se dibujaban e iluminaban representaciones de santos, que se vendía con el fin de fomentar la devoción a los mismos. De ese modo se poseía una imagen del santo venerado, o sea del intermediario entre Dios y el cristiano, satisfaciendo ese deseo innato del ser humano que incluso tuvo que reconocer Voltaire en su *Diccionario Filosófico*.

Antes de la invención de la imprenta ya se usaba la técnica xilográfica para imprimir imágenes sagradas, sobre tejidos especialmente. El taco de madera más antiguo que se conoce para aplicar probablemente a este propósito formaba parte de un conjunto hallado en una abadía de Francia y denominado «El centurión y dos soldados» o también «Le bois Protat» en recuerdo de quien lo adquirió tras ser hallado en La Ferté y después lo donó a la Biblioteca Nacional de Francia. Representa una escena de la crucifixión en la que uno de los militares romanos (Longinos según San Juan y un centurión, según San Mateo), exclama «vere filius Dei erat iste», frase famosa que se reproduce en una filacteria. El taco de nogal fue fechado por Protat (que era impresor y coleccionista) hacia 1370, aunque no se sabe si se habría utilizado para imprimir sobre tela o sobre pergamino. Una vez convertido en santo, San Longinos se hizo protector de los jinetes y de las consecuencias de las caídas ecuestres, debido a que habitualmente se le representaba a caballo.

Un poco posteriores a este taco son, pero ya españolas, las estampas citadas en unos inventarios de la ciudad de Vic utilizadas para adornar dormitorios y salas. La fecha del primer inventario, 1403, indica con toda probabilidad que ya serían populares años atrás; todas son de tema religioso, predominando la coronación de la

Virgen, Jesús crucificado y algunos arcángeles como San Miguel y San Gabriel.

La llamada *Biblia pauperum*, La *Historia Christi in figuris* y otros libros similares demuestran a las claras la afición por pintar estos temas y extender su uso devocional en cualquier ámbito, pero principalmente el doméstico. Las figuras pintadas excitaban la imaginación de devotas y devotos del mismo modo que antes lo hicieron los relatos sobre la vida de Jesús, particularmente aquellos que servían para explicar o complementar a los evangelios sinópticos y que quedaron relegados y tildados de apócrifos a partir del tercer Concilio de Cartago del año 397.

Desde la Edad Media fue práctica común entre cofradías y órdenes religiosas el encarar esas estampas o grabados para el fomento de la devoción a determinadas imágenes o advocaciones, que les eran queridas y a cuyo patrocinio se encomendaban. Algunos de esos grabados, incluso, se usaban, recortados, para introducirlos en relicarios y detentes. Muchas de las reproducciones de imágenes que se vendían en España —en especial aquellas que eran populares en toda la geografía española (la Virgen del Carmen o la del Pilar, por ejemplo)— se llevaban a imprimir en ocasiones fuera de nuestro país (a veces en dos idiomas), dejándose para los artistas locales aquellas devociones particulares que se veneraban en iglesias, monasterios o ermitas más pequeños y cercanos.

San Miguel, por ejemplo, al que mi madre dedicaba un par de jaculatorias todas las noches antes de dormir, aparecía en muchas estampas devocionales con sus atributos preferidos. El santo sustituía a divinidades bélicas y fue, durante toda la Edad Media, el protector de los combatientes y guerreros, razón por la cual todavía se le representaba vestido de soldado y con una coraza, en virtud de su caudillaje de las fuerzas celestiales. El arcángel, según algunos autores, sustituiría al Hermes mensajero de los dioses de la cultura clásica y en el norte de Europa al dios Wotan, vencedor de dragones y serpientes, animales que en la civilización judeo—cristiana eran los representantes habituales del demonio,

espíritu del mal. Todo esto tiene una repercusión en la iconografía de San Miguel, así como en nuestras costumbres. Hasta hace pocos años, en muchos pueblos se contaba que cuando uno ponía una vela a San Miguel debía tener cuidado en colocársela claramente al santo, ya que si por descuido la luz se acercaba a la cara del demonio que yacía aplastado por la pierna del arcángel, Lucifer creía que la vela era para él y daba rienda suelta a su malévolas imaginación; y ya sabemos todos que, precisamente el 29 de septiembre, según la tradición, era el día más peligroso para caer en las tentaciones pues San Miguel, por aquello de celebrar su día, cesaba de trabajar y dejaba al demonio suelto. San Miguel fue, desde siempre, el patrono de los caldereros, romaneros y campaneros (por eso había tantas campanas que recibían su nombre).



También se representaba a San Miguel desde la Edad Media como protector de las embarazadas y probablemente de ahí procediera la devoción que le tenía mi madre, aunque tampoco descarto que guardase la estampa del arcángel desde sus tiempos olmedanos, ya que era el patrono de la Villa. Cuenta Santiago de Vorágine en *La leyenda dorada* que San Miguel se apareció

a comienzos del siglo VIII a un obispo de Normandía y le ordenó que levantara una capilla en un determinado emplazamiento donde al poco tiempo se comenzó a concentrar una gran cantidad de peregrinos. Para acceder a la iglesia, que estaba en la parte más alta de una especie de isla —Mont Saint Michel—, los devotos debían esperar a que bajara la marea y dejara al descubierto el camino. En una ocasión la marea se anticipó y arrastró a muchos de los que querían acercarse al templo, entre los cuales estaba una embarazada. San Miguel no sólo la salvó sino que la ayudó a dar a luz en las propias aguas, separándolas después para que la mujer regresase a su casa.

En cualquier caso, hasta el descubrimiento del taco del centurión, se consideró como el más antiguo grabado xilográfico uno que representaba a San Cristóbal que se halló pegado a un manuscrito; en él se observaban algunos de los hechos milagrosos atribuidos al santo que ya se habían narrado en escritos legendarios como el mencionado libro de Santiago de Vorágine. Se veía a San Cristóbal, cuyo nombre anterior a la conversión era el de Réprobo, atravesando un profundo río con el niño Jesús a sus espaldas y orientado hacia la orilla por el farol que empuñaba en su mano el ermitaño que lo convirtió y que sería —según las leyendas que circulaban sobre el santo desde el siglo XI— quien le recomendaría que ayudara a cruzar el río a los peregrinos librándolos de la muerte. Esta facultad de salvar de la muerte violenta o súbita se le atribuyó durante toda la Edad Media (la menciona Erasmo en su *Elogio de la locura*), protegiendo el santo, según decían, de cualquier tipo de agravamiento de una enfermedad cardiovascular con el simple hecho de mirar su imagen al entrar o salir de una iglesia (precisamente por eso sus estatuas o representaciones eran tan enormes). Pero incluso tal facultad ha llegado a nuestros días en que ejerce su patronazgo sobre los automovilistas, que son quienes más posibilidades tienen de sufrir una muerte supitaña.

Durante toda nuestra infancia, antes de acostarnos, rezábamos una oración en la que nos encomendábamos a los protectores de las cuatro

esquinas del mundo para que nos salvaran durante el sueño de una muerte repentina: estos protectores eran Lucas, Marcos, Juan y Mateo —y Jesucristo que estaba en el medio—, claro.

Conocemos por la tradición la labor benefactora de todos esos santos valedores (14 fueron los protectores durante la Edad Media) y sabemos que Santa Apolonia defendía contra el dolor de dientes y muelas, Santa Lucía contra las afecciones oculares, San Blas contra los dolores de garganta, Santa Águeda contra las enfermedades del pecho, Santa Casilda contra las afecciones relacionadas con el flujo sanguíneo, San Lázaro contra la lepra, San Roque contra la peste...La lista es inacabable. Se llega en alguna ocasión, y recuerdo ahora el caso del santo apócrifo llamado San Caralampio, a inventar una intervención milagrosísima cuando ya se habían dado por insuficientes los oficios del mismísimo San Roque. En una peste que tuvo lugar en el sureste español a comienzos del siglo XIX, la intervención de San Caralampio fue tan convincente que sus devotos aumentaron en cantidad y las oraciones para encomendarse a él se vendieron en pliegos aquí y allá, propiciando una veneración singularísima que se extendió a América. Este nombre de San Caralampio —procedente probablemente de San Aralambo, mártir de Magnesia al que la iglesia oriental veneraba como protector contra el cólera y el tifus— quedó también como abogado contra la peste, las brujas y toda clase de maleficios, con lo que la relación de enfermedades de las que quedaba uno protegido venía a ser interminable.

A lo largo del tiempo y en mis correrías por el medio rural tuve ocasión de ver alguno de esos papeles llevados de pueblo en pueblo por los ciegos y reforzado en su eficacia con la famosa oración de San Benito contra las brujas que se imprimía en el reverso de la hoja. En algún caso, sin embargo, el curandero que lo despachaba no dudaba en limitar la duración de los efectos con un escrito de su puño y letra sobre la imagen que decía «Vale por un mes», marcando claramente una fecha de caducidad

y animando al cliente a volver a por otro papel cuando se extinguiera supuestamente la eficacia del anterior.

La prevención de males, particularmente para los niños, por medio de estas dóminas o nóminas que contenían escritos es una costumbre tan antigua como la propia historia del papel. Los primeros concilios advierten acerca de la inutilidad de colgar oraciones del cuello de los recién nacidos metidas en pequeños escapularios. Pese a ello, la costumbre no perdió vigencia, y todavía en nuestra infancia tuvimos que llevar colgado del cuello, hasta que con el uso y el sudor se pudrió, un escapulario que nuestra madre había encargado a las Hermanitas de los pobres en la creencia absoluta de que nos protegería de todo mal.

De hecho, algunas devociones a determinados santos por considerarlos reconocidos sanadores cuya intervención en casos apurados había sido contrastada, no estaría lejos de la superstición que mi madre tenía con el Padre Damián, cuya estampa besaba cada noche y a veces colocaba debajo de la almohada. También esta práctica de la curación por contacto tenía numerosos precedentes. Todavía hoy se pueden hallar aleluyas dedicadas a algunos santos en las que faltan determinadas viñetas por la costumbre de recortarlas para fines concretos. La figura de San Blas, por ejemplo, acababa hecha una bolita que el enfermo de cualquier mal relacionado con la garganta se tenía que tragar para curarse. Las imágenes de otros santos como San Lucas, San Pantaleón o los hermanos Cosme y Damián se solían pegar sobre la cabeza del enfermo o colocarse en la mesilla con la absoluta convicción de que harían su labor de algún modo. Tal confianza venía avalada por los ejemplarios medievales y otros libros del estilo de la ya mencionada *Leyenda Dorada*, escrita por Santiago de Vorágine y publicada en 1264 bajo el título *Legendi di sancti vulgari storiado*.

Vorágine publica cuatro milagros famosos que la tradición atribuía a los hermanos médicos, entre los cuales recordaré el más conocido por ser el más representado en la iconografía

religiosa: «El papa Félix, abuelo cuarto de San Gregorio, construyó en Roma una magnífica iglesia en honor de los santos Cosme y Damián. Un hombre, encargado de la limpieza y vigilancia de este templo, cayó enfermo de un cáncer que al cabo de cierto tiempo le corroyó totalmente la carne de una de las piernas. Cierta noche, mientras dormía, soñó que acudían a su lecho los santos Cosme y Damián provistos de medicinas y de los instrumentos necesarios para operarle; pero antes de proceder a la operación, uno de ellos preguntó al otro: —¿Dónde podríamos encontrar carne sana y apta para colocarla en el lugar que va a quedar vacío al quitarle la podrida que rodea los huesos de este hombre? El otro le contestó: —Hoy mismo han enterrado a un moro en el cementerio de San Pedro ad Vincula; ve allí, extrae de una de las piernas del muerto la que haga falta y con ella supliremos la carroña que tenemos que raele a este enfermo...Uno de los santos se fue al cementerio, pero, en vez de cortar al muerto la carne que pudiera necesitar, cortóle una de sus piernas y regresó con ella; amputó luego al enfermo la pierna que tenía dañada, colocó en su lugar la del moro, aplicó después un unguento al sitio en que hizo el injerto, y seguidamente los dos santos se fueron al cementerio con la pierna que habían amputado al sacristán y la dejaron en la sepultura del moro. Cuando el sacristán despertó, quedó extrañado al no sentir los dolores que habitualmente le aquejaban; palpóse la pierna que solía dolerle y, como al palparla no notara molestia alguna, encendió una candela y a la luz de ella advirtió que la pierna estaba completamente sana. Su asombro fue tan grande que llegó a sospechar que estaba soñando o que no era él en persona el que se hallaba acostado en aquel lecho...Loco de alegría saltó de la cama, despertó a sus familiares, les refirió lo que aquella noche había soñado y les mostró cómo lo que él creía un sueño había sido una realidad pues estaba completamente sano. Hecho público el suceso, algunas personas acudieron al cementerio, abrieron la tumba del moro y comprobaron que al cadáver le faltaba una de las piernas y que junto al resto de su cuerpo se

hallaba la cancerosa que los santos habían amputado al sacristán».

Los Ejemplarios medievales, esos libros en los que, además de relatos de este tipo, se ofrecían normas éticas y de comportamiento, eran, por lo general, de dos tipos: los que narraban hechos aparentemente reales con un fin didáctico y ejemplar, y los que hablaban de los milagros de la Virgen sanando a enfermos o resucitando muertos, o de las vidas de santos con propósitos edificantes. Entre los segundos sólo mencionaré el caso de un monje cuya principal labor era enseñar a escribir a otros. Tras conseguir que un discípulo casi escribiese como él, es raptado y llevado a Persia. Allí, por su bondad, es pronto apreciado y devuelto a su país, pero el discípulo, envidioso de su éxito basado en la humildad y sencillez, escribió una carta fingiendo la letra del monje en la que invitaba a los Persas a invadir el país. Llegada a manos del emperador, ordenó que se le juzgara y, a pesar de las sinceras protestas del monje, se le cortó la mano y se colgó en la iglesia donde oficiaba todos los días y veneraba a la Virgen. Por su devoción, la Virgen le colocó la mano en su lugar, «ca el que fizo al homme de la nada, te puede restituir la mano».

Casos similares y abundantes tienen las Cantigas en Loor de Santa María pero acabaré ya los ejemplos iconográficos representados en los no-libros, no sin antes mencionar el de la patrona de los médicos, la Virgen del Perpetuo Socorro, después de su restauración. La tabla fue custodiada primero por los agustinos y después por los redentoristas hasta nuestros días por ser un icono al que se asignaban innumerables milagros. En la tabla, cuya imagen original se atribuyó legendariamente a San Lucas y cuya copia se debe a algún artista del siglo XIV, aparece la Virgen con el Niño entre los arcángeles San Miguel y San Gabriel que sostienen algunos de los símbolos de la Pasión, denominados genéricamente *arma Christi*. Estas armas o símbolos son la cruz, la corona de espinas, los clavos, los látigos de la flagelación, la lanza, la esponja con vinagre, los dados que usaron los soldados para

sortear sus vestiduras, el martillo, las tenazas, la escalera, la columna, la mano haciendo la higa (o sea insultando), el gallo de San Pedro, las tijeras o el cuchillo de la circuncisión, el tarro de unguento de María Magdalena, la jofaina y la toalla con la que Cristo secó los pies de sus discípulos antes de la cena, el asno de Jerusalén, las palmas, el pan, las uvas, las manos dispuestas para orar, las 30 monedas de la traición, el beso de Judas, el velo del templo, el sepulcro, la copa de donde Cristo bebió en la última cena que después algunas leyendas piadosas colocan en manos de José de Arimatea para recoger la sangre del costado del Salvador y que finalmente origina la saga del Santo Grial...

La hagiografía fue siempre generosa en mencionar santos cuyas existencias tenían que ver de alguna manera con la enfermedad o el sufrimiento, pero también en describir milagros y acciones de las que devolvían la vida, el máspreciado bien, por cuya razón el santo o la santa recibía, a partir de ese instante, el encargo de proteger contra determinado padecimiento.

Esto de los papeles con milagrosas cualidades me recuerda también el Responsorio de San Antonio. Con este responsorio y un padrenuestro conseguía mi madre las maravillas más insospechadas, desde que apareciera algún objeto que se había perdido por la casa, hasta que la salud, escondida temporalmente por alguna enfermedad, volviera a nuestro hogar con renovada fuerza.

Algunos lunarios o almanaques, como el de Jerónimo Cortés, contribuyeron, tanto como los ciegos vendiendo sus papeles y pliegos, a extender y avalar esta devoción a San Antonio de Padua. Veamos lo que escribe Cortés acerca del santo: «Consejo saludable y digno de ser tomado de cualquier pecho cristiano. Siempre que se perdiere alguna cosa, o los astros denotaren ser una enfermedad peligrosa, larga o mortal, será cosa muy acertada acudir a Dios y a sus santos, pues es cierto que pueden reprimir las influencias celestes y dar traza y orden de cómo se hallan las cosas perdidas y hurtadas, como muchísimas veces lo ha hecho el bienaventurado San

Antonio de Padua con todos aquellos que con fe y confianza se lo han pedido por medio del verso siguiente». Y copia el «*Si quaeris miracula...*» de San Buenaventura, o sea el famoso y tantas veces recitado o cantado «si buscas milagros mira, muerte y error desterrados, miseria y demonio huidos, leprosos y enfermos sanos; el mar sosiega su ira, redímense encarcelados, miembros y bienes perdidos recobran mozos y ancianos...», etc. Para remachar la eficacia de estas oraciones, Cortés trae a colación el caso de una señora valenciana a quien se le detectó un cáncer. Tras hacer una novena al santo y quedar sana y libre de la enfermedad, escuchó decir a cierto predicador que muchas veces los trabajos, desgracias y enfermedades eran ocasión a muchos cristianos de ganar el cielo. Movida por esta consideración, se puso a hacer de nuevo la novena suplicando al santo que, «si la enfermedad que le había quitado había de ser ocasión de ganar ella el cielo, se la devolviese; y acabada su petición, la tornó el mal de cáncer que antes tenía y a pocos días murió».

Cuando mi madre nos veía inquietos nos decía: «Hijo, para quieto ya, que parece que tienes el baile de San Vito». El chorea Sancti Viti de Senerto, conocido por algunos autores con el nombre de *Enthusiasmus* y por otros con la expresión de *Saltus Valentini* o *Saltus Viti*, era una especie de tarantismo, llamado por el doctor Cid en el siglo XVIII tarantismo entaneasmo. Francisco Xavier Cid, médico toledano, publicó en 1787 un tratado titulado *Tarantismo observado en España con que se prueba el de la Pulla, dudado de algunos y tratado de otros de fabuloso, y memorias para escribir la historia del insecto llamado tarántula, efectos de su veneno en el cuerpo humano y curación por la música con el modo de obrar de ésta y su aplicación como remedio a varias enfermedades*.

El doctor Cid da un repaso a las afecciones o enfermedades similares al tarantismo y que pueden confundirse con él y escribe: «También hay tarantismo fingido, llamado por Baglivio, *Carnevaletto delle donne*. La clorose o afección clorótica en opinión del dicho escritor parece

que también le causa. Si es así, se podrá con bastante propiedad llamar *Tarantismus cloroticus*. Acomete más comúnmente a las mujeres y las obliga a saltar y danzar hasta no poder más...» A continuación reproducía una colección de melodías de tarantelas, colocando en primer lugar la de un ciego de Almagro, llamado Recuero, cuya ejecución al violín producía unos efectos curativos mucho más sorprendentes y rápidos que cualquiera de las otras.

En casa, y probablemente aprendido de mi abuela, mi madre cantaba muchas veces la canción de «La tarántula», de la zarzuela «María la tempranica», debida a la inspiración de Federico Moreno Torroba. La tarántula es un arácnido acerca del cual se han escrito multitud de fábulas. Su mordedura provocaba el mencionado tarantismo, término con que se definían los movimientos que acometían a los afectados por la inoculación del veneno de la araña úvea. La misma palabra se aplicaba también a toda enfermedad que se manifestase con saltos, brinco o cualquier movimiento convulsivo, como el mencionado baile de San Vito que mi madre nos endilgaba, y que era una convulsión neurológica producida por la corea de Huntington o por la corea de Sydenham. A San Vito se le relaciona con esta dolencia por haber curado de un ataque epiléptico, según su leyenda, a un hijo del emperador Diocleciano que le pagó mandándolo matar, aunque otras versiones atribuyen la relación a las violentas convulsiones del niño cuando lo estaban martirizando.

Mi madre nos dio el pecho hasta que la lactancia se hizo innecesaria. Tal vez por eso guardaba también una estampita de Santa Águeda. La observación de las dolencias del pecho en la mujer es bien antigua y la certeza de que algunos síntomas como la retracción del pezón eran signos de malignidad ya la tuvo Leónidas de Alejandría. Aecio de Mesopotamia descubrió la posibilidad de que un tumor pudiera desplazarse a la cavidad axilar. Hasta la época de Pablo de Egipto, en el siglo VII, no se impuso la solución quirúrgica, aunque los medios usados, como puede suponerse, no eran los más adecuados y seguía

utilizándose la adormidera como calmante. Por todo ello tal vez, la solución a los problemas del pecho, aunque fuese más virtual y basada en las creencias religiosas, era la de encomendarse a Santa Águeda, cuya historia recogió Santiago de Vorágine en su recurrente *Leyenda dorada*.

Ágata o Águeda, hija de un noble de Catania sufrió tortura y todo tipo de humillaciones por parte del cónsul de Sicilia Quintiliano, quien no dudó en someter a la joven a innumerables malos tratos hasta llegar al hecho que define a la santa como protectora de los males en el pecho de la mujer. Escribe Vorágine: «Quintiliano mandó a sus esbirros que laceraran a la joven en uno de sus pechos y que luego, para aumentar y prolongar su sufrimiento se lo arrancaran lentamente». Tras la extirpación, Quintiliano ordena que la encierren sin alimento y sin cura, prohibiendo terminantemente que ningún médico accediera a la cárcel. Águeda recibe la visita nocturna de un anciano quien, bajo la excusa de que conocía la forma de curar los pechos le pide a la joven que se los enseñe. Ésta se resiste y alega que tiene a su disposición el poder de Jesucristo que con una sola palabra restaurará lo dañado. En ese momento el anciano se descubre como un apóstol enviado por Cristo, en concreto San Pedro, y le sana, retirándose después en medio de un gran resplandor.

Quintiliano insiste en su maligno propósito pocos días después al ver que Águeda está curada y pretende quemarla viva, aunque al intentarlo se produce un terrible terremoto y posteriormente un levantamiento popular a favor de la joven que disuade de nuevo al tirano y Águeda es devuelta a la prisión donde ruega a Dios que la lleve de la tierra al cielo. Al morir es acompañada por un cortejo de jóvenes bellísimos que aportan una lápida para poner sobre su tumba. En la lápida se leía la inscripción «*Mentem sanctam, spontaneam, honorem Deo et patriae liberationem*», lo cual quiere decir «tuvo un alma santa; se consagró al Señor decididamente; dio honor a Dios y alcanzó el premio de la vida eterna».

Al menos aquí en la tierra se la recuerda el día 5 de febrero y este último epitafio aparece

desde hace siglos en numerosas campanas que están dedicadas a ella. Muchos santos acompañan a Santa Águeda como benefactores de las madres en período de lactancia, como san Marmerto, san Mamés, san Mamilo o san Mamante en Italia, aunque ninguno alcanza la veneración y el entusiasmo que despierta Santa Águeda, con cuyo efecto milagroso se relacionan unos pequeños panecillos en forma de teta que se hornean y se venden todavía hoy a comienzos de febrero en algunos lugares de España.

Recordaré de paso esos exvotos o amuletos que uno podía encontrar hasta hace muy poco tiempo en la mayoría de los camarines o sacristías de iglesias y ermitas españolas, que solían hacerse de cera o metal para agradecer la curación de un miembro del cuerpo o la sanación de un cáncer. Uno de los médicos que más escribió acerca de la tradición, Antonio Castillo de Lucas, recordaba en su obra *Folkmedicina* que quienes ofrecían tales exvotos solían ser gentes crédulas que consideraban al cáncer de mama como un bicho con patas y raíces que corroía el organismo. Para tratarle, se echaba mano de dos métodos, uno, por decirlo así, mágico y el otro contemporizador. Para el primero, se recurría a ensalmos como aquél, largo y esotérico que había de recitarse durante nueve días, que comenzaba:

Tres hombres santos van
por un camino adelante
a Jesucristo encontraron:
Hombres santos ¿qué buscáis?

Fuimos al monte Calvario
por hierbas para bendecir
úlceras, cirros y cánceres...

Y continúa Castillo de Lucas: «El cáncer de mama, escirro o zaratán, por ser la neoplasia más externa y palpable que el vulgo conoce mejor, en principio se trata con parches y remedios caseros de emplastos y cataplasmas, confundándose la pequeña tumoración incipiente con las mastitis crónicas, residuales de mastitis puerperales; la evolución espontánea es la ul-

ceración, tomando después el terrible aspecto de la carne corroída por el bicho canceroso... A Santa Águeda se encomiendan las mujeres que padecen zaratanes y «pelos en el pecho» (mastitis puerperales) y como recuerdo de gratitud ofrecen con sus oraciones un exvoto. En Madrid consérvase el recuerdo de este culto por una calle, llamada de Santa Águeda, situada frente a la sala de los Zaratanes, del antiguo hospital de San Antón, hoy Escuelas Pías de este Santo Abad». Y concluye: «Métodos contemporizadores podríamos decir que son los que tratan de aplacar los dolores con emplastos de hierbas; muy afamada es en Galicia con este fin la planta «aguyeira». Para que el bicho no corroa los tejidos del enfermo, se coloca todos los días sobre la superficie ulcerada un trozo de carne cruda para que este supuesto animal se alimente». Castillo de Lucas se refiere a una planta geraniácea llamada pie de paloma que en algunos lugares se confunde con la planta de San Roberto o «herba de agulla», excelente según la tradición para soldar heridas frescas o encorar llagas antiguas.

A propósito del tema de los pechos recordaré que durante muchos años existió en algunos pueblos de Castilla el oficio denominado del «mamador», que consistía en que un individuo, con evidente facilidad y supongo que escasos escrúpulos, se dedicaba a mamar de los pechos de las mujeres que tenían algún obstáculo para la salida de la leche, acumulada en los conductos lactíferos. No siempre era efectiva la operación, sin embargo, dependiendo del tipo de afección o de quiste el éxito del famoso «mamador» quien compartía sus actividades, sobre todo después de la guerra civil, con otros oficios raros como el lañador o el saborero, poniendo grapas a los cacharros de barro el primero y metiendo el segundo el hueso del jamón en las ollas que sacaban las amas de casa a la puerta de la calle.

Otra solución al problema de los pechos hinchados o tumefactos por la leche eran los ungüentos, del tipo del que ya aparece como receta maravillosa en el *Libro de remedios de*

San Anselmo, del siglo xvii, con la siguiente fórmula: «Tomad medio litro de vino blanco bueno, una libra de miel y doce yemas de huevos; cocedlo todo a fuego lento hasta que se consuma el vino, a continuación echad esta masa en una olla de barro vidriada, bien tapada. Esta mezcla se aplicará sobre el mal, mañana y tarde, en estopas bien calientes con hojas de berzas rojas, aplicándolo hasta que supure el tumor y desaparezca el mal».

Todas estas fórmulas, tenidas por buenas porque en realidad no causaban daño alguno, se acumulaban a la gran cantidad de supersticiones que llegaban de edades pretéritas sin haber sido filtradas o alteradas por la reflexión. Mi madre, para los orzuelos, por ejemplo, nos ponía un emplasto de leche y pan. En el caso de las recién paridas, para que la leche bajara bien se decían unas oraciones tres veces al día pero nunca en día lluvioso porque de otro modo la leche saldría poco nutritiva o aguada. Si al niño le empezaba a sentar mal la leche, la madre le colocaba para darle el pecho de forma que su cuerpo y el del infante formaran una especie de cruz; si se ahogaba al mamar se le colocaba a la cintura una cuerda con siete nudos; si vomitaba se le colgaba del cuello una llave de hierro o bien se metía esa misma llave en un plato de leche de animal, pero siempre que fuese una llave hueca; si el niño lloraba puntualmente a la misma hora se consideraba la posibilidad de que hubiese sido aojado por alguna mala persona con poderes y para remediar eso se obligaba a madre e hijo a llevar la correa de San Agustín, contra brujas y aojadores. Cuando se quería destetar al niño se le colocaba debajo de la cuna un huevo para que lo prefiriera como alimento y empezara a olvidar la leche materna. En otros casos se encendía un fuego con leña de higuera verde y allí se echaba la leche sobrante de la madre, con cuidado de no echarla fuera porque decían que donde se arrojara crecerían unos seres, mitad hombrecillos mitad bestias.

Precisamente, de todas las bestias terrestres era patrono San Antón, pero la razón por la que

en la iconografía popular aparecía frecuentemente con un cerdo o un jabalí a los pies, nos la explicaba Blas Antonio de Ceballos en una curiosa y vetusta obra titulada *Flores del yermo, pasmo de Egipto, asombro del mundo, sol del occidente, portento de la gracia: Vida y milagros del grande San Antonio Abad*, publicada en Madrid en 1779: «El poner a sus pies un animalillo de cerda se tiene por tradición antigua, y dicen que es para enseñar a los rústicos la urbanidad y devoción que deben tener con San Antonio, pues les enriquece curando sus ganados y preservando de la muerte a sus brutos. Por esta razón en el reino de Francia y en otras muchas partes crían en las pjaras un ceboncillo y le señalan con una campanilla, para que se conozca que está ofrecido al santo, y es tan grande la estimación y aprecio que hacen de ellos que si acaso por desgracia hurtan alguno sienten más su pérdida que si les faltasen otros muchos».

La Orden de los antonianos, muy antigua y muy vinculada a los principales caminos de peregrinación en Europa y Santos lugares, tuvo una Encomienda mayor en Castrogeriz y casas en Salamanca, Medina del Campo, Toro, Benavente, Segovia y Valladolid, sólo por mencionar algunas. La Orden funcionó como tal desde que Honorio III la confirmó como verdadera religión hasta que fue suprimida, al menos en España, por una Bula de Pío VI en 1787. La costumbre de que los demandaderos que pedían para sus hospitales llevasen la Tau en el pecho o una campanilla con la misma cruz, hizo muy populares durante la edad media a todos los hermanos de las casas de San Antón, que vestían hábito negro con la Tau azul en la parte delantera. Ellos se encargaron de popularizar en pueblos y ciudades (por sí mismos o por medio de la institución de cofradías) la costumbre de que un cerdo, con la campanilla señalada con la Tau tuviese el privilegio de poder entrar en cualquier corral durante todo el año, decidiéndose su suerte el 17 de enero, o bien por sorteo o bien adjudicándose al propietario del primer corral que visitase el marrano la mañana de ese día.

Los antonianos se habían especializado en atender a enfermos de peste, de lepra y otras enfermedades, pero principalmente a los enfermos de ergotismo, también llamado fuego sacro (*sacer ignis*) o fuego de San Antón, que sobrevinía por ingerir el ergot o cornezuelo, toxina que contaminaba el centeno y a veces también el trigo y la cebada. Esta fue la razón por la que se popularizó la costumbre de ofrecer al santo el peso de los hijos en harina o en pan, para evitar que les afectase esa enfermedad, que se traducía en alucinaciones, temblores y muy frecuentemente en gangrena por la necrosis de los tejidos. De ahí derivó la tradición de hacer panecillos antropomorfos de cebada, centeno o trigo que vinieron a denominarse finalmente panecillos de San Antón.

Durante toda nuestra infancia, y cuando se acercaba la Navidad, aparecía de la noche a la mañana y en algún emplazamiento estratégico un corralito, en el que unos cuantos cochinos llamaban la atención de los viandantes con sus gruñidos para que compraran unas papeletas o vales cuyo número, en caso de resultar premiado, podría hacerlos propietarios de alguno de sus suculentos jamones. En realidad, para los tiempos que corrían y la escasez reinante, aquellos jamones eran un lujo. Si alguna vez nuestros padres nos llevaban a la feria o se organizaba en el pueblo o en el barrio alguna otra rifa, el consabido «vale» venía siempre acompañado por el nombre del regalo correspondiente, cosa que nos llenaba de ilusión o excitaba nuestra fantasía hasta que veíamos en qué consistía el premio: «Vale por una botella de anís» (se alegraba nuestro padre), «vale por una muñeca» (se alegraba nuestra madre), «vale por una sortija de oro» (excuso la rima y el valor real del anillo), «vale por un mono de peluche»... En fin, para qué seguir.

Todos los regalitos tenían algún defecto a nuestros ojos y eso mismo parecía augurar una reprimenda, porque cuando el señor de la caseta decía que nos había tocado y nosotros poníamos cara de circunstancias se empezaba a liar la cosa. Con el micrófono abierto se ofrecía gene-

rosamente a cambiarnos la papeleta premiada por otra mejor, pero eso llevaba aparejado que nuestro padre «tirara» de nuevo y aportara otra peseta: «Aporta inferis», debía decir él (que también sabía un poco de latín de su época del Instituto), y ya, cuando estábamos tan vencidos y decepcionados que se nos paralizaba el gesto y la palabra, llegaba la bronca: «Pero ¡coño! ¿te quieres decidir de una vez? ¿No? Pues a casa...» En fin, ahí comenzamos a percibir que no todos los vales valían lo mismo y que la palabra podía significar más cosas y no todas relacionadas con la educación.

La confirmación me llegó la primera vez que fui al Rastro madrileño y me encontré con una señora de mediana edad, de porte indefinido, de rostro embadurnado, de conducta ambigua —añadiría yo ahora—, que me presentaba un «vale» en el que estaba escrito: «¿Quiere usted ser mi pareja?» y debajo, a un lado y otro de una raya vertical por la que tú debías rasgar el cartoncillo, un SI o un NO escueto y rotundo, de aquellos que enseñaba Cristo y que debías elegir en ese momento según te lo pidiera el cuerpo, ateniéndote después a las consecuencias de tu acto. Bien pronto pude comprobar que en Madrid casi todo era así, la ley de la oferta y la demanda, y que en los grandes comercios, en los almacenes que se preciaran, se canjeaban productos ya adquiridos, pero que uno había querido devolver infructuosamente, por «vales» o se ofrecían papeletas de descuento, que también se llamaban «vales», si hacías una compra importante. «Tanto tienes, tanto vales», decía el antiguo refrán, y parecía que, en efecto, te atendían mejor si ibas con la cartera por delante, pero yo, a pesar de todo, seguía pensando en los vales de mi niñez, más cercanos a los patrones ortodoxos de conducta que a la bolsa.

Probablemente no sea tampoco éste el lugar adecuado para recordar cuánto y en qué forma ha influido la «modernidad» —vocablo cada vez más confuso y controvertido— en el bagaje cultural con que el ser humano ha atravesado la barrera del tercer milenio. Pero lo voy a hacer, mencionando además que esa cultura,

cuyo conjunto de conocimientos tenía un uso práctico hasta tiempos recientes y acompañaba al individuo durante su existencia, se ha convertido en un simple aditamento, más útil para poder participar en un concurso de televisión que para poder aplicarlo en la vida diaria o integrarlo en nuestra formación o en nuestra educación. La consecuencia de todo ello ha sido la pérdida irremediable de una sabiduría popular cuyo empleo estaba sancionado por la costumbre y era patrimonio de todos, aunque su cuidado y entrega estuviesen siempre en manos de la gente de más edad y experiencia.

Pues bien, pese a la pérdida y desaparición de ese amplísimo repertorio de consejos o soluciones adecuadas para cada situación, cuyas fórmulas nos llegaban de la boca de nuestras madres en forma de refranes, dichos, cuentos o canciones, sería difícil encontrar hoy a una persona en cuya existencia no hubiese aparecido en alguna ocasión una expresión popular, una práctica consuetudinaria o una creencia imposible de demostrar con la razón. Son incontables las veces en las que he tenido que escuchar cómo un profesional de la medicina, y por tanto de la salud, tenía que enfrentarse, salvaguardado por su formación científica, con el misterio o la paradoja de unos conocimientos que el propio enfermo usaba o proponía sin haber contrastado o sin haber pasado por el tamiz de una mínima reflexión. Son innumerables las fuentes a partir de las cuales todas aquellas creencias llegaron a convertirse en norma e incluso en norma inapelable por la autoridad que confiere a algo el hecho de ser inexplicable; bueno, no siempre inexplicable: en casa, mi padre se hacía servir después de comer una copa de anís para tener una buena digestión sin pararse a pensar que era un carminativo que aceleraba el proceso digestivo (a veces lo ayudaba artificialmente con unas pastillas que se llamaban «digestinas») e impedía la formación de gases; mi madre aplicaba un poco de barro sobre una picadura de avispa porque lo había visto hacer siempre a su madre, o nos ponía una llave fría sobre un orzuelo —además del emplasto mencionado— porque decía que se bajaba la hinchazón y des-

aparecía el dolor... Estas y mil soluciones más —algunas acertadas y otras difícilmente justificables— se hacían naturales en la educación de una persona, sobre todo si había vivido en el medio rural, donde todos esos remedios parecían tener una lógica y un acomodo natural.

Tratando de buscar el origen de tales creencias, siempre observé que eran cuatro las fuentes originales, a las que habría que acudir siguiendo el orden que probablemente tuvieron en el proceso del pensamiento humano: el firmamento y los astros, la naturaleza, la magia y la religión. Respecto al primero, es decir el firmamento y los astros, habría que recordar que, a partir del siglo *xvi* proliferaron numerosísimas impresiones de los libros llamados almanaques, lunarios o reportorios de los tiempos, en los que, tras la reforma del calendario por Gregorio XIII en 1582, se ponían al día todos los conocimientos provechosos y útiles para el ser humano provenientes de diversas civilizaciones: las causas del tiempo y su medida, las fiestas y su cómputo, la historia y cosas notables sucedidas en el mundo, y las señales de la atmósfera, cuya variación o alteración tenía influencia sobre los llamados días judiciales y, principalmente, sobre la aplicación exitosa de las medicinas. Rodrigo Zamorano escribió que la crisis, «según Galeano, es una vehemente y súbita mudanza que se hace en las enfermedades, mediante la cual el paciente camina a la salud o a la muerte. Y porque los médicos por esta mudanza juzgan el fin que tendrá la enfermedad, la nombraron crisis, que quiere decir juicio: de *crino*, verbo griego que significa juzgar, deliberar o discernir. O porque la naturaleza juzga y da muestras de buen o mal suceso declinando hacia la salud o muerte. O porque de las señales que ella muestra juzga el buen médico el suceso que se espera de la dolencia...» Zamorano aprovechaba la circunstancia para comparar el cuerpo humano con una ciudad bien ordenada «donde la virtud o natura es el rey, la enfermedad un tirano que contra él se levanta y la crisis es la contienda y batalla que entre los dos pasa».

Otro astrónomo que ya mencioné antes, Jerónimo Cortés, cuyo lunario se publicó en innumerables ediciones desde el siglo *xvi* al *xx*, llamó a los días judiciales «caniculares» y escribía que «la común opinión de los astrólogos y médicos expertos es que los días caniculares duran por espacio de cuarenta días, que es lo que se detiene el sol desde que nace con la canícula hasta que acaba de pasar toda la imagen del signo del león. Este espacio de tiempo y días caniculares son tan fuertes y perniciosos que Hipócrates vino a decir y aconsejar a los médicos no diesen medicina alguna a los enfermos en dicho tiempo». En efecto, Hipócrates, en el libro de la epidemia, desaconsejaba los cauterios y las incisiones en los miembros y pedía que se guardaran esas mismas reglas en los dos solsticios y equinoccios, añadiendo que eran de tanta importancia estas consideraciones astrológicas para la medicina, que no debía de haber médico que no fuese astrólogo. La sangría, por ejemplo, uno de los remedios más usados durante siglos para aliviar numerosas dolencias, no se podía aplicar en determinadas circunstancias. Tolomeo lo veía peligroso e incluso temerario si la luna estaba con el signo predominante. Avicena creía necesario observar cuatro circunstancias: el tiempo, la edad, la costumbre y la naturaleza del paciente. Así mismo distinguía dos tipos de horas para su aplicación, a las que llamaba hora de elección y hora de necesidad. La primera, debía de ser una hora caliente, es decir después de haber salido el sol o después de la digestión y expelidas las superfluidades. La segunda venía motivada por una enfermedad urgente, como fiebre aguda, esquinencia, frenesí o apoplejía, que no admitían prórrogas ni consideraciones astronómicas. Antonio Castillo de Lucas transcribe en su Refranerillo supersticioso unos versos en los que se atribuye a la luna la máxima influencia sobre la naturaleza humana y de los animales, de ahí la denominación de «lunáticos» dada a los que cambiaban el carácter según las fases lunares o la creencia de que dichas fases agudizaban las crisis epilépticas:

No dio sangría Galeno
en conjunción cuarto lleno
ni estando luna en león
ni en el signo de escorpión.

Estas y otras consideraciones por el estilo provienen de la propia experiencia o de la que se fue acumulando en libros como el mencionado lunario de Jerónimo Cortés, quien recomienda taxativamente que no se tomen purgas estando la luna en signos que dominan como Aries, Tauro y Capricornio, porque se vomitan y no se pueden retener en el estómago, y continúa diciendo: «Siempre que la luna se hallase en signos ácueos, hará buen efecto la purga. Pero adviértase que si la purga fuese bebida conviene que la luna esté en escorpión, y si fuese bocado o lectuario la luna debe estar en Cáncer. Y si fuesen píldoras en Piscis: y de esta manera los efectos saldrán muy buenos y salutíferos». Cortés termina el capítulo dando una tabla de purgas y sangrías para saber cuándo convendrá aplicarlas y cuándo no.

Nicolás Florentino confería también gran importancia a la luna aunque se curaba en salud haciendo la salvedad de que «aunque la luna señale e influya una cosa, Dios nuestro señor puede, y está en su mano ordenar, otra muy diferente, y que no pocas veces por yerro de los médicos, por algún desorden de los enfermos o por otras causas, se hace mortal la enfermedad que de suyo no lo fuera». Pese a tales vaguedades —o tal vez precisamente por ellas— estos libros tuvieron un éxito notabilísimo, sobre todo entre los que quedaban vivos y podían contarlos, resultando del todo imposible a los muertos hablar en contra de sus efectos.

La segunda fuente en la que los antiguos basaban las alternativas de la salud y la enfermedad, era la naturaleza. Animales, vegetales y minerales estaban presentes en la génesis de las afecciones y en su resolución, cualquiera que ésta fuese. Por poner sólo algunos ejemplos, ya que el tema daría literatura para un tratado completo, mencionaré en el apartado de los animales dos casos muy conocidos.

El mochuelo y su tradicional canto estuvieron desde siempre relacionados con la muerte, por eso si se posaba sobre el tejado de una casa donde hubiese un enfermo, indicaba que moriría en breve plazo. Relacionado con esta creencia estaba el hecho de soñar con el ave en cuestión, lo cual pronosticaba malas noticias, o la antigua costumbre de comer carne de mochuelo como remedio para la debilidad. Hay un refrán que viene a poner en entredicho todas esas supersticiones y que dice: «Cuando la mochuela mía es de noche o es de día y cuando mía el mochuelo, está en alto o en el suelo». La frase hace referencia, no sólo a la movilidad y actividad de la coruja —que tan pronto está en un tejado como en la tierra— sino a la imposibilidad de extraer una conclusión cierta de la observación de su comportamiento, tan extraño y cambiante es. En su famoso *Sermón contra las supersticiones rurales*, Martín de Braga advertía contra la tendencia a creer en augurios de tal tipo: «La Sagrada Escritura dice, y es muy cierto, que los demonios no dejan de acometer a los desgraciados hombres por medio de las voces de las aves hasta que, a causa de naderías e inutilidades, pierden la fe en Cristo y se precipitan ellos mismos sin pensarlo en su propia muerte».

Con otro animalito, la carraleja —a la que los entomólogos denominan también aceitera o abadejo y que se nos aparecía como la Virgen a los pastores cada vez que hacíamos un hoyo un poco profundo en la arena de la finca—, con la aceitera, digo, se hacían ungüentos para eliminar las verrugas (de forma más sencilla y natural a nosotros nos las quitaba el barbero de Viana tirando a un pozo unos garbanzos y esperando quince días). Esta carraleja, de la familia de los meloideos, expelía, al tocarla o al pincharla el vientre, un líquido oleoso y amarillento, parecido al aceite, con el que se trataban muchas afecciones. Al contener cantaridina se utilizaba para las verrugas mencionadas, pero también para restaurar el apetito sexual, como diurético y como abortivo.

Acerca del uso de minerales en la medicina popular no sólo no hay duda sino que existe una gran tradición que ya se fija desde la Edad Media en libros y tratados como el *Lapidario* que manda reunir y traducir Alfonso X con todos los conocimientos sobre el tema acumulados en distintas culturas hasta su época. De la lectura de textos como el *Lapidario* se pueden extraer dos conclusiones básicas: el enorme repertorio de conocimientos teóricos que tenían los alquimistas anteriores al Renacimiento y el escaso nivel de la medicina práctica. Me remito a algunos ejemplos: al hablar el autor del *Lapidario* de la piedra que llaman ceraquiz, tras describirla y definir sus propiedades, concluye: «Tiene tal virtud que impide el parto de este modo: que si la ataren en cuero de cordero que sea degollado con cuchillo de acero fino, y la colgaren sobre la natura de la mujer, la estorbará que pueda parir de ningún modo, así que conviene que se la quiten al tiempo del parto, si no, por fuerza habrá la mujer de quebrar o morir». Hablando en otro lugar de la virtud de la piedra bedunaz, determina: «que si de ella molieren como un cuarto de dracma y la mezclaren con algún líquido y la metieren al leproso por las narices, sana a la primera vez, si la lepra no fuere tan fuerte que haya quitado algún miembro, pues esto no se puede recobrar por la virtud de la piedra». Finalmente, de otra piedra a la que llaman çulun, dice: «Cuando es quemada, hacen de ella medicina muy buena que retiene y enfría mucho y por tanto es buena para las postemas calientes, señaladamente para aquella que llaman carbunclo... Si la hacen polvos y los frotan sobre las encías sana las cavaduras que haya en ellas y también la comezón de la boca... Aún tiene otra virtud muy extraña: que si la molieren y la amasaren con vino e hicieren de ella como una bellota y la pusieren en la natura de la mujer, impídele empreñar».

Excuso hacer aclaraciones sobre esto, pero no quisiera acabar estos comentarios «lapidarios» sin mencionar algunas piedras con calificativo propio a las que se les atribuyen determinadas propiedades curativas o preventivas. La piedra de leche, por ejemplo, suele ser una pie-

dra de creta blanca o un pequeño hacha de sílex de aquellos usados en períodos prehistóricos, a los que se les aplicó después alguna virtud que perpetuara su valor; su principal cualidad era proporcionar una lactancia sin problema a madres y recién nacidos. La piedra del rayo libraba de las exhalaciones y por eso la llevaban los pastores en sus zurrones; la creencia era que el rayo, al caer en la tierra, se sepultaba profundamente y tardaba siete años en aflorar en forma de piedra con propiedades extraordinarias. La piedra de Santa Casilda es un aragonito o carbonato de cal, eficaz contra los flujos. La piedra del águila, que es un nódulo de limonita, evitaba los abortos y favorecía el parto...

En honor a mi padre, selvático y estático como un hombre de musgo, haré mención de algunos árboles, arbustos y hierbas, usados tanto en cocimientos para bebedizos, como en aplicaciones tópicas en forma de emplastos o ungüentos. De épocas en que la dendrolatría o culto a los árboles entretenía a nuestros antepasados, proviene, probablemente la curiosa costumbre, descrita en numerosas encuestas etnográficas, de pasar a los niños quebrados por medio de un árbol hendido que formase una horquilla. Las especies preferidas solían ser roble, laurel, sauce o mimbrera. Lo importante es que la ceremonia se llevara a cabo la noche de San Juan, que las ramas del árbol formasen arco o uve y que asistiesen los padrinos; su función era, una vez terminada la operación, atar las ramas entre las que había pasado el niño para que se secasen al cabo de un tiempo. Cuando tal cosa sucedía, el niño se curaba.

En lo que respecta al uso del mundo vegetal en la medicina, no estará de más mencionar tratados antiguos como el escrito por Pedacio Dioscórides que anotó, amplió y comentó el doctor segoviano Andrés Laguna en 1555. Laguna fue un humanista y ferviente defensor de la figura de Galeno y, si bien fue acusado en su época de viajar demasiado y olvidar la práctica de la medicina, su notable trabajo como farmacólogo ha llegado hasta hoy en sucesivas reediciones. Pese a participar, al igual que Rodrigo

Zamorano, de una educación tradicional salpicada de supersticiones, consejas y patrañas, Laguna pide a Dios perdón por sus errores y se encomienda definitivamente a la ciencia. Supongo yo que Dios le habrá perdonado.

En fin, volviendo a las fórmulas de aplicación de bebedizos y pomadas hechos con la raíz, la corteza o las hojas de determinadas especies del mundo vegetal, no me resisto a mencionar los consejos de Avicena traducidos por Jerónimo Cortés. Partiendo de unos versos latinos que encabezan los corolarios, Cortés alaba, poniéndolo en boca del sabio, la raíz del tomillo para quitar el dolor de encías y dientes y mantenerlos limpios, el uso de la ruda para lavarse los ojos y ver mejor, la prudencia en la administración de la sal en las comidas, lo oportuno de tomar alguna nuez después de comer pescado, la conveniencia de comer pan con la masa bien leudada, bien cocido y después de haber esperado a que se enfríe, los beneficios del vino tomado con moderación, la siesta sin llegar al sueño pesado y un ligero paseo tras la cena, lo indicado de los cocimientos de hinojo, verbena, celidonia y rosa, la bondad del grano de mostaza cogido en luna menguante porque —escribe— «purga la cabeza y con su mordacidad hace estornudar y saltar las lágrimas y destilar la reuma por las narices», además de desopilar el hígado y el bazo, curar la tiña, la perlesía, ayudar a la digestión y deshacer las arenas y piedras de la vejiga... Termina bendiciendo a la salvia (*cur moriatur homo, cui salvia crescit in horto?*, ¿Cómo se puede morir un hombre al que le crece la salvia en su huerto?) y recomendando la hierbabuena para las lombrices, contra la mordedura de perro rabioso y de alacrán y como triaca de cualquier veneno. Todo ello entre la tradición, la costumbre, la experiencia, la magia y la superstición.

Esa misma magia y superstición, que había mencionado antes como otro de los motivos en los que se basaban los conocimientos tradicionales acerca de la salud y su cuidado, podrá estar apoyada en creencias sobrenaturales o naturales a las que se contrapondrán remedios

físicos o ensalmos. Hasta que Hipócrates vino a sustituir la magia por la medicina natural, el ya citado alunamiento o el fatalismo se imponían sin remedio, según la manera de pensar de los antiguos, para quienes un hada o la genética inevitable eran difícilmente combatibles. Acerca de esto escribía Castillo de Lucas: «No hay duda que la herencia somática (genotipo) influye en el temperamento; los clásicos distinguían la constitución y psicología de los biliosos o coléricos, atrabiliarios, sanguíneos y linfáticos, según el humor predominante; o la reacción endocrina y nerviosa de los modernos biotipólogos, en esquizoides y cicloides; mas también es cierto que el ambiente (fenotipo), por la educación y principios religiosos, modifica el carácter constitucional, prueba de ello es que en los altares hay asténicos, como San Francisco de Asís y pícnicos como Santo Tomás de Aquino; bien dice el refrán que «la sangre se hereda y la virtud se adquiere», es decir que las condiciones morales hay que esforzarse en conquistarlas, no así la constitución somática; acusa esta influencia ambiental este otro refrán: «cada uno es como Dios le ha hecho...y un poquito peor»; esto corre a cargo de nuestras culpas y no del fatalismo hereditario».

A pesar de todos estos razonamientos, el mal de ojo o el mal aire se siguen considerando afecciones que escapan al control del afectado y que le pueden llegar por la mala intención de alguien que le quiere dañar o por un efecto caprichoso del destino. En ambos casos el diagnóstico suele estar a cargo de alguien con poderes (saludador, agraciado, compostor, curandero) quien deduce la situación por la reacción de unas gotas de aceite echadas en un recipiente con agua o por las burbujas que se forman al agitar el líquido. La fórmula «dos te lo dieron (refiriéndose a los ojos), tres te lo quitarán, las tres personas de la Santísima Trinidad, que ellas podrán», era un conjuro aparentemente eficaz que se combinaba con sahumeros (que paliaban el efecto nocivo de la mala sangre o de la mala mirada transmitida) y si es que no habían dado antes resultado medidas profilácticas como la de llevar medias lunas colgadas,

la mano de Fátima, la pata del tejón, el coral, la higa o la mano de azabache. Otro mal, el llamado mal de la rosa, en este caso mucho más natural ya que se trataba de una hipoavitaminosis alimentaria, se trataba con un ensalmo y la imposición de manos: «Rosa maldita, ¿cómo fuiste aquí venida?, rosa mal fadada ¿cómo fuiste aquí llegada?: huye mal, al otro lado del mar, que Mengano no te puede pasar y donde yo pongo mis manos, Dios y la Virgen Sagrada pongan las suyas».

Hechos casuales o accidentes de orden fisiológico, como el estornudo o el zumbido de oídos, podían dar lugar a interpretaciones augurales o a fórmulas de adivinación. El mismo sentido preventivo tenían determinadas prohibiciones que se hacían a las embarazadas como la de no coser para evitar que se enrollara el cordón umbilical, o la de no pasar por encima ni por debajo de cuerdas para evitar que el niño saliera sin frenillo en la lengua, o la de no andar descalza para evitar que el niño salga herniado, o la de no comer fresas para que el niño no salga con manchas, la de abstenerse de liebre para que el niño no salga con labio leporino, etc., etc.

No siempre el estado de buena esperanza era pasivo. Un orzuelo, por ejemplo, podía salir por comer delante de una embarazada o por negarle un capricho, pero se podía uno liberar de él y transmitirlo poniendo un montón de ceniza en el dintel de una puerta para que pudiera ser pisado por otra persona. Aplicación más eficaz era el anillo de oro o la llave sobre el ojo y, usando un remedio más natural, un huevo recién puesto y colocado en el grano. Ya en el campo del curanderismo, haciendo nueve cruces sobre el orzuelo con un diente de ajo (también si el padre de la persona que lo tuviese comía ajo y echaba el aliento sobre el ojo afectado) o con una varita de acebo mojada en agua bendita. José Antonio Sánchez Pérez, en su obra sobre las *Supersticiones españolas*, incluye entre las más curiosas relacionadas con la superstición o la ignorancia, las siguientes: «El que quiera curarse de una indigestión no

tiene más que bajar una escalera tendido con la cabeza hacia abajo». Y continúa: «Uno de los experimentos de Física recreativa ha servido durante varios siglos como remedio para curar la insolación. La insolación, según la gente, se produce al meterse el sol en la cabeza y para sacarlo se llena un vaso de agua, se cubre con una servilleta de tejido tupido, se coloca invertido sobre la cabeza del enfermo, de modo que esté la servilleta entre el cabello y el vaso boca abajo; se coloca al enfermo al sol y al poco rato el agua empieza a hervir, lo cual es señal de que el sol le va saliendo de la cabeza. Es en realidad un fenómeno curioso ver cómo van entrando en el vaso burbujas de aire a medida que va saliendo el agua a través de la servilleta».

Por extraño que nos parezca, muchas de estas prescripciones no están tan lejanas de nuestro ámbito ni de nuestros tiempos. De ello se encargaron libros seudocientíficos del tipo del titulado *Libro nuevo que contiene botica general de remedios útiles y experimentados*, publicado por Santarén en Valladolid el año 1828 y que indica una solución para extraer una muela sin molestias; dice: «Para sacar una muela sin dolor. Toma un lagarto vivo, ponlo a tostar en una olla nueva dentro de un horno y lo harás polvos. Restrega con ellos la encía del quijar, diente o muela que doliere, ora esté dañada o no, y se ablandará la carne de tal manera que con los dedos, a muy poca fuerza, podrás sacar todos los dientes y muelas sin dolor». Ranas, sapos y lombrices también se utilizaban para frotar, una vez reducidos a polvo, las piezas dañadas. Por la dureza y por la misma razón mágica solía servir un cuerno de venado hecho limaduras o quemado en unas brasas.

Pero volvamos a las soluciones mágicas, que habíamos dejado en las que producían el efecto por frotación, siendo las más curiosas las que creen que conviene friccionar la pieza dolorida con el diente de un muerto, o, como recoge el Padre Azkue en el País Vasco, frotar el carrillo con pelos de grano de rosa silvestre. El ajo frotado también se ofrece como una buena solución (más por el ajo que por la friega, supongo),

pues este bulbo es uno de los remedios caseros más socorridos. De hecho en algunos lugares lo utilizaban para colocarlo en la muñeca (en «los pulsos», se decía) contraria al lado en el que se tenía el dolor de muelas. Algunos lo dejaban secar en el bolsillo esperando que se extinguiese el padecimiento; este sistema se hacía extensivo a otros objetos que iban desde el diente de un difunto, algún insecto, un puñado de nueces o castañas o una piedrecita, hasta una astilla de la imagen de Santa Apolonia, como sucedía en un pueblo de Guadalajara, donde la mitad posterior de la pobre efigie estaba desgastada por la costumbre de los devotos de arrancar trozos de madera de la talla. Masticar patata, ajo, obleas en vinagre o colocar cataplasmas de pan migado en leche o de harina de linaza eran otras soluciones peregrinas para el caso que nos ocupa.

En mi casa, y tal vez por influencia de mi padre que era muy exagerado, estaba prohibido comer pan recién salido del horno. Por consejo de mi madre, sin embargo, se mantuvo una costumbre que consistía en besar el pedazo de pan que, por accidente, caía de la mesa al suelo; en ese acto que nuestra madre nos obligaba a repetir cada vez que tal cosa sucedía, había tantos significados como uno quisiera buscar: respeto a la jerarquía, respeto al pasado, respeto al trabajo, respeto a la naturaleza transformada en alimento... Tal vez el hecho de que esa diversidad de significados se uniese en un solo producto provenía de que en su materia, tan cotidiana y tan fungible, estaban los secretos más antiguos de la vida del ser humano: su capacidad para influir en el entorno por medio de su trabajo, el descubrimiento de la fecundidad del terreno, su ambición por manipular las cosas con la ayuda de ingenios mecánicos, hasta su audacia al utilizar recursos transustanciándolos sin conocer ciertamente los principios que los modificaban, como sucedía cada vez que la masa leudaba o fermentaba por efecto de la levadura.

En casa y a diario preferíamos el pan francés, hecho con harina de trigo. Entre los tipos de tri-

go con los que se hizo habitualmente el pan en el pasado (duro, blando, sarraceno, siciliano, semolero, etc.) siempre estuvo en lugar preminente el trigo candeal, es decir ese tipo de *triticum* que después de triturado o trillado permitía extraer de su grano un pan blanco —cande, candidum, candeal— de ahí su nombre. Columela, en su imprescindible tratado sobre los trabajos del campo, advierte que todo trigo se puede convertir en candeal después de sembrarlo tres veces en un suelo húmedo, y tal vez por esa cualidad todos los tratadistas posteriores recomiendan ese tipo de trigo para el alimento de las personas que son húmedas, entendiendo por tales aquellas denominadas por la teoría de los humores «sanguíneas» y «flemáticas», o lo que vendría a ser lo mismo en nuestros tiempos actuales, esperanzadas pero tranquilas.

Recuerdo un romance de los llamados de cordel que llegué a grabar en un disco, en el que un poeta anónimo, con habilidad y conocimiento, hacía mención de los pasos por los que atravesaba el trigo hasta convertirse en alimento. No es extraño tampoco que muy frecuentemente el molino y el lagar fuesen alegorías de Jesucristo bien cercanas a la mentalidad popular ya que Cristo se dejaba molturar, triturar y transformar para salvarnos. La «Relación de los martirios del trigo» decía así:

Atención pido señores
 si me quieren escuchar:
 Las aventuras del trigo
 ahora las voy a explicar.
 Dice el trigo lamentando
 su vida triste y austera
 que nadie se acuerda de él
 hasta que no está en la mesa.
 —Apenas llega el otoño
 con piedra lipe me queman
 y con una pala hierro
 me dan millares de vueltas.

Después me hacen un montón
 y me echan en un costal
 y me llevan a la hoja
 y me entierran sin piedad.

Apenas que voy naciendo
 de nuevo otra vez me tapan
 y no tengo más amigos
 que el aire, el sol y la escarcha.

Así me paso el invierno,
 siempre estoy a flor de tierra
 y luego en el mes de marzo
 ya viene la primavera.

Las primaveras frondosas
 sale el sol y me calienta
 y me voy desarrollando
 como el junco en la ribera.

Luego pasa abril y mayo
 y voy echando la espiga
 y todos los pasajeros
 al pasar ellos me miran.

Aquí viene el mes de junio
 que es el mes de los tormentos:

Me cortan con una hoz
 y me tiran por el suelo.

Y todos me van pisando
 desde el más niño al más viejo
 y me hacen un montón
 con el sol en el cerebro.

Luego, cuando les parece,
 se presentan en un carro
 y con una horca de hierro
 arriba me van echando.

Y después todos me pisan
 y con una sogá atado
 me llevan para la era
 me tiran de arriba abajo.

Luego cuando les parece
me esparraman por la era
y me pasan una trilla
que corta como una sierra.

Después me hacen un montón
y me cortan como a un liendre
y me apartan de la paja:
Quedo solito e imberbe.

Me recogen en costales
me llevan a la panera
cuando a ellos les parece
me muelen entre dos piedras.

Después me llevan a casa
me meten en una artesa
y con agua bien caliente
por encima me la echan.

Luego me hacen un pan
y me llevan sobre el hombro
y sin tener compasión
me meten dentro del horno.

Después me sacan de allí
y me llevan para casa
y cuando estoy en la mesa
todos tiran de navajas.

Aquí terminan señores
Las aventuras del trigo
Para que sirvan de ejemplo
A las niñas y a los niños.

La alegoría del pan con el cuerpo torturado de Cristo no se quedaba en simples relaciones o coplas como ésta. Gonzalo de Correas recogió en su famoso Diccionario un refrán que rezaba: «Pan, cara de Dios», y la consideración del pan como algo celestial quedaba también expresada en la frase proverbial «pan de ángeles», que quería significar «algo muy lindo» o algo muy ligero y leve. Parece que la transustanciación de la harina en el cuerpo de Cristo daba al cereal una espiritualidad que aligeraba su peso.

Pero respetar al pan, darle besos si se caía de la mesa, considerarlo un alimento casi celestial no apeaba a mi padre de la creencia de que nos podía hacer daño si lo ingeríamos caliente.

Entre los muchos miedos que se nos transmitían en casa sin explicación estaba el de no bañarnos hasta que hubiesen transcurrido dos horas desde la última comida. También el peligro de una exposición prolongada o con la cabeza descubierta al sol podía producirnos insolaciones y fiebre. Sudar y luego ponernos a la sombra o beber agua demasiado fría era pecado mortal.

En la infancia estábamos deseando que pasaran esos años de prohibiciones y que llegara el momento en que, con otra perspectiva, mirásemos la vida sin temor. Nunca llegó ese momento, pero al menos se fueron diluyendo los deseos y sacrificando las ansias en las aras de una presunta autonomía. Autonomía personal y financiera también. Los miedos de mi padre se extendían a la vida de sus hijos e incluso a sus dedicaciones. Durante años estuvo tratando de convencerme de las bondades de un oficio seguro. Un oficio que reportara una retribución digna y una vida tranquila. Tampoco pude pedirle perdón por mi desvarío y por la cantidad de veces que le hice sufrir con mis decisiones, tan apartadas de sus ideas sobre la seguridad en nuestras existencias. A mí el miedo no me condicionaba: al fin y al cabo lo único que podía asustarnos era la muerte, y eso sería solo un momento y con el menor daño posible si teníamos un poco de suerte.

La relación con los últimos momentos de una vida nos llegaba a los pequeños paulatinamente, como queriendo acostumbrarnos a un tránsito que a todos nos alcanzaría y para el cual había que prepararse en cualquiera de los sentidos. Los fallecimientos de familiares conocidos y queridos iban poco a poco acercándonos a un hecho tan misterioso como inexorable. El primero que nos llegó fue el de mi madrina Antonia o Antonina, en 1952.



Antonina Pérez Gómez, mi madrina

Si alguna vez íbamos a Madrid la visita a nuestro abuelo Nicanor y a nuestra madrina se convertían en una ocasión excelente para andar por la capital. Entre la casa en la que vivía el abuelo Joaquín, en la Avenida de la Reina Victoria 30 —cerca de su trabajo en el Instituto Geográfico— y la casa del abuelo Nicanor, en Altamirano 40, había una media hora andando ligerito. Al llegar, siempre encontrábamos a Madrina trabajando a pesar de sus dificultades en manos y pies para cualquier tipo de movimiento o quehacer. Siempre también una sonrisa y un rostro comprensivos. Ahora me entero, al revolver los papeles de mi padre, que nos dejó 75.000 pesetas para cubrir los estudios de los tres hermanos.

Al fallecer mi abuelo Nicanor un año después, en 1953, mi padre y el tío Paco heredaron 500.000 pesetas de aquellas en valores, cédulas y obligaciones, también me entero ahora. ¡Tanto sufrir por el dinero y se lo llevó Pateta! La muerte de Nicanor fue algo casi esperado

después de morir su gran apoyo, su hijastra Antonina. Unos meses antes nos había visitado en la casa forestal del Pinar de Antequera donde pasábamos el verano —no había adquirido mi padre todavía el pinar de Viana—, y ya estaba muy deprimido y como presintiendo su final.



Mi hermano Germán y yo con nuestro abuelo Nicanor

Del abuelo Nicanor tengo un recuerdo indeleble: la canción de la Mulata Trinidad. Él había viajado de muy joven a La Habana donde llegó a tener, como tantos otros asturianos metidos en la aventura de las indias, un pequeño comercio que, si no recuerdo mal, se llamaba «La Ilusión». Ningún nombre mejor para un negocio en el que se necesitaba esa virtud por encima de todo. Mi abuelo, repito, me cantó innumerables veces en ese verano de 1952, cuando yo tenía 5 añitos —en unas siestas calurosas en el pinar vallisoletano— esa canción que, hasta hace pocos años me trajo evocaciones de un pasado colonial al que accedí más desde la leyenda y el relato imaginativo que desde la realidad. La canción, «La mulata Trinidad», le servía a mi abuelo para recalcar enfáticamente, desde el ritmo prosódico de aquella habanera —que en la opinión de algún crítico musical se bailaba sin querer—, para recalcar, digo, las desigualdades de la vida que a él se le habían vuelto intensidad y duración, como las sílabas del lenguaje que me estaba transmitiendo a través de sonidos. Creo que el argumento de la canción es conocido —al menos para los que ya tenemos una edad— pero aun así me arriesgaré a traer la letra para quien no la recuerde:

Paseaba una mañana /
por las calles de la Habana
por las calles de la Habana /
a morena Trinidad.

Entre dos la sujetaron /
y presa se la llevaron
y presa se la llevaron /
de orden de la autoridad.

La morena lloraba y decía: /
—Esta sí que es la gran picardía,
señor Juez no me trate tan duro /
que yo le aseguro que no he jecho ná (2).

Pero el juez que la escuchaba /
y en sus ojos se miraba
y en sus ojos se miraba /
sin poderlo remediar.

Le decía a la morena: /
—No te levanta la pena
no te levanta la pena /
la paz ni la caridad.

Porque sé que a robar corazones /
se dedican tus ojos gachones
y ellos son los que a ti te delatan /
y al verlos me matan y es pura verdad.

Y ella dice zalamera: /
—Yo le juro a su merced
que si pasa por mi vera /
los ojitos cerraré.

Y no pasó más. /
Y el cuento acabó
y el juez la absolvió /
condenando las costas y penas /
que él se las pagó...

La canción pertenecía —lo descubrí años más tarde— a una zarzuela titulada «El gorro frigio», de Félix Limendoux y Celso Lucio, con música del maestro Manuel Nieto, que se estre-

nó en el teatro de Eslava el 17 de Octubre de 1888 con un gran éxito.

El número de la morena Trinidad —la mulata Trinidad, decía mi abuelo, apuntándose al significado cariñoso que tenía en Cuba la palabra «mulata»— se interpretaba en tercer lugar y aparecía en la partitura como «Tango», aunque en realidad era una habanera, y ya desde las representaciones iniciales era bailado por su primera intérprete, Cándida Folgado, lo cual añadía al argumento un toque tan sicalíptico como quisiera la bayadera de turno. Manuel Nieto, el autor de la famosa melodía, quiso probablemente reflejar en la obra algunas de las tonadas y ritmos que estaban de moda en la época del estreno y recurrió a ese ritmo antillano, evocador y gachón (como decían en aquellas fechas), que obtuvo un éxito inmediato en un público receptivo entre el que se encontraba, desde luego, mi abuelo Nicanor.

Pero no se crea que estos recuerdos infantiles centrados en el tema de la mulata son únicos ni mucho menos peregrinos. Claudio Sánchez Albornoz, en un artículo publicado en *La Vanguardia* en 1981 que aparecería posteriormente en un libro hacía referencia a la memoria de su niñez y se centraba en esta habanera a la que denominaba «habanera prehistórica» definiéndola como un «fenómeno psíquico». Y escribía:

El fenómeno memorístico no es demasiado asombroso. En el cada vez mejor estudiado pero siempre misterioso cerebro humano existe, a lo que parece, un a modo de archivo en que se guardan remotísimos recuerdos de la niñez. En mi caso concreto parece que ese repositorio cerebral es muy rico en múltiples remembranzas. Naturalmente mi santa madre nunca cuidó de fijar en mi memoria ninguna de las piecillas o romances que yo recuerdo. Las tarareaba a su placer cuando dirigía las tareas hogareñas o nos cuidaba en nuestras enfermedades infantiles o cuando se ponía al piano, las más de las veces a ruego de su abuela. Jamás pudo sospechar alrededor de

1900 que ochenta y tantos años después, al otro lado del Atlántico, en la Argentina, mi maravillosa computadora cerebral iba a traerme íntegra a la memoria la habanera de otrora...

Y se extendía Sánchez Albornoz sobre la célebre habanera que había aprendido de su madre —tal vez condicionado por el entorno afectivo—, recomendando a sus lectores que abrieran el arca del pecho con la llave de la memoria.

Tampoco es ésta la única referencia literaria que he encontrado de la Morena Trinidad. García Lorca escribía en unos apuntes poéticos tras visitar Cuba en 1930:

La Habana surge entre cañaverales y ruidos de maracas, cornetas divinas y marimbas. ¿Y en el puerto, quién sale a recibirme? Sale la morena Trinidad de mi niñez, aquella que se paseaba por el muelle de La Habana.

Y Rafael Alberti, pocos años después, desde su poema «Cuba dentro de un piano» recordaba:

Cuando mi madre llevaba un sorbete de fresa por sombrero
y el humo de los barcos aún era humo de habanero.
Mulata vuelta bajera
Cádiz se adormecía entre fandangos y habaneras
y un lorito al piano quería hacer de tenor.
...dime dónde está la flor
que el hombre tanto venera.
Mi tío Antonio volvió con aire de insurrecto.
La Cabaña y el Príncipe soñaban por los patios del Puerto
(Ya no brilla la perla azul del mar de las Antillas
ya se apagó, se nos ha muerto)

Me encontré con la bella Trinidad
Cuba se había perdido y ahora era de verdad.

Era verdad

No era mentira.

Un cañonero huido llegó cantándolo en guajira.

«La Habana ya se perdió

Tuvo la culpa el dinero...»

Calló,

cayó el cañonero.

Pero después, pero ah, después

fue cuando al sí

le hicieron yes...

¿Qué tenía de evocador, de misterioso, ese tema o ese personaje para llamar la atención de tanta gente? La canción la popularizaron después, ya a través del disco, muchas cantantes, entre otras Lucrecia Arana —la esposa de Mariano Benlliure, el escultor— y Carmen Ruiz, que la grabó en La Habana para la casa Victor. También la cantó en distintos teatros y la bailó —Nieto indicaba al comienzo de la partitura que «la cantante baila»—, La Bella Chiquita, famosa por su polémica y disoluta danza del vientre... El periódico El Imparcial publicaba en 1893 la siguiente gacetilla acerca de ella:

Ahí la tienen Vds. otra vez dispuesta a arrostrar procesos y persecuciones de la justicia ya que no por la justicia. Dice que en su ausencia de Madrid ha sido suplantada por muchas falsas bellas chiquitas y que viene *pour eviter les contrefaçons* en lo sucesivo y para que quede bien demostrada la diferencia entre lo apócrifo y lo auténtico (...) Ha aprovechado su tournée por provincias para enriquecer españoleándolo su repertorio, que ha ampliado con la habanera del Gorro frigio, el tango de Certamen nacional y las seguidillas del Reverte y que canta con bastante sabor y su poquito de sentío pues aunque arrastra las erres y dice 'la morrena Trinidad'(...)

no deja de hacer cierta gracia esta guturalidad con que no contaron los autores de las canciones españolas (...) La empresa del Teatro Príncipe Alfonso hará reaparecer a la tan traída y tan llevada Diana Dunosse y sacará a lucir sus dotes físicas, líricas y bailables la Bella Chiquita, salvo lo que determine la Asociación de Padres de Familia.

Al día siguiente, el mismo periódico publicaba otra nota:

El cartel fijado por la empresa del Príncipe Alfonso rezaba que la Bella Chiquita cantará *couplets* franceses y españoles. Y en una tira puesta al pie del cartel se leía una súplica dirigida al público para que no pidiera baile alguno a la artista. A pesar de lo cual la concurrencia que llenó literalmente el local fue con la esperanza de ver la danza del vientre, suponiendo o una deficiencia de expresión en el anuncio o que en éste se sobreentendía la mímica unida al cante (...) Y apareció la artista con la misma tenue figura de la otra vez, sobradamente conocida merced a la fotografía y al celo de la Sociedad de padres de familia para que perdamos líneas y tiempo en su descripción. Los morenos acogieron con una salva de aplausos a la Bella. Y empezó ésta su trabajo con la consabida canción *Je suis la Bella Chiquita* y a poco comenzaron las muestras del desagrado del público al ver que el allegro era sin el *molto* o que si alguno había no era lo bastante *vivace*. Entre gritos de ¡que baile! ¡que baile! concluyó la artista y llamada por el público cantó la habanera de El gorro frigio, que adornó con algunos pasos tímidos de guaracha, y otra canción francesa de tan poco fuste como la primera y acompañada de relativa sobriedad de movimientos y éstos circunscritos a la parte superior del cuerpo. El público no se dio por satisfecho con el cambio y la gresca alcanzó proporciones colosales.



La Bella Chiquita en una publicidad de tabaco de la época

Durante media hora el escándalo fue mayúsculo. El salón presentaba un golpe de vista indescriptible. El estrépito iba en *crescendo* y una nube de pañuelos blancos se agitaba en el aire. Y el telón seguía corrido. Por fin alzóse la cortina y apareció tímidamente media docena de parejas de baile español, que, ante los ¡fuera! estentóreos y unánimes con que fue acogida, hubo de retirarse. Poco después se presentó la pareja principal, que también se retiró, atemorizada por la actitud del público, que seguía pidiendo La bayadera. Bajó el telón y volvió a subir, y en medio de la gritería y el bastoneo que ahogaban la voz de la orquesta, las partes principales del cuadro de baile dieron unas vueltas, hasta que un espectador saltó al escenario sin tener imitadores, por fortuna. Alguien de la empresa o algún delegado de la autoridad salió por las puertas laterales e hizo presa en el invasor. Y con esto

terminó el espectáculo coreográfico. El que no terminó fue el que se daba en la sala, que continuó hasta que la masa coral tuvo a bien dejarlo por cansancio, no sin que en el mobiliario quedaran abundantes muestras del calor y realidad con que había desempeñado su papel. Y sin más incidente que la detención de otro espectador por desacato, si no nos informamos mal, a un representante de la autoridad, tuvo fin tan entretenida diversión.

La cosa, al parecer, venía de antes: en mayo del mismo año 1893 había sido noticia un «lunch» ofrecido en el café de los Basilius, de la calle del Carbón, a la famosísima cupletista «La Bella Chiquita» (Diana Dunosse) que «cantó cuplés acompañados de movimientos de culebra, lo suficientemente honestos para no alarmar a los mojigatos pero también lo suficientemente expresivos para provocar el aplauso entusiasta»... Según la fama que le precedía «Era una bailarina antillana, de escultural figura, de cándido rostro e ingenua expresión, que ofrecía en el escenario el original espectáculo de una danza que movió en acción de protesta a la Asociación de Padres de Familia, y que las autoridades se vieron obligadas a prohibir por razones de moralidad y de orden público». Tal vez otras razones —nunca pude preguntárselas a mi abuelo— le llevarían a tratar de transmi-

tirnos sus sensaciones juveniles, pero tampoco descarto que fuera el recuerdo un tanto lúbrico de la Bella Chiquita.

Regreso a los recuerdos luctuosos: el tercer fallecimiento lamentable fue el de mi abuela Luciana. Su último viaje a Viana de Cega me había dejado un mal sabor de boca. Entre los planes que había propuesto la misma noche en que llegó estaba uno que me entusiasmaba: plantar con ella al día siguiente una huerta en un pequeño terreno arenoso que hacía claro en el pinar. Me acosté ilusionado y me levanté antes que de costumbre para ir a buscar a mi abuela. La encontré desayunando y me prometió que tan pronto como acabase iría a reunirse conmigo. Pasaron dos horas interminables esperando que llegase y harto de escabuchar regresé a casa enfadadísimo. Allí encontré a mi abuela charlando tranquilamente con mi madre. Tan molesto y contrariado estaba que ni siquiera pregunté si había sucedido algo imprevisto o es que se había olvidado de lo prometido. Tardé muchos años en reconsiderar aquel suceso y reconocer en él un caso de pérdida de memoria inmediata, tal vez un Alzheimer. Tras asimilarlo, escribí un cuento en homenaje a Luciana que titulé «La abuela de Julio César», donde explicaba en forma de relato para niños aquella decepción inesperada y su desenlace casi inmediato con el fallecimiento de mi abuela.



Abuelos y nietos en Getafe, con el perro «Manolete»

El cuarto suceso luctuoso, del que ya he hablado antes, fue la muerte del abuelo Joaquín. Al ocurrir, sospeché que me sobrevendría una depresión pues siempre estuve muy unido a él, de modo que en previsión de una mala temporada me confiné solo en la finca de Viana, confiando en que la ausencia de compañía y el frío me traerían una realidad medianamente asimilable en vez de una crisis personal.

A las crisis nunca se acostumbra uno, pero es bien cierto que a mí me habían preparado desde mucho tiempo antes. En cuanto tuve uso de razón, mis padres se sentaron a explicarme, tan paciente como cariñosamente, que había tenido la desgracia de nacer en tiempo de crisis: la guerra civil y la guerra mundial no sólo habían desquiciado a las personas y desbaratado sus hogares sino que habían tenido la culpa de la situación de estrechez en la que se encontraban tantas familias, así que la infancia me llegaba —inocente de mí— con unas perspectivas poco halagüeñas. Creo que entonces se me dio la primera oportunidad de decidir sobre la vida y el futuro. Podía aceptar con pesimismo la noticia y entregarme al desconsuelo o vivir con esperanza la escasez y soñar con que habrían de llegar tiempos mejores. Opté por la segunda posibilidad y puse en práctica la filosofía de aquel cuento que me contaba mi madre sobre el hombre que no tenía camisa y que, a pesar de todo, era feliz...

La alegría dura poco en casa del pobre, así que, trascurridos unos escasos años, ya tenía encima la crisis de la pubertad, esa carga de profundidad que le llega a todos los jóvenes y que, o les hunde definitivamente o les saca a la superficie. Como pude salí a flote y me dispuse a contemplar por el periscopio aquel mar de confusiones en el que nos había tocado flotar a nuestra generación: se acercaba la crisis de las ideologías que desembocaría en el 68, fecha que sería —por poner un ejemplo— tan inútil como la de 1212, aquella tan sencilla de aprender como digna de admirar en que la ilusión histórica se hizo carne en las Navas de Tolosa, según rezaban nuestros manuales. Aunque para

mucha gente el año de 1968 fue un hito, la realidad vino a demostrar que sólo sirvió para aliviar a muchos jóvenes del peso de su propio ser después de haber gritado hasta desgañitarnos que no nos gustaba lo que veíamos. Tenía más envidia y dificultad, sin embargo, la crisis de los valores de los últimos años del franquismo que casi se desarrollaba al mismo tiempo pero que habría de tener resultados más profundos, duraderos y negativos: un mal sueño nos había afectado a todos —derechas e izquierdas, jóvenes y viejos, listos y torpes— y en esa pesadilla sólo cabían dos palabras, futuro y progreso, ambas excluyentes de cualquier otro concepto y ambas sin alternativa posible. Es curioso que generaciones sucesivas argumentaran y propugnaran lo mismo (la huida hacia adelante) cuando su obligación era, como siempre lo fue, la de ponerse a discutir defendiendo puntos de vista antitéticos, costumbre tan antigua como práctica, ya que en esa tensión se formaba por un lado la personalidad de los jóvenes y se depuraban por el otro los errores de los mayores... Pero no. Si uno pensaba en el pasado era un iluso, si defendía siglos de sabiduría y experiencia era un nostálgico, si pretendía tomar posición frente a un desarrollo flamante e incontestable era tachado de insolidario, de desnortado y se le colgaba un «out» a modo de sambenito como si estuviera fuera de algún campo de juego y de espaldas a la realidad.



Los años siguientes me pillaron tratando de olvidar la muerte de mi abuelo en el campo, aquel que cantaba Virgilio en sus églogas. No hace falta decir que también allí había llegado aquel progreso devastador: los últimos labradores defendían su honor, su patrimonio y su hacienda con el empeño de un mohicano, pero, como los indios en la novela de James Fenimore Cooper, se habían quedado absolutamente solos y descabezados —sin alcaldes, sin curas, sin médicos, sin secretarios— y, seducidos por la modernidad, habían decidido invertir el dinero de las subvenciones en pisos ciudadanos para que sus hijos se fuesen a adquirir conocimientos inútiles y olvidaran para siempre las penalidades y los esfuerzos sobrehumanos entre los que se habían criado ellos mismos y sus antepasados. Esa crisis del medio rural me llevó a tomar partido por la sabiduría secular, pese a estar almacenada en cillas que ya empezaban a delatar humedades y grietas por doquier. En aquella situación de desamparo y de soledad, me llegó también la crisis personal. Todos los seres humanos la sufrimos alguna vez en la vida —ay de aquellos que dicen no padecerla ni la esperan— y me vino una depresión de las que te vuelven del revés. De aquella cárcel de la razón salí dolido pero experimentado. «Siempre positivo, nunca negativo», como diría el ilustre Van Gaal, apelé al sentido común, tan escaso como valioso, y sorteé como pude la siguiente crisis, la del ladrillo, esa locura colectiva que nos arrojaba a la gehena si no éramos propietarios de varios pisos y varios chalets en varias urbanizaciones...

Y en esas estábamos cuando parió la abuela, o sea cuando sobrevino la crisis mundial de la economía. Tanto sabio de las finanzas, tanto ejecutivo experimentado fue incapaz de prever o de tomar precauciones ante una hecatombe en la que los sacerdotes del poder nos sacrificaron como a despavoridos bueyes de cien en cien.

Pero no es esa la peor crisis. Como siempre, lo peor es carecer de capacidad para discernir. Eso sí que es una enfermedad peligrosa. Ya des-

de los tiempos de Hipócrates, o incluso antes, se hablaba de crisis como esa «vehemente y súbita mudanza que se producía en las enfermedades» (antes utilicé la frase), mediante la cual el paciente caminaba a la salud o a la muerte. Los médicos juzgaban por esa mudanza el fin que tendría la enfermedad y por eso la denominaron crisis. Más importante que salir de la propia crisis, por tanto, era, según los médicos de la Grecia antigua, saber hacia dónde caminaba la enfermedad o qué ruta tomaban sus síntomas. Sabios los griegos, sí señor. Lo importante es el criterio, que nos ayuda a distinguir entre lo que está bien y lo que no, lo que nos conviene o lo que nos perjudica. Nos toca reflexionar, a no ser que nos hayamos olvidado de Protágoras y de sus enseñanzas y el hombre ya no sea la medida de todas las cosas ni su pensamiento la medida de lo pensado, sino todo lo contrario: es decir, que la vara de medir sea más importante que aquello que medimos y las cosas —o sea lo material, lo fungible— más determinantes que el propio ser humano, que tan orgulloso estaba de haberlas creado. En cualquier caso, la crisis ha sido algo tan habitual para los de mi generación —y no digamos para las que nos precedieron— que no nos pilla de sorpresa. Lo que sorprende y preocupa es que hayamos perdido el juicio para solucionarla.

A lo largo de la historia han sido innumerables los momentos en los que —casi siempre por razones de alarma social, de hundimiento de la economía, de peligro ante una invasión, de posibilidades de trastorno en el orden establecido— han aparecido, bien a caballo de extraños meteoros bien en boca de profetas más o menos estafalarios, las consabidas señales del fin de los tiempos. Ni se sabe a qué tiempos se referían los hados ni se especificaba cuál sería el momento definitivo en que la humanidad perdería pie para precipitarse en ese valle último y oscuro —¿acaso un regreso definitivo al vientre materno?— que Jeremías llamó de la Gehena y Joel de Josafat. En cualquier caso, el tiempo es una medida que siempre nos sirvió para cuantificar nuestra presencia física en este mundo, de modo que cualquier aviso de interrupción o

extinción tenía que venir envuelto en los peores presagios. Por supuesto, y precisamente por ser el tiempo una medida humana, solía ser el mismo individuo el causante de su desaparición, siendo su conducta desviada o una falta ética las causas más frecuentes de expiación. Así se explicaron durante siglos las leyendas que se referían al final de los tiempos: malas acciones, comportamientos perniciosos, vicios colectivos despertaban a los dioses dormidos o distraídos y el cielo se precipitaba sobre nuestras cabezas. La tentación de profetizar todo eso era demasiado fuerte como para resistirse. Ya desde los tiempos de Adán —o sea desde que comenzamos a hablar todos los animalitos, como diría un narrador de cuentos— empezaron a surgir leyendas que le hacían poseedor de un documento que Dios mismo le había entregado al salir del paraíso en el que se anunciaba que un salvador vendría a remediar el desaguado en que nuestro primer padre nos había metido. Documento, por cierto, que Adán entregó a Seth, uno de sus hijos, y que fue custodiado por magos y hechiceros hasta que unos reyes lo llevaron a Belén para entregarlo a Jesús en el pesebre: «En el año seis mil —decía el documento divino—, el día sexto de la semana y a la hora sexta, enviaré a mi hijo único, el verbo divino, que tomará carne en tu raza, y que se convertirá en hijo del hombre, y que te restablecerá de nuevo en tu dignidad original, por los supremos tormentos de su cruz».

Sabemos que Roma se fio de sus augures hasta la caída del imperio y que muchos pueblos depositaron su fe en las predicciones aunque éstas procedieran de los posos de una bebida. Durante la Edad Media, si un cometa atravesaba el firmamento de forma desusada y se perdía en el horizonte dejando una estrella roja, se consideraba un símbolo sangriento o una señal de que iban a llegar épocas de gran violencia. No digamos si los leones de la corte se confabulaban contra el más fiero de ellos dejándolo muerto: ya podía el rey cuidar su vida y su corona. La caída de estrellas y el oscurecimiento repentino del sol podían predecir, según

los adivinos, un terrible cataclismo. En fin, casi todas las civilizaciones y culturas han estipulado diferentes desapariciones de sus particulares mundos que se verían consumidos por el agua, el fuego, la propia tierra o el viento. En la mayoría de los desastres, el mito del fin de una era, elaborado según los miedos humanos, estaba presente y se manifestaba con ribetes más o menos fantásticos, pero tras el apocalipsis —o a veces anunciándolo— se alzaba una nueva voz, un personaje carismático, un mesías, que llegaba para transformar ese mundo caduco, envejecido y sin solución que era arrasado por los jinetes del hambre, la guerra y la muerte. Pero, fuesen los dioses, fuesen los hombres o fuese el universo en el que ambos habitaban lo que resultaba afectado, había siempre una esperanza —cómo no— de salvación por la renovación.

Sorprende que en todos estos mitos, tan cercanos en su concepción aunque parezcan lejanos en el tiempo y en el espacio, se imponga la idea de los ciclos que se cierran y se abren con una catástrofe sin precedentes, purificadora y regeneradora. Parece que a la humanidad se le niega permanentemente la posibilidad de mejorar por la evolución, algo tan lógico, tan sencillo y tan distante de las trompetas de los ángeles exterminadores anunciadas por visionarios y agoreros del tipo Nostradamus. Los vaticinios y adivinaciones incluían indefectiblemente la debacle planetaria, eliminando de un plumazo teorías mucho más sensatas como las de Darwin de que una especie se transformase en otra sin necesidad de poner todo patas arriba.

En cualquier caso, el problema de los profetas siempre fue su falta de reflexión, su seguridad ciega en que alguien superior hablaba por su boca sin poder remediarlo ni pensarlo. La posibilidad de «interpretar» la profecía les estaba vetada y solamente podían repetir maquinalmente lo que aquella voz le sugería. Los dioses, por desgracia, se manifestaban por boca de ganso y a éste no se le daba la oportunidad luego de cantar la palinodia, así que o no se cumplía lo que se había vaticinado o el olvido

cubría todo con su manto, dejándonos en cualquier caso *in albis*, o sea en blanco.

Esta incapacidad manifiesta para razonar siempre me recordó el peligro de transmitir una noticia sin comprenderla del todo, situación que el dibujante norteamericano Norman Rockwell plasmó de forma genial en la portada del *Saturday Evening Post* haciendo circular un comentario malicioso de boca en boca y de oreja en oreja hasta que dicho comentario retornaba a quien lo inició, aunque tan radicalmente transformado que le obligaba a cambiar la expresión de la cara.

No sé muy bien si esto de las profecías falla porque no hacemos demasiado caso de ellas, porque las creemos de momento pero las olvidamos después al tardar tanto en cumplirse o porque, como en el caso de los horóscopos, lo bonito es leerlos todos los días para mantenernos la esperanza aunque luego no se cumplan. ¿Qué sería de las hemerotecas si no tuviésemos que volver a ellas? ¿Qué sería de nosotros si se hubiesen cumplido todas las profecías? Y ya no me refiero a las que pretendían acabar con todo lo conocido y por conocer, sino a las más sencillas que venían a ser producto de una fantasía o de un calentón mediático. ¿Qué pasó con aquella famosa gripe A que iba a colocar a toda la humanidad en los pasillos hospitalarios de Rumsfeld con los pantalones bajados? ¿Y qué del síndrome respiratorio agudo, el SARS, que precedió al Corona virus? ¿Qué habría pasado si hubiésemos hecho caso de los augures que ya hace unos años nos traían los peores presagios sobre nuestra salud y nuestra economía? Pues que todo funcionaría bien ahora y la gente podría dedicarse a pensar y eso, reconozcámoslo, es más peligroso que una profecía de San Malaquías.

JOAQUÍN DÍAZ

LA SANGRE INÚTIL



Fundación Joaquín Díaz • 2020

Publicaciones Digitales

www.funjdiaz.net